

CRISTIANDAD



105
Y
106

RAZON DE ESTE NUMERO

A Ñ O V

1 y 15 AGOSTO

1 9 4 8

El día 7 de agosto del corriente año termina la celebración del cuarto centenario de la muerte de San Cayetano de Thiene.

Con tal motivo CRISTIANDAD tiene la satisfacción de ofrecer a sus lectores en el presente número unos interesantes artículos debidos a escritores hijos del Santo fundador de los Clérigos Regulares, en los que se estudien varios aspectos importantes de su espiritualidad y de la influencia en la Historia de la Reforma católica de la obra del «Santo de la Providencia».

Otra conmemoración de gran trascendencia ocurre en la fecha de 31 de julio: el cuarto centenario de la aprobación pontificia del libro de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola. CRISTIANDAD, que insistirá en otras ocasiones en un tema de tanto interés y de tan íntima relación con sus ideales cual es el del espíritu de los Ejercicios de San Ignacio, no ha querido dejar pasar esta fecha concreta sin que figurasen en sus páginas algunos textos relativos al acontecimiento conmemorado, especialmente unos significativos fragmentos de la Encíclica «Mens Nostra», en que S. S. Pío XI expresó nuevamente la predilección de la Iglesia por los Ejercicios de San Ignacio, a quien había proclamado el mismo Papa, celestial patrono de los Ejercicios Espirituales.

Editorial: **Buscad primero el reino de Dios.**

Espiritualidad de San Cayetano de Thiene, por Francisco Andreu, C. R. (págs. 339 a 346); **Síntesis biográfica de San Cayetano de Thiene**, por Pedro A. Rullan, C. R. (pág. 347); **El Santo de la Providencia**, por José dalla Torre (págs. 348 y 349); **Sentido y valoración de la reforma teatina**, por D. A. Veny Ballester, C. R. (págs. 349 a 354); **El dedo en la llaga**, por D. A. V. B., C. R. (págs. 355 a 356).

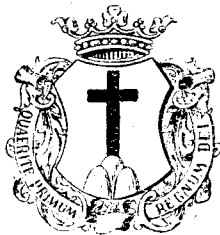
Encíclica «Mens Nostra» (Fragmentos) (págs. 357 a 359); **Originalidad e influencia de los Ejercicios de San Ignacio**, Ludovico Pastor (pág. 360); **Del libro de los Ejercicios Espirituales**, Pedro de Ribadeneyra (pág. 362)

El Dogma de la Asunción de Nuestra Señora, (pág. 363); **Bibliográfica**, por Francisco de P. Solá, S. J. (págs. 363 y 364); **En la fiesta del Corazón Inmaculado de María**, (pág. 365).

Los Santos Lugares en peligro, por José-Oriol Cuffi Canadell (págs. 366 y 367).

De actualidad: **Aniversario del primer bombardeo aliado de Roma. La verdad de la situación en el Japón.**

Los dibujos que ilustran el presente número son debidos a la pluma de Ignacio M.^a Serra Goday, Joaquín Mascaró y otros.



La Inquisición

J. M. Orti Lara

Precio especial para nuestros suscriptores

10 pesetas



Historia de las sociedades secretas

en 3 tomos
Vicente de la Fuente

Precio especial para nuestros suscriptores

45 pesetas los 3 tomos



Pídalos en nuestra administración

El Liberalismo es pecado

Dr. D. Félix Sardá y Salvany

Obra que, a pesar de
haberse escrito hace
más de cincuenta
años, conserva toda
su actualidad

PÍDALA EN NUESTRA ADMINISTRACION

Precio especial para nuestros suscriptores:

4 ptas. ejemplar

CRISTIANDAD

REVISTA QUINCENAL

Suscripción:

Anual . . . 100'00 ptas.

Semestral . 50'00 "

Trimestral . 25'00 "



Número ordinario . . . 5²⁵ pts.

Encuadernar 25 >

Tomo encuadernado . 125 >



Pagamos Ejemplar número 39 a 10 pesetas

Teléfono 22446

Llamamiento de los niños alemanes a los niños y madres españolas

«NOS ESTAMOS MURIENDO
DE HAMBRE Y DE FRIO.
Estamos seguros de que voso-
tros tendréis compasión y haréis
lo posible por socorrernos. Así
se lo pedimos al Señor y a la
Virgen, nuestra madre.»

DONATIVOS

MADRID: P. Carlos Saurer, S. J., Delegado de
los Obispos alemanes. Alberto Aguilera, 23

BARCELONA: Cuenta cte. «Liga de Caridad»
Banco Hispano Americano y Banca Tusquets
Para donativos ropa, etc. (aun usados):
Colegio PP. Jesuitas. Caspe, 25

CRISTIANDAD

NÚMS. 105 y 106-AÑO V

REVISTA QUINCENAL

Diputación, 302, 2.º, 1.º - Teléf. 22440

BARCELONA

1 y 15 de Agosto de 1948

Gran, 1, 1.º - Teléf. 222567

MADRID

Buscad primero el Reino de Dios

Al asociarse CRISTIANDAD a la celebración del cuarto centenario de San Cayetano de Thiene, con la colaboración tan honrosa para ella de escritores hijos del insigne Santo, las mejores palabras para señalar la actualidad del recuerdo del fundador de los Clérigos Regulares son sin duda las que dirige S. S. el Papa en carta a su Prepósito general en 7 de agosto del pasado año. Decía así S. S. Pío XII:

«La confianza en la Providencia Divina y la entrega en manos de Dios de la resolución de todos los problemas humanos, infunde a los mortales una tranquilidad y una paz tan cumplidas, que les impele fuertemente y con suavidad les mueve a esperar del cielo los oportunos auxilios de que están necesitados. Esta verdad Nos es grato recordar mientras celebramos el IV centenario de la muerte piadosísima de San Cayetano de Thiene el cual voló entre los coros de los bienaventurados después de haber convertido en substancia y vida propia aquella doctrina providencialista con toda fidelidad y diligencia bebida en las purísimas fuentes del Santo Evangelio.

»Vivió San Cayetano entre las turbulencias de aquella magna tempestad que afligió con ímpetu vebemente a la sociedad humana, ocasionada por el furor de las pasiones desatadas y el empuje arrollador de las conflagraciones bélicas. Envuelta la Santa Iglesia Católica en aquellos espantables torbellinos vióse gravemente amenazada por la relajación escandalosa de las costumbres públicas y privadas, por el turbión de las herejías que, cual encrespado oleaje, pretendían hacerla sucumbir, por las enconadas disensiones y discordias que tristemente la desgarraban. Inminente parecía su caída en los abismos de la desolación y de la ruina, de no haber venido oportunamente la virtud y auxilio de lo alto que según promesa solemne de Jesucristo nunca puede faltar, para preservarla de la destrucción y restituirla a su prístina gloria y hermosura.»

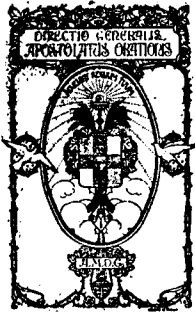
La característica «doctrina providencialista» del Santo conocido por el pueblo cristiano como Padre de Providencia, y que se sintetiza en el lema evangélico que inspiró su labor reformadora: *Quaerite primum regnum Dei*; buscad primero el Reino de Dios, es, pues, el ejemplo principal que así en lo temporal como en lo espiritual, y en lo social no menos que en lo individual, nos propone el Papa. «En los aciagos tiempos en que vivimos, caracterizados por una triste ignorancia y un lamentable abandono de las cosas divinas, que ofrecen muy acusado parecido con la época de San Cayetano..., nos alegra—dice—proponer su egregia figura como digna de imitación no sólo para vosotros (los religiosos de la Orden por él fundada) sino también por todos los hombres».

* * *

CRISTIANDAD no puede dejar en olvido tampoco la coincidencia en la festividad de San Ignacio de Loyola del presente año, del cuarto centenario de la aprobación por el Papa Paulo III en 31 de julio de 1548 del libro de los Ejercicios Espirituales.

Por esto, reservando para otras ocasiones el tratar por extenso y de propósito un tema de tanto interés y actualidad, y de tan estrecha relación con los ideales que inspiran a nuestra revista, no hemos querido dejar pasar esta fecha sin incluir en sus páginas algunos textos de autores insignes relativos a él, y sobre todo unos interesantísimos fragmentos de la Encíclica «*Mens nostra*» del Papa Pío XI, en que se manifiesta de modo singular la predilección de la Iglesia por el método de San Ignacio, a quien proclamó el mismo Pío XI celestial patrono de los Ejercicios Espirituales.





Que se vuelva a la austeridad de la vida cristiana

(Intención del Apostolado de la Oración del mes de agosto)

Es esta intención de máxima importancia.

1). Nota característica de la vida cristiana es alguna manera de austeridad.

Cristo nos enseña: «Haced penitencia» (Mt. 4,17) «Si alguien quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, cargue con su cruz y sígame» (Mt. 16,24) «Cuán angosta es la puerta y cuán estrecha la senda que conduce a la vida» (Mt. 7,14).—El Apóstol nos amonesta que luchemos «el buen combate» (1 Tim. 6,12; 2 Tim. 4,7), que «con miedo y temor» (Phil. 2,12) obremos nuestra salvación «en mucha paciencia, en tribulaciones, en necesidades, en estrecheces, en golpes, en tumultos, en trabajos, en vigilijs, en ayunos, en la pureza» (2 Cor. 6,5).—De igual modo nos exhorta a que «llevemos siempre por doquier en nuestro cuerpo la mortificación de Jesús» (2 Cor. 4,10) y conséptulos juntamente con Jesús y complantados con El por medio de la representación de su muerte (Rom. 6, 4-5) no sólo crucifiquemos nuestra carne con sus vicios y concupiscencias (Gal. 5,24) «huyendo la corrupción de la concupiscencia que hay en el mundo» (2 Petr. 1,4), sino que «se manifieste en nuestros cuerpos la vida de Jesús» (2 Cor. 4,10) a fin de que aparezcamos como «hostias vivas, santas, agradables a Dios» (Rom. 12,1).—Dice el Concilio Tridentino: «Queda la lucha con la carne, con el mundo, con el diablo».—Testigo es la experiencia de que la virtud se alcanza por la austeridad; la mollicie, sin embargo, lleva a la depravación de las costumbres.

2). Es cosa innegable que los cristianos se han apartado en nuestros días de esta forma y norma de vida, verdaderamente cristiana. Rehuimos la austeridad, la abnegación, la mortificación, la penitencia, los sacrificios, cosas todas exigidas por la observancia de los divinos preceptos y consejos y el espíritu de las ocho bienaventuranzas. Se ama y se busca una vida cómoda, blanda, delicada; se condesciende demasiado con las pasiones, se va extendiendo por doquier el desenfrenado deseo de placeres. Hay quienes defienden una ascesis más «positiva» que «negativa», como si la mortificación y la austeridad hicieran al hombre triste y malhumorado. Los hay también que tienen la penitencia, especialmente la externa, bien como algo ridículo, bien como nocivo «para los nervios». Se propone a veces como forma moderna de vida cristiana el unir la sublime vida espiritual con todas las alegrías y goces humanos, excepto el pecado.

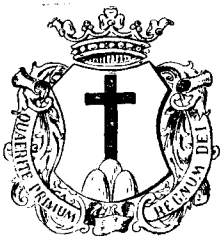
3). ¡Cuán grande es, después de la pernicioso defeción, la urgencia y necesidad de un retorno a la genuina forma de vida cristiana, necesariamente austera! No se puede negar que hasta incluso para la salud del cuerpo es muy conveniente cierta severidad, y, lo que es más, lo mismo el cuerpo que el alma se hacen más hábiles y prontos para el trabajo. Cuando más se condesciende con los nervios, tanto más se es dominado por ellos.—Hay que evitar la mollicie en el vestir, en los alimentos, en las comodidades de la vida doméstica; hay que poner coto a las exigencias...

Hay que aconsejar con insistencia a las gentes: soportar con paciencia las calamidades e incluso imponerse mortificaciones; buscar de propósito tales ocasiones, dolores, renuncijs, vgr., abstenerse de diversiones (cine...) de comodidades, del tabaco. Y estas cosas se hagan por motivos sobrenaturales: con espíritu de reparación al Sacratísimo Corazón, con espíritu de penitencia...

Con una vida austera se doman las pasiones, los malos hábitos se desarraigan, se hacen con mucho mayor facilidad las buenas obras; viviendo esta vida el hombre cristiano se conserva y se confirma en el espíritu de penitencia, tan necesario en nuestros días aun a aquellos buenos cristianos que henchidos de excelsos pensamientos y del fervor de la caridad—según creen—se olvidan de que han sido y son todavía pecadores.—A estos tales es necesario decirles: haz dolorosa penitencia a fin de que recuerdes que eres pecador. Quien ha vivido austeramente largo tiempo, adquiere un estado tal de ánimo, que dice: no quiero haber hecho en vano tantos sacrificios.

El estímulo para abrazar una vida austera hay que tomarlo del ejemplo de Jesucristo y de los Santos, y también de las palabras de la Madre de Dios en Lourdes y Fátima recomendando insistentemente la penitencia.

Siendo, sin embargo muy difícil el retorno a la austeridad de la vida cristiana, se hace de todo punto necesario implorar la gracia divina en abundancia.



RAZON DE ESTE NUMERO

El día 7 de agosto del corriente año termina la celebración del cuarto centenario de la muerte de San Cayetano de Thiene. Con tal motivo CRISTIANDAD tiene la satisfacción de ofrecer a sus lectores en el presente número unos interesantes artículos debidos a escritores hijos del Santo fundador de los Clérigos Regulares, en los que se estudian varios aspectos importantes de su espiritualidad y de la influencia en la Historia de la Reforma católica de la obra del «Santo de la Providencia».

Otra conmemoración de gran trascendencia ocurre en la fecha de 31 de julio: el cuarto centenario de la aprobación pontificia del libro de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola. CRISTIANDAD, que insistirá en otras ocasiones en un tema de tanto interés y de tan íntima relación con sus ideales cual es el del espíritu de los Ejercicios de San Ignacio, no ha querido dejar pasar esta fecha concreta sin que figurasen en sus páginas algunos textos relativos al acontecimiento conmemorado, especialmente unos significativos fragmentos de la Encíclica «Mens Nostra», en que S. S. Pío XI expresó nuevamente la predilección de la Iglesia por los Ejercicios de San Ignacio, a quien habla proclamado el mismo Papa,

celestial patrono de los Ejercicios Espirituales.

Editorial: **Buscad primero el Reino de Dios.**

Espiritualidad de San Cayetano de Thiene, por Francisco Andreu, C. R. (págs. 339 a 346); **Síntesis biográfica de San Cayetano de Thiene**, por Pedro A. Rullan, C. R. (pág. 347); **El Santo de la Providencia**, por José dalla Torre (pág. 348 y 349); **Sentido y valoración de la reforma teatina**, por D. A. Veny Ballester, C. R. (págs. 349 a 354); **El dedo en la llaga**, por D. A. V. B., C. R. (págs. 355 a 356).

Encíclica «Mens Nostra» (Fragmentos) (págs. 357 a 359); **Originalidad e influencia de los Ejercicios de San Ignacio**, Ludovico Pastor (pág. 360); **Del Libro de los Ejercicios Espirituales**, Pedro de Ribadeneyra (pág. 362).

El Dogma de la Asunción de Nuestra Señora, (pág. 363); **Bibliográfica**, por Francisco de P. Solá, S. J. (pág. 363 y 364); **En la Fiesta del Corazón Inmaculado de María**, (pág. 365).

Los Santos Lugares en peligro, por José-Oriol Cuffi Canadell (págs. 366 y 367).

De actualidad: **Aniversario del primer bombardeo aliado de Roma. La Verdad de la situación en el Japón**, por J. O. C.

Los dibujos que ilustran el presente número son debidos a la pluma de Ignacio M.ª Serra Goday, Joaquín Mascaró y otros.

Espiritualidad de San Cayetano de Thiene

La sabiduría antigua

Mientras Miguel Angel, a los ojos atónitos de la Roma Renacentista, descubría la Capilla Sixtina (agosto 1511), donde él —desde la Creación al Juicio— había armonizado fe y arte, profetas y sibilas, Biblia y mitología, en la titánica realización de su mundo heroico cristiano, Rafael daba principio a los frescos de la Stanza della Segnatura: la Disputa del Sacramento y La Escuela de Atenas, empalmadas con el Parnaso y con las Virtudes Cardinales. En éstos el incomparable cultivador de la belleza eurítmica había encarnado el sereno ideal del Renacimiento: la Religión y la verdadera Filosofía, hermanadas en la luz de la poesía y de la sabiduría humana. Era una reproducción ideal del Catolicismo tal como lo anhelaban en aquel entonces los mejores humanistas.

Los estudios llevados a cabo y largamente documentados en estos últimos decenios sobre todos o casi todos los aspectos del Renacimiento, nos permiten hoy formar de aquel período histórico un más exacto conocimiento y formular un juicio justo al mismo tiempo que definitivo; juicio que es por lo demás eminentemente positivo.

No nos da una valoración adecuada y objetiva del Renacimiento ni la crítica histórica que ha contemplado aquel período como un enigmático Jano bifronte: (luz por un lado y sombras por otro; esplendor y elegancia de formas de una parte; de otra, irreligiosidad e inmoralidad privada y pública); ni el Romanticismo, el cual, estudiando con Schegel el Medio Evo en su esencia más como conciencia y unidad cristiana que como realización artística y literaria, vió en el Renacimiento una flor ajada prematuramente sobre la tumba de la edad que le precedía; ni los entusiasmos de Michelet y de Burckardt por el descubrimiento del hombre y de la naturaleza completado en aquella época; ni la interpretación idealista que vió en el Humanismo la afirmación resuelta del espíritu como verdadera realidad que se realiza en el acto mismo; o la interpretación existencialista que pretende descubrir en uno de tantos momentos históricos de la angustiada inquietud del espíritu en la solución concreta y actual de sus eternos problemas; ni finalmente las dos tesis contrarias que consideran el Humanismo, una como la secularización de la cultura y la liberación del dogmatismo medioeval, la otra como la restauración de la religiosidad amenazada por el racionalismo del siglo XIII (1).

El Renacimiento con el Humanismo —que es su aspecto literario filológico— sin solución de continuidad seguía, como la adolescencia sigue a la infancia, la edad que lo precedía; era el efecto, no la causa de un soberbio impulso dado al espíritu y a la vida humana.

Era la tentativa de reunir y armonizar en una unidad superior los valores tradicionales cristianos con los tesoros descubiertos de la antigüedad clásica. Era la afirmación de las posibilidades infinitas del hombre, junto con la confianza en la bondad esencial de la naturaleza y con el ansia incontenible de saber y de vivir.

La grandiosa compaginación religioso-política del Medio Evo, cuyo centro era Dios, se desviaba ahora, en vir-

tud de las nuevas exigencias, hacia el Hombre. La *Civitas Hominis* absorbida por la *Civitas Dei*, en una edad cuyo pensamiento agustiniano dominaba escuela y vida, parecía resolverse ahora en un ensayo de justo equilibrio.

Eso no implicaba ni una secularización de la cultura, ni mucho menos una ruptura con los principios cristianos de la Fe, sino que sólo una diversa interpretación y una nueva adaptación de éstos a la vida. Si el arte decorativo se inspiraba en las obras maestras paganas, ésta daba, asimismo, a los mitos, por ejemplo de Prometeo, de Orfeo y otros, una interpretación cristiana. Si la nueva arquitectura disponía las masas a base de la línea horizontal en la búsqueda de un sólido contacto con la tierra, la cúpula se libraba de la misma por un anhelo y vuelo hacia lo alto.

Si la filosofía se alimentaba del pensamiento griego-romano, ¿no era quizás con el intento de conciliar la ciencia clásica con el Cristianismo, el cual era la realización de lo que los paganos habían presentado y anhelado? Dante Alighieri, que escoge como guía y maestro a Virgilio, Cola di Rienzo, que sueña la grandeza de Roma libre bajo la cruz de Cristo, y siguiendo a través del sombrío Medio Evo, desde Benito de Nürnia hasta los primeros siglos de la Iglesia, ¿no encontramos ejemplos de tales tentativas, aun en los mismos apologistas, Padres y Doctores, no pocos de los cuales podían ser considerados como humanistas cristianos?

En Cristo Dios y Hombre como en el dogma fundamental de la Redención, ¿no se contenía, como observaba Nicolás de Cusa († 1464), la elevación del hombre y con él, de todas las cosas hacia Dios? ¿No era la creación un símbolo del Creador? (2).

Cierto. Pero en este espíritu conciliador del Renacimiento podrían encontrarse las razones de un choque con la Iglesia. A priori, el Cristianismo, que es gracia y optimismo siempre, y que señala al hombre una perfección cuya cima es alumbrada por la misma perfección del Padre, no debía obstacular un movimiento que si iba en busca de una gracia ideal, de una estética exterior, suspiraba no menos por el perfeccionamiento interno del espíritu. ¿No era por lo demás la Iglesia misma, en su esencia como en su historia milenaria, una síntesis de lo divino y de lo humano, de la fe y de la cultura, de la gracia y de la naturaleza, de lo temporal y de lo eterno?

En conclusión, la cuestión se reducía a la que ya muchas veces en la historia había apasionado los ánimos: ¿puede el hombre salvarse con sus solas fuerzas o le es indispensable la ayuda de la gracia? Para resolver la tal cuestión la Iglesia tenía unos principios adquiridos, inderrogables, tocante a los cuales nadie podía presumir falsamente hacerla transigir. La conciliación era, pues, obligada y era posible.

Si embargo, existían otras manifestaciones del espíritu nuevo que despertaban serias preocupaciones: se resuscitaba la doctrina de la doble verdad, ya pulverizada por Tomás de Aquino y por las Escuelas; defendiase el eudemonismo de los secuaces de Epicuro y augurábase la llegada de una religión filosófica universal con matices escatológicos, por cierto poco seguros. Si el optimismo religioso había permitido a Nicolás de Cusa reconciliar el espíritu con el mundo en un soplo de unidad universal —pax fidei— hasta los límites de la ortodoxia, ello, sin

(1) Para la historia general del Renacimiento cfr. la obra fundamental y clásica de J. Burckardt, *La civiltà del Rinascimento in Italia*, trad. it. Valbusa (Florencia, 1927); L. von Pastor, *Historia de los Papas*, vol. I-III; G. Guiraud, *L'Eglise romaine et les origines de la Renaissance*, (París, 1901); F. Olgiati, *L'anima dell'Umanesimo e del Rinascimento*, (Milano, 1924); G. Toffanin, *Storia dell'Umanesimo*, (Napoli, 1933).

(2) Vid. el estudio fundamental de E. Vansteenberghe, *Le Cardinal Nicolas de Cusa, l'action, la pensée*, (París, 1920).

embargo, no habría impedido más tarde a Giordano Bruno († 1600) que adelantara aquellas teorías hasta su naturalismo teístico, y que acababa en la apostasía. Si podía no parecer incoherente una apología de la Iglesia a base de la sabiduría antigua, concebida como introducción al Catolicismo, ¿no peligraba el método de hacer olvidar las verdades fundamentales de la gratitud de la revelación?

Aunque la Academia platónica florentina se enorgullecía del mérito de sacar a los creyentes de formas ya desacostumbradas a la interioridad de la vida religiosa, de valorizar en la búsqueda del método especulativo y científico y de conducir a la Escolástica, agotada en sus estériles logomaquias, a las puras fuentes platónico-agustinianas devolviéndole de esta manera el sentido de realidad y de adhesión a las inderrogables exigencias del espíritu nuevo, a pesar de todo, no era menos evidente que ésta, con su aristocrático desprecio hacia la religiosidad popular, con su insuficiente preparación teológica, que le impedía definir bien los confines de lo natural y de lo sobrenatural, tenía que provocar en los ánimos peligrosas confusiones, amenazaba hacer perder a los dogmas su significado sobrenatural y reducir la trascendencia del Catolicismo a un puro sincretismo mítico-religioso. Finalmente, si el Renacimiento quería ser una «imitación del Padre», podíase muy bien temer que la inteligencia humana fuese víctima de los vértigos de una rebelión satánica y que cuanto más exaltara la dignidad del hombre, olvidase que él es una criatura y criatura caída (3).

La Iglesia no canonizó ni anatematizó un movimiento que nacía en su mismo seno. Acogió sabiamente la posibilidad de un buen acuerdo; encauzó las múltiples actividades en el cauce de la tradición, corrigió las imperfecciones, encaminó las desviaciones, y, realizada la síntesis, también la nueva civilización llevó el nombre de Cristo.

Y si después el encuentro de la Iglesia con el Renacimiento no resultó plenamente feliz, eso es debido a un factor extraño para entrambos: el Protestantismo, el cual si pudo parecer originado de las mismas exigencias de renovación religiosa degeneró muy pronto de sus motivos, traicionó toda esperanza y dividió la unidad religiosa y política del occidente europeo.

La «devotio moderna»

Un movimiento tan fecundo y complejo en que todas las actividades del espíritu venían movilizadas, debía tener también una espiritualidad propia. Espiritualidad que, como la cultura humanista a la cual se hermana, ahonda sus raíces en la época que la precede.

Desde tiempo atrás gritos autorizados de uno y otro clero, aun del mismo laicado, se hacían oír invitando a la Iglesia a la solución de una crisis que las disputas conciliares (Constancia y Basilea) habían dejado sin solución, y auguraban una reforma, no sólo de la disciplina eclesiástica y de los estudios sagrados, sino también de las formas de piedad con el fin de dar nuevas direcciones a la espiritualidad cristiana.

Mientras el Petrarca y Catalina de Siena solicitaban con apasionada y santa audacia a los Pontífices y a la Curia romana a la responsabilidad de su ministerio, los místicos alemanes y flamencos —Eckart, Taulero, Suson, Ruysbroeck— seguidos de los reformadores franceses —Pedro d'Ailly y Juan Gersón— impelían al extremo opuesto de la ortodoxia su experiencia mística caracterizada por un culto reducido a pura interioridad y por un insaciado deseo de unión con Dios.

Con intentos más prácticos e inmediatos las nuevas corrientes espirituales habían encontrado en Flandes concreta realización en la congregación religiosa de los *Her-*



SAN CAYETANO EN ORACIÓN

Iglesia teatina de San Nicolás de Tolentino en Venecia
(Palma, el Joven)

manos de la Vida Común, instituida por Gerardo de Groote († 1384). Bien que sin emitir los votos, los *Hermanos* vivían en pobreza voluntaria dedicados a la oración, al estudio y transcripción de los códices y a la educación de la juventud. Para mejor regular su posición jurídica de frente a la oposición de los mendicantes y para asegurarse una norma de vida más perfecta, un grupo de *Hermanos* había fundado en 1387 el Convento de Windesheim (Zwolle - Holanda) bajo la regla de los Canónigos Regulares de San Agustín. Alma e historiador de la nueva fundación fué el asceta Tomás de Kempis.

El influjo de los *Hermanos de la Vida Común* fué ancho y profundo en los Países Bajos, no sólo en el clero, sino también en los fieles, quienes, aunque viviendo en el mundo, imitaban sus ejemplos y su espíritu.

El nombre de *devotio moderna* que se da a este movimiento espiritual expresa bien sus características. De frente a la *devotio antiqua* que en la serena, espontánea ascensión del hombre a Dios, abría todas las vías del alma al influjo de la gracia con que elevara su propio nivel espiritual, la *devotio moderna* ponía en movimiento y disciplinaba con moderación y dulzura todo el hombre —alma y cuerpo, virtudes y pasiones, potencias y facultades— dentro de un armonioso desarrollo de las capacidades humanas y de un conchado abandono en Dios.

La vida interior, renovada en la primacía de la divina caridad, debía ser el alma de los ejercicios de culto y de las obras de apostolado. Remontando a las genuinas fuentes de la espiritualidad cristiana —Evangelio, San Pablo y entre los Padres San Agustín—, la *devotio moderna* recogía cuanto de mejor habían dado las escuelas místicas

(3) G. PAPINI, *L'imitazione del Padre, Pensieri sul Rinascimento* (Firencia, 1924).

del medio Evo adoptándolo a las nuevas necesidades religiosas y sociales, y mirando siempre al fin práctico e inmediatamente de la santificación de las almas (4).

Un movimiento tan providencial y tan rico de reservas restauradoras hubiera podido obrar en la Europa cristiana —como observa Schnörer, historiador católico de la Iglesia durante la civilización medieval (5)— la misma benéfica influencia que habían ejercido en su tiempo San Francisco de Asís y Santo Domingo, en el caso que los Romanos Pontífices lo hubieran acogido y protegido. Eso no fué así por razones a todos conocidas. Pero aquella espiritualidad quedaba cual corriente oculta, subterránea, para fecundar la espléndida floración del siglo xvi.

La Reforma católica que ha dado nombre al siglo xvi, vino cuando los dirigentes de la Iglesia, amaestrados por los acontecimientos en el terreno político, se dirigieron decididamente a cuidar mejor los intereses de la misma. El Concilio de Trento en el trabajo lento y profundo de dieciocho años, (1545-1563) daba a la Iglesia un cuerpo doctrinal y disciplinar digno de sus tradiciones y adaptado a los nuevos problemas a abordar, y en sus síntesis luminosas armonizaba la mentalidad humanista con la trascendencia de la religión católica. En la profunda e iluminada sabiduría de los Pontífices que siguieron al Concilio, la restauración culminaba cuando alboreaba rico de promesas el siglo xvii. La Iglesia había obrado, como las circunstancias se lo habían permitido, aquella síntesis entre fe y cultura, que había sido el ansia de los mejores espíritus del Renacimiento.

Mas también la Reforma católica había sido precedida y hasta garantizada por un movimiento espiritual que por los grandes pensadores de aquel periodo, H. Jedin en Italia, y Imbart de la Tour en Francia, ha sido llamado «Evangelismo» (6).

Uniéndose a la *Devotio moderna*, de la que era hija natural, se caracteriza por un nuevo deseo de remontarse a las fuentes vivas del espíritu cristiano y por una voluntad de acción más original y decidida.

Entre los secuaces de este movimiento descuellan, entre todos, los fundadores de las nuevas Ordenes de Clérigos Regulares. Y el nombre de Cayetano de Thiene va en primera línea.

El espíritu de San Cayetano (7)

«Los fundadores de Ordenes religiosas —observa Pourrat—, si hacemos unas pocas excepciones, no nos han dejado escritos espirituales. Más bien se saturaron del espíritu de los primeros Clérigos Regulares, y particularmente del de los Teatinos y Barnabitas. San Cayetano de Thiene, más que ningún otro, ha creado este espíritu. Vivo amor a la pobreza, mortificación interior para llegar a la verdadera paz del alma, amor intenso y desinteresado a Dios y al prójimo. Estas son las bases de los iniciadores del grande movimiento de Reforma católica en el siglo xvi» (8).

El espíritu de San Cayetano, y en general el de los

(4) Indispensable para el estudio de la espiritualidad cristiana de todos los tiempos es la obra de P. POURRAT, *La spiritualité chrétienne*, 3 vol. (Paris, 1925); H. DELACROIX, *Essai sur le Mysticisme spéculatif en Allemagne au XIV siècle*, (Paris, 1900); I. BERNHART, *Die philosophische Mystik des Mittelalters*, (Munich, 1922); A. HYMA, *The christian Renaissance. A history of the "Devotio moderna"*, (New York y Londres, 1921).

(5) G. SCHNÜRER, *L'Eglise et la civilisation au Moyen Age*, 3 vol., trad. cfr. G. Castella, (Paris, 1933-38).

(6) IMBART DE LA TOUR, *Les origines de la Réforme*, 4 vol., (Paris, 1914); H. JEDIN, *Girolamo Seripando — Sein Leben und Denken im Geisteskampf des 16 Jahrhunderts*, 2 vol., (Würzburg, 1937).

(7) Las cartas de San Cayetano se hallan en: G. ZINELLI, *Memorie storiche della Vita di San Gaetano Thiene*, (Venecia, 1753); DE MAULDE-SALVADORI, *S. Gaetano da Thiene e la Riforma Cattolica italiana*, (Roma, 1911); F. ANDREU, *Lettere inedite di San Gaetano*, (Roma, 1946). Vid. también el cap. XXXII de la obra monumental de PIERO CHIMINELLI, *San Gaetano Thiene Cuore della Riforma Cattolica*, (Vicenza, 1948).

(8) P. POURRAT, *La spiritualité chrétienne*, ob. cit. III, p. 557-58.

Clérigos Regulares, no se puede valorizar si no se tiene ante la vista el fin que persigue en su actividad y los elementos generadores de la misma: la reforma de los eclesiásticos fundada sobre la reforma propia.

Ahora bien, para reformar el clero del siglo xvi precisaba recordarle su dignidad y misión; y por ende educarle en la lucha interior con una acendrada piedad y con un amor a Dios y al prójimo, ardiente y apostólico (9).

El llamamiento eficaz del clero al cumplimiento de su misión exigía el factor ejemplo, porque las tentativas de reformarlo en masa por vía de decretos y constituciones —como la última, la del Concilio V de Letrán (1512-1517)— habían sido ineficaces. Cayetano colmaba este vacío con el ejemplo de sus Clérigos Regulares. Era también muy necesario un cuerpo de doctrina orgánico y macizo, misión que llevó a cabo el Concilio de Trento.

Y para la formación espiritual de eclesiásticos y fieles deseosos de su propia reforma interior, Cayetano señalaba con mano certera un solo modelo: Cristo, y les enseñaba, más con la vida que con la palabra, el espíritu de abnegación, de renuncia y de abandono en las manos de Dios, y la necesidad imperiosa de una renovación interior para que triunfara el amor divino en nuestras almas.

El modelo: Cristo

«Nadie se parece (yo de un modo particular) a la Cabeza que es Cristo, ni interiormente ni exteriormente.» (Carta de San Cayetano a Laura Mignani, 8 de junio de 1520.) Este grito lanzado por el joven sacerdote vicentino, compendia una profunda humildad y una amarga constatación y señala el punto de partida de su actividad reformadora. Desde este día él no tendrá otro ideal que parecerse más y más a Cristo en el amor, en la imitación, en la unión. Y esta devoción cristocéntrica no se limita a un aspecto particular del Salvador o a un misterio de su preciosa vida, sino que abarca toda su Persona: Dios y Hombre, en su ser físico y en la realidad de su cuerpo místico. Cayetano, lleno de ternura, canta con los zampañeros napolitanos ante el Pesebre, como llora y derrite su corazón ante «Cristo passionato». Lo que importa es asemejarse a El interiormente, y le mueven, entre otros muchos, dos grandes motivos tan ascéticos como teológicos: el amor de Cristo al hombre y la conciencia de ser miembro vivo de su Cuerpo místico. «El mar de la sangre divina» está siempre ante sus ojos con destellos de gracias y de méritos, y con arcanas voces que le atraen y apasionan. Mide con la mirada del corazón, que la humildad aviva, el abismo que lo separa del «iluminador del sol y Creador del universo» que él trata «cada día en el santo Sacrificio» y exclama: «¡Oh, suerte infeliz mi grande ceguedad! es ya hora de despertar y decidirme por una de estas dos partes: o cesar por indigno y así humillarme, o como ministro fiel y humilde tesorero servir al Señor humilde. Cada día tomo en mis manos al que exclama: *Disce a Me quia humilis sum*; y me quedo tan soberbio; tomo al Iluminador que dice: *tu me sequere*; y con todo continuo en el mundo; tomo aquel fuego ardiente que de sí dijo: *Veni mittere ignem et gladium*, y sigo frío y perezoso y lleno de afectos a esta vida miserable; ¡y la infinita potencia aun me tolera! Y yo no sé tolerar por mi Señor adversidad alguna.» (A L. Mignani, 18 de enero de 1518.)

El pensamiento que movía a Bernardo, Abad de Clavara, místico muy apreciado por San Cayetano, le movía también a él seguir decididamente al Maestro divino: «¡Qué grande monstruosidad es el querer ser miembro delicado, siendo así que nuestra Cabeza nació, vivió y murió entre penas!» (10).

(9) P. POURRAT, ob. cit., p. 352 sigs.

(10) Los dichos y sentencias memorables de San Cayetano se leen en las obras de J. CASTALDO, *Vita del B. Gaetano Thiene*, (Roma, 1616), p. 18; sigs.; ZINELLI, *Memorie storiche*, ob. cit., pp. 150-154.

PLURA UT UNUM

A las reflexiones personales se suman los incesantes estímulos del mismo Maestro, del Huésped —como diría Paul Claudel—, que una vez albergado en el alma no la deja en paz: «Muchas veces el Señor me amonesta y sin embargo no me muevo.» (Al P. Giustiniani, 1 de enero de 1523.) Pero, mientras tanto, ora, apresura sus pasos para «adelantar» hacia el ideal que tanto más lo fascina cuanto más lo juzga lejano por su humildad: haga «el Señor que sea digno de estar bajo sus pies en el Cuerpo místico, planta que no aparece, pero que está vinculada y unida con él, y Dios sea el Todo sin el cual y sin su unión *non sum nisi nihil*». (ibid.)

No sólo unión por gracia sino unión consumada en el amor —«y el Señor sea el Todo»— es la meta hacia la cual Cayetano, «añadiendo fuego al fuego», tendrá sin tregua ni descanso.

El fundamento: Abneget

La palabra «askesis» llevada por San Cayetano a su primitivo significado quiere decir *combate*: «Eterna guerra a los tres enemigos» del hombre (a L. Mignani, 28 de enero de 1518). Concepto que domina en el espíritu del siglo de los «Ejercicios» y del «Combate espiritual».

Más arriba Cayetano nos recuerda que el modelo Cristo ha venido a traer al mundo *ignem et gladium*: fuego y hierro. El amor y el combate polarizan toda la experiencia ascético-mística del Santo.

El primer propósito que anida en su corazón, apenas se ha lanzado por las vías de la santidad, lo formula así: «He seguido la carne, el mundo y el enemigo; sería ya hora de tomar venganza y hacer guerra sin fin a estos tres pestíferos enemigos míos.» (A L. Mignani, 28 de enero de 1528.)

Ahora bien, es indispensable para el combate y «para la victoria» el conocimiento de la propia flaqueza, la renuncia al amor propio, que caracteriza no sólo el espíritu de Cayetano, sino también la escuela italiana de aquella época. Y tampoco sería difícil —según nuestro parecer— entreverlo reflejado en los Ejercicios de San Ignacio de Loyola —*ut homo vincat seipsum*— cuyo fundamento a su vez se enlaza, por ejemplo, con el piadoso humanista Giannozzo Manetti († 1459) autor del libro «De Dignitate et Excellentia Hominis» (11), y entrambos con los Escolásticos, que con Pedro Lombardo abren sus discusiones sobre las Sentencias con la cuestión fundamental de *fine hominis*. (I Sent., d. 1.^a)

Y este fundamento, el hombre no lo asienta si no es con el auxilio de la gracia divina. El *abneget* del Evangelio, muy superior al «nosce teipsum» de la Sabiduría antigua, se enlaza a sí con el refulgente axioma de Pablo: «*Deus est qui operatur in vobis et velle et perficere pro bona voluntate*» (Philip. II. 13). «Y no puedo, aunque lo deseo si antes no me lo concede mi patrona la Virgen María, tenerme odio y desear en verdad ser despreciado» (a L. Mignani, 28 de enero de 1518). San Cayetano reconoce que María «le ha concedido alguna gracia», con todo juzga el santo «que Ella nada lleva hecho si no le concede esto».

Mas, en la misma carta confiando a L. Mignani con temor y vergüenza los místicos transportes experimentados en la noche de Navidad del año anterior, Cayetano nos manifiesta que el don tan suspirado le ha sido concedido. Y ahora podía el Santo empezar su marcha bajo la protección de sus tres amores: «No La dejaré nunca, como tampoco al Viejecito Esposo con el Niño, sino que por Egipto y por el desierto y por los demás peligros, hasta la Cruz y hasta el Sepulcro. La seguiré» (ibid.). «Por el desierto.» Atravesando «la noche oscura» de maceración interior,

como Juan de la Cruz la vivía con la experiencia mística no comprendida, sino alimentada por la embriaguez divina producida por los regalos del Maestro: «Pati et contemni pro Te!» «Hasta la Cruz y hasta el Sepulcro.» El crucificar la propia voluntad en unión perfecta con la de Cristo es la abnegación en su forma más perfecta. La Cruz ha sido legada por Cristo a la Iglesia no sólo como recuerdo de su obra de Redención sino también como Altar sobre el que se inmolen los cristianos para completar la Pasión. Desnuda, para que todo el que quiere ser digno de Cristo se crucifique espiritualmente en ella: «Debemos crucificar en ella nuestros deseos y anhelos. Y del mismo modo que quien está en la Cruz clavado no puede moverse libremente, a no ser que con él se mueva también la Cruz, así un cristiano crucificado con Jesús no puede ya moverse según su propia voluntad sino recibir el movimiento de la voluntad de Cristo.» La resplandeciente doctrina de San Pablo sobre la inmólación solidaria con el Crucificado del Gólgota está reproducida en estas palabras de Cayetano de una manera original y elegante.

Crucificada y sepultada con Cristo la voluntad propia no resucitará ya más, ni al tercer día, ni al tercer mes, ni al tercer año. Resucitará, por el contrario, el hombre nuevo. En efecto, de la inmólación se va a la consumación: *inmolados para ser con El glorificados* (Rom. VIII, 17). No sólo en la vida futura sino también en ésta, porque la resurrección de Cristo se ha de realizar en nosotros inmediatamente, con la vida nueva (Rom. VI, 4). Y es precisamente esta Vida nueva a la que Cayetano va conformándose cada día más y más con ansias de purificación y de unión siempre más íntima: «Quisiera que Jesucristo purificase mi corazón rápidamente para no ser ya más rebelde a su santa voluntad.» (A L. Mignani, 8 de junio de 1520.) También aquí con temor revela su vida interior, tan viva como personal, nos revela a cuánta profundidad haya echado los fundamentos; «ciertamente no anhelo ya más que estar en donde El quiere y como El quiere» (ibid.).

«Hasta la Cruz y hasta el Sepulcro con Ella», con María que, después de Cristo, fué la que mejor realizó esta abnegación —*fiat, fiat*— desde la Encarnación a la Cruz. Con Ella que probó las luchas de Getsemani, con el combate entre la voluntad racional que quería la Redención y el instinto materno que rechazaba la muerte del Hijo (S. Th. Sent. 48, 4, 3.). Con María Corredentora, precisamente, porque íntimamente unida al Redentor con el amoroso sacrificio de la propia voluntad. Mientras Jesús inmolaba cruelmente su humanidad sobre «el altar de los sacrificios» Ella, en perfecta unión espiritual, inmolaba su corazón sobre «el altar de los inciensos» de la voluntad del Padre.

Alguien dirá que esta abnegación así entendida y así vivida, más bien que señalar el punto de partida señala la meta donde se ha de llegar. Mas, será más acertado afirmar que la perfección de la caridad divina, invadiendo a todo el ser humano implica lógicamente la perfección hasta en la disposición fundamental de la abnegación. Fundamento que, en verdad, no puede ser, según la Ascética cristiana, fin de sí mismo. El alma —dice expresamente San Cayetano— «no debe complacerse y quedarse en ésta, sino que por ella anhelar el Dador», es a saber, la Bondad infinita hacia la cual tenderá con todas sus fuerzas. La abnegación mira, pues, a aquello que es intencionadamente el primer motivo generador de la santidad: la gloria de Dios. «En esta obediencia y muerte de mí mismo —concluye él— está la gloria de mí Creador» (a L. Mignani, 8 junio 1520).

Pero conviene advertir que una actitud característica de esta espiritualidad es que, mientras se conduce sin tregua la «inmortal guerra» contra el amor propio, sin embargo se recomienda y busca la tranquilidad y la paz del espíritu: aquella interior alegría, don también ella de

(11) VESPASIANO DEI BISTICCI, *Vite di uomini illustri del secolo XV*, vol. II Boloña, 1893). El autor escribió dicha obra por encargo de Alfonso V de Aragón (1451-52) y fué publicada en Basilea, 1532.



**APARICIÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN CON EL NIÑO JESÚS A SAN CAYETANO,
LA NOCHE DE NAVIDAD, EN SANTA MARÍA LA MAYOR**

Cuadro de Guillermo Mesquida (mallorquín), pintor de Cámara de Maximiliano de Baviera.
Colección particular de la Excmo. Sra. Marquesa Viuda de Casa Ferrandell

Dios, que deriva del desprecio de sí mismo y de las cosas exteriores y que respira el aura feliz del Renacimiento. Es la paz anhelada por los cuatro fundadores de los Clérigos Regulares —*cupientes cum maiori animi quiete Deo servire*— (12), y por el alma un poco romántica de Marco Antonio Flaminio al pedir ser admitido entre ellos; ansia, por lo demás, de todos los mejores espíritus del Humanismo. Y es por esto —dice Pourrat— que el *Trattato della pace interiore* de Juan Bonilla, franciscano español, será impreso por los editores italianos junto con el *Combattimento spirituale* con el título de *Sentiero del Paradiso* (13).

El Camino

1) *El desprendimiento*. —Primera característica de la espiritualidad cayetaniana, después del fundamento de la abnegación y su directa filiación, es el espíritu de desprendimiento.

(12) Así decía el Breve de Clemente VII *Exponi nobis* del 24 junio, 1524, con el cual se aprobaba la fundación de los Clérigos Regulares.

(13) P. POURRAT, *La spiritualité chrétienne*, ob. cit., III, p. 390.

El ansia de la perfecta libertad de espíritu, que S. Pablo señala y recomienda como fruto inconfundible de la redención y que va absolutamente condicionada al desapego de las cosas terrenas, se advierte evidente en el corazón del joven prelado vicentino desde los comienzos de su carrera eclesiástica, aunque sus aspiraciones y ardores por una vida más perfecta se revelen todavía en forma indistinta.

El 28 de enero de 1518, desde Roma, anuncia a la Madre L. Mignani su partida para Vicencia, donde espera arreglar los asuntos de familia con el fin de poder «servir a su Señor sin afán de patria y de parientes». En Roma deja al Cardenal Pallavicino, su señor y protector, «puesto en el fuego del mundo», y le da compasión; para sí y para su amigo B. Stella, poeta humanista, ansiosos ambos de purificación interior, pide oraciones porque «estamos desnudos de amor divino y vestidos de mundanos apegos» (*a L. Mignani 16 de junio 1518*) y suspira para que «el ardiente cuchillo del Divino Amor corte todo lazo» que aun pueda enredarle.

En la vigilia de la Profesión religiosa Cayetano anuncia con entusiasmo a los parientes su inminente libera-

ción: «Veo que Cristo es pobre y yo rico; El vituperado y yo honrado; El en penas y yo en delicias; deseo dar algún paso hacia El». Y exhorta contemporáneamente a sus herederos enriquecidos con sus renunciaciones, «a gozar aquellos bienes que os cedo de modo que no peguéis a ellos el corazón, reflexionando que un día los ha de engullir todos la muerte». Solamente les pide «la caridad de 50 ducados para satisfacer una deuda contraída por razón de limosna» (20 agosto 1524).

Todos conocen de cuál espíritu llevase la impronta la vida teatina: si a algunos apareció temerario el proyecto del Fundador, otros, comprendido Clemente VII, lo retuvieron por un milagro de fe: «*Non inveni tantam fidem in Israel!*» Como la de Francisco de Asís, también la reforma de Cayetano en el siglo del Renacimiento, roído por la «auri sacra fames» se empezaba con una vuelta decidida a la simplicidad del Evangelio.

2) *Abandono*. — Otra característica del espíritu de Cayetano es el sereno abandono del alma en Dios.

Si Cayetano confía a sí mismo y a su Instituto a la Divina Providencia no es tan sólo para resolver la cuestión económica, sino también para simplificar y reforzar la vida del espíritu. El se abandona a Dios en todas las cosas.

Desde Venecia, con un hermosísimo pensamiento —venídole quizás cuando, desde el parapeto del río Santo Spirito veía correr las góndolas sobre la laguna tachonada de estrellas— «dejaré correr la barca —escribe— hasta que veré luz para saber qué hacer, por ahora veo sólo tinieblas» (a L. Mignani 8 junio 1520).

Eran asuntos íntimos de familia y dudas sobre la vocación. Pero en seguida añade en un perfecto abandono: «Yo ciertamente no deseo otra cosa que estar donde a El agrada y como a El agrada» (ibid.).

A Isabel Porto, su sobrina, en visperas de ser madre por primera vez, recomienda vivamente «quiero que tú te des a él y que él te tome, a fin de que este tu Dios Salvador haga a ti y de ti lo que El quiere» (10 julio 1522).

Como en su juventud, lo mismo en la edad decrepita volverá siempre bajo su pluma la férvida recomendación, el pensamiento familiar: «Su beneplácito sea preferido al mío», y «que suceda lo que querrá Cristo de nosotros y no de otra manera» (a L. Mignani 16 junio 1518 y a B. Scaini 2 dic. 1542). Y lo dicho baste para caracterizar el espíritu de aquel que el pueblo venera como el Santo de la Providencia.

3) *Renovación interior*. — Era la base central, el verdadero combate que Cayetano sostenía en sí mismo y en el cual amaestraba a los demás.

Exigencia de los principios evangélicos en los que la nueva espiritualidad se inspiraba, esta renovación interior era, además, una justa y razonada reacción al espíritu del tiempo. Si el humanismo en su mejor acepción solicitaba una experiencia religiosa y litúrgica prevalentemente interior, había, por el contrario, hecho escuela el eticismo amoroso de Machiavelli que sólo creía «en la realidad de las cosas hechas» y justificaba con el fin todos los medios, aun aquellos que el Duque Valentino, encarnación ideal del *Principe*, ponía en campo. Por lo demás el espíritu del Renacimiento tendía ya siempre más del lado pagano: forma, acento, exterioridad.

El linaje, los títulos de estudio, el escalafón en la Curia de un personaje ciertamente no desconocido, y, sobre todo, las obras de beneficencia que Cayetano alienta y dirige en Roma, Vicencia, Verona y Venecia, dan una discreta resonancia a su nombre. El Santo está por ello bastante preocupado: «Cosa mala es —escribe a Pablo Giustiniani— cuando *nomen praecedat virtutes*: a mí toca esto.» Y poniendo en guardia a su austero corresponsal contra la boga del siglo, le desea una vida «*potius plena virtutibus quam nomine*» (1 enero 1523).

Será ésta la recomendación a las hijas de la Sapiencia «estén crucificadas primeramente en el espíritu después con la lengua» (a Sor M. Carafa 30 sept. 1543). A ellas Juan Pedro Carafa, en una que era como la carta magna de la reforma femenil dominicana, había antes de todo recomendado «caminar en la santa novedad de la vida cristiana» y «adornar el palacio interior del alma» (A Sor M. Carafa 17 febrero 1531).

Las tres clásicas concupiscencias denunciadas por San Juan —las «tres arpias» que atenazaban el alma paganzante del Renacimiento: auri sacra fames, voluptas, gloria, como pasión— empezaban ahora a ser atacadas de raíz.

Si Cayetano imponía a sus clérigos una pobreza que les vaciaba completamente las manos, no era sino para llegar al perfecto desalojamiento del corazón. De los sacerdotes seculares, en cambio, él requería no la pobreza sino el «espíritu de pobreza».

A la generación que no se ruborizaba de los diálogos *De voluptate* de Lorenzo Valla, ni del «Ermaphrodito» de Beccadelli, ni de las «Facezie» de Poggio Bracciolini, ni de las venales groserías de un Aretino, literatura hecha viva, en donde la infracción de una ley moral se reducía a los términos de una desconveniencia de galateo, la pureza de costumbres vivida en la integridad de la que hacían profesión los discípulos del Thiene, si alentaba a no pocos debía sorprender a los más. Lo que redundaba en bien.

Tanto más que Cayetano miraba a limpiar el vaso más por dentro que por fuera. Más que un metódico ejercicio de prácticas de piedad y de penitencias exteriores, él exigía, evangélicamente, la revisión de la vida interior: desde el desorden de los sentidos a la rebelión de los afectos, desde la libertad de la imaginación al desarreglo del corazón, hasta que el Amor no «abraces toda raíz de pecado» y «no seamos más carnales, ni animales, sino todo espirituales» (a L. Mignani 8 junio 1520).

Y en un breve «Memoriale» de espiritualidad cuyo autógrafo ha venido recientemente a luz, el Thiene indica como sostenes de la vida contemplativa: «la pureza del corazón, la custodia de todos los sentidos, la docilidad a las internas expresiones» (14). Tres factores de índole prevalentemente interior.

Era todavía este control asiduo del hombre interior que el Santo tenía en mente cuando a la Superiora de la Sapiencia daba estas severas amonestaciones: Todas estén vestidas en carne y espíritu de la perfecta y eterna sola virtud de la caridad, la cual es hija y madre de la santa voluntaria obediencia: aquélla os recomiendo hasta la muerte; en ella permaneced, en ella caminad, y no dudéis que os conducirá al puerto de la salud.» Y extendiendo la mirada más allá de las paredes monásticas: «¡Ay —añade— del mundo de hoy día que por sentir siempre náuseas de tal don caen las gruesas columnas y los altos montes van al profundo mar: hija mía, hermana, Madre, sed humilde!» (a Sor M. Carafa 30 octubre 1542). La incondicionada docilidad de juicio la quería él tocante, sobre todo, a la autoridad de la Sede Apostólica. En el episodio de aquel Bernardino de Todi que, vestido de saco, con la cruz sobre las espaldas, vagabundeaba con aire de profeta, predicando penitencia y amenazando un inminente fin del mundo, Cayetano, enemigo como era de aquel ascetismo duro e inhumano que se había apagado con la hoguera de Savonarola, pone en guardia los amigos del Oratorio de Saló sobre el Garda: «os ruego que estéis vinculados con humildad a la Santa Iglesia de Cristo *in se sine ruga licet in ministris prostituta*». Y entre las «tinieblas que crecen» y contra la tempestad que rumorea desde el septentrión: «*habetis Christum* —grita él— *ipsum audite et ipsum sequimini*» (a G. B. Scaini, 26 marzo 1529).

(14) El autógrafo se conserva en Portici (Nápoles) en la iglesia de S. Antonio de los Padres Conventuales. Debo la noticia al Prof. P. CHIMINELLI, S. Gaetano, ob. cit., p. 865.

No se crea, empero, que esta espiritualidad prevalentemente interior, desconozca el precio de la mortificación y austeridad exteriores y el puesto a señalar a las mismas en la vida espiritual. Los santos son como nosotros, pero algo más que nosotros; ellos, caminando a la cabeza de la falange humana, tienen un horizonte más vasto y más profundo que el nuestro. Aun condescendiendo con el optimismo en que se inspiraba el humanismo y con el nuevo movimiento espiritual, los reformadores del Quinientos —y con ellos los dirigentes de la Iglesia—, máxime después de la apostasia de la Europa septentrional, de las desventuras del saco de Roma y del éxito negativo de la Dieta de Ratisbona (1541), en la que se vió la imposibilidad de mantener cualquier contacto conciliativo con los Protestantes— vieron bien pronto que era excesiva la confianza que se nutría en el hombre y en sus ilimitadas posibilidades, y que al misticismo optimista que no había impedido tantos males, ocurría oponer nuevos métodos de vida y de acción.

Son también éstas circunstancias históricas que explican el creciente interés y la profunda influencia suscitados por la reforma teatina, la que empernándose sobre la renovación interior del clero, profesaba una severa austeridad de vida.

Es resabido que bien pronto el nombre de «Teatino» o «chietino» vino a ser el sobrenombre aplicado a quienquiera, eclesiástico o lego, hiciera profesión de vida regulada y devota, y el nombre caracterizó en Italia y también fuera, la doctrina y la vida espiritual del siglo de la restauración católica.

Por lo demás, una espiritualidad que ponía por base y fundamento de la misma el desprecio y el odio de sí mismo y que hacía decir a Cayetano que habría querido tener al propio cuerpo «en odio como al demonio» (*a Isabel Porto 10 julio 1522*), debía obrar en consecuencia con los principios. «Yo tiemblo —escribirá más tarde el P. Guillermo Faber— cuando oigo a cierta gente hablar mucho de la mortificación interior; tiene esto siempre el aire de querer decir que los tales gozan de todas las comodidades de la vida» (15). Como más explícitamente había sentenciado el Thiene: «Sin penitencia no se puede esperar el Paraíso» (16).

Finalmente se nos permita una nota de índole más bien dogmática que fijará todavía mejor la posición de la doctrina espiritual del Santo en su tiempo.

Para esta *renovación interior* Cayetano moviliza todo el hombre. Discípulo de J. Bta. de Crema O. P. († 1534) el cual ha sido definido por Mandonnet «un profesor de energía espiritual» y por Pourrat (17) un precursor del «molinismo», y ambos asiduos lectores de Juan Casiano —conocido por sus concesiones al semi-pelagianismo— Cayetano Thiene está en pro del continuo desenvolvimiento de las energías voluntarias del hombre y del desarrollo de su actividad exterior en activa y libre cooperación a la gracia. Pero, incluso en este punto particular, el sentido del equilibrio y de la medida propia de esta espiritualidad es evidente. Cayetano sabe no poder nada sin la ayuda divina: «Yo no puedo correr, sino en cuanto la Majestad de Dios me dará fuerza», y si quiere servir a su Señor, no por temor, sino sólo por amor, esto será «sólo si tiene de El la gracia» (a L. Mignani 28 enero 1518).

A veces muestra él tener poca confianza en los méritos de los pobres mortales; «los méritos de V. R. no quiero que me ayuden, que más bien me dañarán, porque todo lo nuestro y todo lo que hay en el hombre es mentira y nuestra justicia es porquería» (a L. Mignani 8 junio 1520).

(15) FABER, *Progrès de l'âme*, ch. XI.

(16) ZINELLI, *Memorie storiche*, ob. cit., p. 154.

(17) P. POURRAT, *La spiritualité chrétienne*, ob. cit., III, p. 352-54, y P. MANDONNET en la Introducción a la versión francesa del tratado de M. CANO, *Victoire sur soi-même*, (Paris, 1923). Sobre la vida y obras del P. J. CARIONI DI CREMA, vid. O. Primoli, *Fra Battista da Crema*, (Roma, 1910).

Pero estas expresiones, en que se considera al hombre en relación con la verdad y la santidad divina, revelan no una concesión al error que consideraba al hombre naturalmente incapaz de cualquier acto moralmente bueno y virtuoso, sino más bien el horror de Cayetano por el «abominable torpor», queriendo que el alma busque con infatigable «rabiosa» voluntad a su Dios. Por lo demás, también a nosotros parece que Cayetano —que tanta confianza tenía en la oración de los buenos y de los Santos «cuyos méritos le ayudarán»— rinda aquí, con su realístico lenguaje bíblico, ideas propias del austero dominico al que se había escogido por guía en el camino del espíritu (18).

4) *La piedad*. — El combate por la renovación espiritual es sostenido constantemente por el espíritu de piedad.

Piedad ante todo *sólida* que condiciona los ejercicios y las prácticas religiosas al espíritu con que son realizados: devoción interior y fe viva.

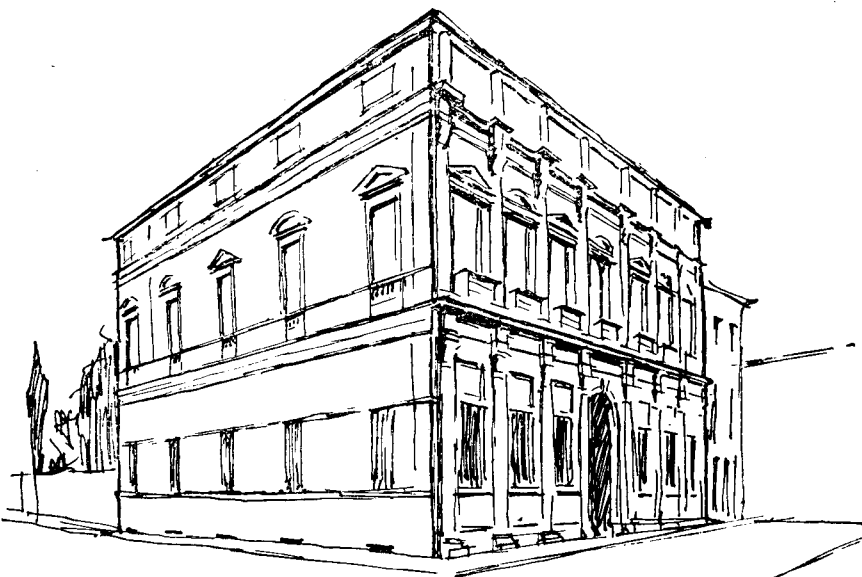
La Piedad

La reforma teatina, tocante al clero, estriba sobre un profundo espíritu de religión, en el fervor renovado de la vida litúrgica. No sin significado reproducirán las Constituciones teatinas en su primer capítulo, el cuadro que del clérigo hiciera el Concilio de Trento. (Sess. XXII De Reformatione.) Evidentemente Cayetano quería demostrar, —como observa Dumortier— con su vida y con su Instituto que si, por imposible, todos los ministros del altar unieran a sus santas funciones el holocausto del religioso, no cabría decir que éstos degeneraran de su misión ni que hicieran demasiado honor al sacerdocio de Cristo (19).

Después piedad *optimista*. Severa, en efecto, y austera en la inmortal guerra «contra sí mismos, la espiritualidad de la cual Cayetano es representante, es optimista, buena y condescendiente en relación al ejercicio de las demás virtudes y formas de piedad.

El puesto de preferencia se da a la oración y a la frecuencia de Sacramentos. También la oración tiene, en el pensamiento del Santo, un valor netamente estratégico; «la oración mental —decía a menudo— es un artefacto eficazísimo para conquistar el cielo y triunfar del infierno» (20). Y sus religiosos, ya desde los albores de la fun-

(18) DE MAULDE-SALVADORI, *S. Gaetano*, ob. cit., p. 72.
(19) F. DUMORTIER, *S. Gaetan de Thiene*, (Paris, 1882).
(20) ZINELLI, *Memorie storiche*, ob. cit., p. 152.



FACHADA DEL PALACIO DE LOS CONDES DE THIENE EN VICENZA (Italia), DONDE NACIÓ EL SANTO

dación, se reunían dos veces al día, mañana y tarde, para la oración mental. Pero Cayetano no les prescribió un método peculiar a seguir ni —aparte la lectura metódica de los cuatro Evangelios regulada por una forma especial— libros preferibles a otros. Particularmente de él —nos cuenta A. Prato, compañero de vida— «en su celda no tenía más que tres o cuatro libros, como los morales de San Gregorio, San Bernardo y alguno que otro libro devoto, y en la celda estaba casi siempre para orar; con gemidos y suspiros». Y otro coetáneo suyo, don Erasmo Danese, nos recuerda que el Santo rezaba de buen grado el Rosario de la Virgen, más con mayor «alegría recitaba salmos» (21).

Nutre una tierna devoción por la «victoriosa Pasión de Cristo», por la Santa Cruz y espera con «la ayuda de ésta arrollar» los tres enemigos, y por «María Virgen, Patrona, Estrella y Maestra, epítetos prestados por su Melifluo San Bernardo, por la cual él fué amado, protegido y vestido». Ora de buen grado con los ángeles —característica de la devoción de la Edad Media italiana— y con los otros santos caros amados al renacimiento, María Magdalena, Agustín y, particularmente, «su padre Gerónimo Santísimo», el gran sabio que tanto había leído, que tan íntimamente había sentido la civilización clásica, y en cuya penitencia veían aquellos tiempos un aviso a su propia debilidad producida por la exterioridad paganizante y, además, una confiada invitación a la purificación y al sincero retorno a Dios (22).

La perfección: El Amor

La doctrina del divino amor —escribe Pourrat— tiene un puesto preeminente en la espiritualidad italiana de la Edad Media. Y sobre este particular existe una literatura que le caracteriza (23).

En cuanto a Cayetano, los escritos y las obras justifican plenamente las expresiones de un reciente documento pontificio, en el cual el santo venía definido «celoso apóstol del divino amor y campeón insigne de la misericordia cristiana» (24).

Es el fuego ardiente e iluminante que «consume toda raíz de pecado», es el cuchillo de fuego que corta todo lazo «es —como dice Giulio Salvadori— la fuerza que lo empuja a predicar de la vida pura y del amor afectuoso en el mismo amor de Dios».

En su lenguaje pletórico de imágenes, la doctrina del puro amor está dibujada con singular evidencia. El mismo amor materno es sublimado en Cayetano de tal manera, que quiere que la ame su madre «sólo por amor de Cristo y no por esta vida». La muerte, quizás prematura, de un siervo de Dios conocido suyo, le amonesta que podría estar vecina su hora en la flor de sus treinta y ocho años. ¿Y entonces? «puede ser en todo tiempo; mas no quiero por tal cosa servir a mi Señor, sino por amor, si de El recibo la gracia» (a L. Mignani 28 enero 1518). Amar a Dios, no ya por la recompensa, sino en orden a la unión con El; desear aún el paraíso, más como medio para la unión definitiva y perfecta que como felicidad propia. De aquí el horror del santo a la tibieza, al abominable pecado del torpor, el cual hace que el alma se contente en no estar en pecado mortal (a L. Mignani, enero 1520). De aquí aquella invicta paciencia en los trabajos y aquel ansia de liberación que rezuman los escritos de su edad proveya con acentos en los cuales campea el Paulino *cupio esse*

(21) Vid. «Relaciones» de D. E. DANESE y del P. A. PRATO en «Regnum Dei». *Analecta Cleric. Reg.*, (Roma, 1945), n. 2-4.

(22) P. PASCHINI, *Gli albori della Riforma cattolica in Italia*. Confer. del Laterano, (Roma, 1923), p. 69.

(23) P. POURRAT, ob. cit., III, p. 393.

(24) Vid. Doc. pontificio in «Regnum Dei» (1947), n. 10-11, p. 72.

disolvi. Estemos igualmente contentos de no ser consolados aquí y confortémonos y «tomemos un poco de aliento como cansados y fatigados». Poco tiempo nos queda; presto pasará. «Regocijémonos *quoniam appropinquat redemptio nostra et propior est nostra salus quam non credimus*» (a S. M. Carafa 13 marzo, 6 abril 1541, 3 septiembre 1542).

De ahí, en fin, el celo por la salvación del prójimo que en el corazón de Cayetano tiene manifestaciones sublimes. «Que sólo esté Jesús apasionado en nuestro prójimo.» Y entonces el amor único por Dios devendrá amor de todos. Al temor de la ira de Dios que amenaza al pueblo he aquí pronta la ofrenda de sí como víctima expiatoria para abatir con su sacrificio conjunto al de «Jesucristo afligido». El muro que el pecado levanta entre Dios y el hombre. «No busquéis Madre (Laura) más para vos sino por Jesucristo olvidaos en todo de vos, y solo esté Jesús afligido en vuestro prójimo. Anhelad que todo el mundo sea arrojado encima de vos, con tal que éstos sean salvos. Oíd la voz de Dios sobre el pueblo cristiano: arrojaos entre Dios y el pueblo y gritad: *in me convertite tela*» (a L. Mignani s. d., 1522).

Mas el amor de Dios no consiste en la fuga del mundo y ni siquiera en las estáticas contemplaciones, mas se concretiza en la caridad operosa organizada, de la cual la soledad y la contemplación serán alma y vida. Cayetano nos lo dice en frase escultórica: «no en fervor afectuoso si no sólo en fervor efectivo se purifican las almas» (a L. Mignani, 8 enero 1520); y he aquí los oratorios del divino amor, institución de origen netamente italiano y renacentista que tendrá en Cayetano el más ardiente animador.

En la sobrenatural atmósfera en que «en el prójimo no se ve más que a Jesús doliente», y en la profunda visión del Cristo místico social, tan familiar a Cayetano, la obra de los oratorios era ante todo iluminada caridad; procatinando, además, aquellas obras que Lutero tanto elogiaba y despreciaba en los italianos —los cuales se obstinaban en no querer admitir una justificación por la fe sola—, aquella caridad le devenía incluso una apología y, finalmente, tomando los oratorios el cuidado de los «incurables», aquella caridad practicada contra toda repugnancia era, en verdad, un ataque al amor propio en la «inmortal guerra» por el triunfo del Amor (25).

El «Combate Espiritual»

El espíritu de Cayetano de Thiene, como patrimonio de su familia religiosa, pasó en herencia a sus hijos.

Si la escuela de Windesheim había dado al mundo la «Imitación de Cristo» la espiritualidad teatina le dió el *Combate Espiritual*. Aureo libro que se ha impuesto, con interés creciente, a través de cuatro siglos a todas las vicisitudes del espíritu y a las diversas corrientes escéticas. Se podrán adelantar dudas sobre la paternidad y justificar los recelos sobre la originalidad de la obra, mas la crítica todavía está hoy, en su mayoría, por el nombre más cotizado: el teatino Scupoli (†1610). Y aunque sean en la obra evidentes las influencias del ascetismo español y de la espiritualidad franciscana e ignaciana —como principales que pertenecen hoy al patrimonio de la ascética Católica— todavía el combate conserva los inconfundibles caracteres de la escuela italiana del siglo xv.

La imitación de Cristo, los ejercicios espirituales de San Ignacio de Loyola y el tratado de Scupoli constituyen la trilogía fundamental de la espiritualidad cristiana en la época moderna.

Francisco Andreu C. R.

(25) P. POURRAT, ob. cit., III, p. 358. Vid. Bibliografía en Vezzosi, *Scrittori dei Chierici Regolari*, (Roma, 1780), II, p. 276-301 y Dictionnaire de Theol. Catholique, v. XIV, col. 1745.



S. Cayetano de Thiene

SINTESIS BIOGRÁFICA

Nació San Cayetano en Vicenza, antigua ciudad de Venecia, el año 1480. Fueron sus padres don Gaspar de Thiene y doña Maria Porto, Condes de Thiene, vástagos de nobles familias venecianas, que supieron hermanar el brillo de un abolengo prócer con el aroma de las virtudes cristianas. Por eso apenas nacido Cayetano, le ofreció su madre con sincera piedad a la Virgen Santísima y le llamó Cayetano de Santa María. Desde sus más tiernos años resplandeció en su vida y sus costumbres tan admirable candor que todos le apellidaban el Santo. Cursados sus estudios superiores en la Universidad de Padua y obtenido con brillantez el grado de Doctor en ambos Derechos, se dirigió a Roma donde prontamente destacó por sus altas dotes de virtud, sabiduría y discreción, siendo muy grato al Papa Julio II, el cual le nombró Protonotario Apostólico y le agregó a los Prelados de su Corte Pontificia

Habiendo sido entonces ordenado sacerdote, tan vivamente prendió en su corazón la llama del Divino Amor, que renunciando a su cargo prelativo, abandonó la Corte Papal y se dedicó a una vida de mayor austeridad y recogimiento. Con los bienes de su patrimonio, socorrió generosamente a los pobres y fundó Hospitales, sirviendo

él mismo, con sus propias manos, en derroches de caridad, a los enfermos e indigentes, incluso a los mismos apesados. Ansioso de la salvación de las almas, propagó con sumo interés la Congregación del Amor Divino y trabajó incansable en múltiples afanes apostólicos, siendo llamado por tal motivo: «Cazador de Almas».

Deseando restaurar la disciplina de los eclesiásticos según la forma de Vida Apostólica, fundó la Orden de Clérigos Regulares, llamados después Teatinos, cuyos miembros, depuesta toda humana solicitud por las cosas terrenales, ni disfrutaran de rentas fijas, ni mendigaran de los fieles el sustento, sino que vivieran de las limosnas espontáneamente ofrecidas, teniendo por única esperanza la Providencia del Señor.

Por tanto, con la más amplia aprobación del Sumo Pontífice Clemente VII, ante el altar mayor de la Basilica de San Pedro y sobre el sepulcro del Principe de los Apóstoles, juntamente con Juan Pedro Carafa, Obispo de Chieti, que después fué Papa con el nombre de Paulo IV, y de otros dos eximios sacerdotes, Bonifacio de Colle y Pablo Consiglieri, emitió los votos solemnes ante el Datarío de Su Santidad. Durante el saqueo de Roma fué maltratado por soldados que conocían su noble alcurnia y esperaban obtener de él cuantiosas riquezas, las cuales, repartidas con anterioridad entre los pobres, había convertido en tesoros celestiales. En tal ocasión sufrió el santo con invicta paciencia azotes, tormentos y la misma cárcel, de la cual fué librado por un Oficial español. Perseveró con firmeza imperturbable y con recia constancia en los mismos propósitos que le movieron a fundar su Instituto, poniendo solamente su confianza en la Providencia de Dios, la cual nunca le faltó en el cotidiano sustento y recompensó tan magnífica esperanza con el esplendor de numerosos milagros.

Después de una vida toda consagrada al servicio del Señor y a la salvación de las almas, habiendo visto florecer su Instituto, favorecido con las bendiciones de la Providencia e incrementado con el ingreso de esclarecidos varones, estando él en Nápoles fué sobrecogido de grave enfermedad. La ciudad ardía en tumultos y sediciones. Un acerbísimo dolor traspasó su alma y le puso en trance de muerte, al contemplar la lucha enconada entre los hermanos y las ofensas que con tales motines se inferían al Señor.

Instituyó rogativas, exhortó a la reconciliación y a la caridad y viendo frustrados sus conatos pacificadores, ofreció su vida al Señor para aplacar la justicia divina. Recibidos con extremo fervor los santos sacramentos, tuvo un éxtasis maravilloso, en que Jesucristo le dió a gustar los tormentos inauditos de su Pasión y apareciéndosele luego la Virgen María, le dijo estas consoladoras palabras: «Cayetano, mi Hijo te llama, caminemos en paz.» Entonces su alma bendita voló hacia Dios, cuyo reino tan ardentemente había siempre buscado aquí en la tierra. Eran las dos y media de la tarde del 7 de agosto del año 1547. Su cuerpo se guarda en la iglesia teatina de San Pablo el Mayor de Nápoles con gran veneración y afecto de los fieles. Glorificado por el Señor con muchos y estupendos milagros obrados en vida y después de muerto, Clemente X, Pontífice Máximo, le incluyó en el catálogo de los santos.

El pueblo cristiano ha dado a San Cayetano el dulce título de Padre de Providencia por haber sido en toda su vida un ejemplar luminoso de confianza en la Providencia de Dios y porque su intercesión ha sido siempre eficazísima para obtener sobre los individuos y las familias las gracias y las bendiciones de la Divina Providencia, siendo innumerables los prodigios que ha dispensado el santo a sus devotos para cubrir sus necesidades temporales de comida y vestido, como un egregio taumaturgo, bienhechor amable y dulcísimo de la humanidad doliente.

Pedro A. Rullan, C. R.

El Santo de la Providencia

Entre aquel escuadrón, preclaro por su número y santidad, de ilustres hombres venecianos, que ostenta gloriosamente los nombres del DUX San Pedro Orseolo, de San Gerardo Sagredo, apóstol de Hungría, del Beato Nicolás Giustiniani, antepasado del Santo, del Beato Giordano Transalgrado, martillo de Ezzelino, del primer Patriarca de Venecia San Lorenzo Giustiniani, de San Jerónimo Emiliani, Fundador de los Somascos, del Beato Gregorio Barbarigo, Cardenal y Obispo de Padua, sobresale San Cayetano con características inconfundibles: una jovial serenidad que movía a ocultar bajo el gracejo veneciano una paciencia sin igual, una abnegación a toda prueba, un rigor despiadado consigo mismo y una infinita caridad en vez del prójimo; un amor grande a los estudios para refinar la mente y volverla capaz de elevar con más facilidad el alma; genio orgánico y organizador que, al igual que el romano, tiene sus reflejos en la constitución misma del Estado de San Marcos, en el valor envidiado de sus capitanes de mar, en el espíritu de iniciativa de sus comerciantes, en la destreza de sus políticos y en el sabio gobierno del dominio colonial.

En efecto, la vida del hijo de los señores de Thiene, nacido hacia el año 1480 en Venecia, junto a su tierra feudal, se informó de una dulzura sonriente y amena que su misma madre admiraba en el niño nunca turbado e inalterable, ni siquiera en los pequeños contrastes que en aquella edad parecen insuperables en los otros niños y son motivo de que se enfurruñen y encolericen. Nunca le faltaba la chanza ingeniosa y buena que no perdió jamás, aun cuando la vida le ofreció pruebas muy superiores a las contrariedades infantiles; precisamente porque entonces la chanza espontánea era indicio de naturalidad y de humildad en las virtudes. Y de la misma manera que él la practicaba, así deseó para los demás esta costumbre de la sana sonrisa.

Más tarde, siendo ya director de espíritu, escribía a una religiosa por él dirigida: «Yo desearía que todos fuesen joviales y no melancólicos para no comunicar tristeza a los demás y evitar el disgusto en las cosas de religión.» Como en los dichos y en las cartas de Gregorio Barbarigo alentaba siempre una vena sutil de caricatura, que incluso revestía de una alegre serenidad las quejas contra las murmuraciones y los ataques de sus enemigos; así también los demás santos venecianos, aun cuando dispensaban favores, no dejaban de tener una palabra, una señal, un gesto hacia los suplicantes, que parecía una broma y era en realidad una pantalla para evitar la veneración de los devotos.

En la actualidad, encontraríamos fácilmente vestigios de este carácter veneciano. Recordemos a Pío X...

Hemos indicado el amor a los estudios. Era propia de la nobleza veneciana, tanto patricia como feudal, esta emulación en la cultura, que abría el camino a las carreras diplomáticas y militares en las cuales se adiestraron Barbarigo y Emiliano, y que constituían el deber más propio de una aristocracia llamada por la tradición, por las leyes, por el Estado, a dar ejemplo de laboriosidad y decoro, a sujetarse, tarde o temprano, a las cargas del gobierno de la Dominante, en tierra firme o en las colonias. Cayetano de Thiene siguió el mismo derrotero y acabó, como los otros, en la Universidad de Padua, cuyo «Collegio Sacro» recuerda todavía en sus cuadros una serie de Santos laureados, entre otros San Francisco de Sales y San António M.^a Zaccaria. Por otra parte le señalaba ya

esta ruta su mismo nombre bautismal, que le había sido impuesto para honrar la memoria de un antepasado ilustre, Cayetano de Thiene, el cual siendo canónigo de Padua fué uno de los más celebrados filósofos de su tiempo. Así lo atestigua pomposamente la rarísima edición de una obra titulada: «*Gajetani de Thienis hpilisohi clarissimi in IV Aristotelis Metereorum libros expositio*». Y no podía menos de seguir las huellas de su tío que tanta simpatía guardaba por Aristóteles. Fué teólogo y jurista en *ambos...* para pagar su tributo a la nobilísima casa paterna y a la fama de su pariente, pero quedando en libertad para hacerse religioso y dedicar sus actividades a los ignorantes, a los pobres, a los enfermos.

Y al hacer esto, afrontó el mismo grave escándalo que manifestara en otro tiempo la familia de los «Giustiniani» viendo en la miseria más profunda al Patriarca de su nombre, que lo daba todo a los menesterosos. Su Excelencia Barbarigo padre, habiendo partido de Venecia con gran boato, para ser huésped de su hijo purpurado en Padua, se veía precisado a rehacer el mobiliario del Palacio Episcopal, para poder habitar allí con alguna comodidad. Cada vez que volvía, todo se había entregado a los pobres. Por eso, cuando para acallar el cómulo de habladurías suscitado en las calles de Venecia, en el Castillo de Thiene, en los muelles de Venecia y en la Corte de Roma, Cayetano aceptó de Julio II la dignidad de Protonotario Apostólico, la conservó sin ningún perjuicio para sus pobres hasta que murió aquel Papa que con su fácil temperamento, de todos conocido, no quería oírle hablar de renunciaciones. Y de aquellos honores curiales, de los cuales libróse el Santo finalmente para dedicarse por completo a las más humildes obras de caridad, no quedó más que la piadosa costumbre de los Protonotarios romanos de trasladarse cada año a S. Andrés della Valle para celebrar corporativamente, el 7 de agosto, la festividad de aquel que un día les abandonara sin pesar.

Decíamos también: genio orgánico y organizador. En efecto, con la fundación de los Clérigos Regulares, Cayetano iniciaba una de las más espléndidas floraciones de la historia de la Iglesia, la epopeya de la contrarreforma. Su ejemplo fué el primero en aquella sublevación por escuadrones, que se ponían a las órdenes del Pontificado para restaurar, empezando por el Clero, la educación y las costumbres, el sentimiento religioso y la piedad. De las ocho grandes congregaciones, la de los Teatinos es la primera, por haber sido aprobada en 1524. Y si las otras varían en los métodos y en los fines directos, la imitan en la esencia, la siguen en las grandes líneas. El mismo San Ignacio, este gigante entre los grandes legisladores, le admiraba. Hasta se suscitó la cuestión sobre si San Ignacio de Loyola deseó abrazar la regla de San Cayetano antes de pensar en la suya, que le fué profetizada por Cayetano en aquella ocasión. Tanto si el episodio es verdadero, según pretende Castaldo, como si no, según defienden Rho y Negroni, la controversia puede resolverse como la concluye Butler: «Nada tiene de extraño que un santo quiera imitar a otro; y si San Ignacio hubiese demostrado así, una vez más, su humildad, San Cayetano habría demostrado también una vez más su clarividencia.» Asimismo podría interpretarse en el sentido de que si la cuestión en realidad se suscitó, algún motivo hubo para ello: y la razón más obvia es que San Ignacio hablaba con tanto elogio de San Cayetano, que parecía indicar deseos de estar con él y con su obra tan digna y

tan fecunda, la cual mereció a Cayetano el título de intercesor de la Divina Providencia.

Sin embargo, la gente, que va a lo práctico, le pide una abundante providencia... práctica, pero no se debe excluir sino más bien creerse, que es, sobre todo, ministro de la providencia en el orden espiritual. Efectivamente, la confianza del pueblo se apoya en el hecho de que los fundadores de la Congregación teatina, con el fin de oponerse a la codicia desenfrenada de riquezas y a la loca ambición del mundo aun religioso, renunciaron voluntariamente a poseer, aunque fuese sólo en común, para del todo abandonarse en manos de la Providencia. El hecho en aquellos tiempos suscitó tanta oposición que faltó poco para que se les negara la autorización pontificia, por motivos de humana prudencia. Mas, era verdad y hubo

ocasión de recordarlo, que con aquel sacrificio no se había impuesto una norma prohibitiva.

Así, pues, es más razonable pensar que Cayetano y los suyos dieron el máximo y más verdadero ejemplo de confianza en aquella providencia espiritual y de perfección, que proponían a la Iglesia con ímpetu de apóstoles.

Y si aún se quisiera insistir en la cuestión, la resolvemos inmediatamente asegurando que la protección de San Cayetano se manifiesta en uno y otro campo: advirtiéndolo, no obstante, que las gracias temporales deben ser un estímulo poderoso que anime a solicitar y merecer las eternas, a ejemplo del Santo que recorrió el camino de esta vida con la mirada y el corazón fijos en las metas inmortales, hacia las cuales la vida terrena le sirvió de áspera pero segura ascensión.

José dalla Torre

Director de «L'Osservatore Romano»

Por la traducción, E. C.

Sentido y valoración de la reforma teatina

Conferencia pronunciada por el Rvdo. P. D. A. VENY BALLESTER, C. R., en el Paraninfo del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, de Madrid, el día 26 de abril del corriente año, bajo la presidencia del Excmo. y Rvdm. Sr. Cayetano Cicognani, Nuncio de Su Santidad

La figura de San Cayetano —como todas las de la historia— debe ser estudiada a la luz de su época. Ni la santidad, ni el heroísmo, ni la sabiduría son comprensibles sin encuadrarlas en su propio escenario. No se comprende a San Benito si no se tienen en cuenta las invasiones de los bárbaros. No se comprende a Santo Domingo si se desconocen los problemas surgidos en la vida de la Iglesia al desmoronarse en el Viejo Mundo las instituciones feudales. No se comprendería a San Cayetano desvinculado del ambiente que envuelve los tiempos aciagos de la Europa quinientista. Cuando se conoce el medio histórico en que se ha desarrollado la vida de los grandes santos se aquilata su personalidad, se reconoce su influencia en los destinos del mundo, y se echa de ver por qué caminos les condujo la Providencia a la realización de sus designios.

Sentido y valoración de la reforma teatina

Place dar comienzo a esta charla evocando un pensamiento de uno de los más grandes hijos de San Cayetano de Thiene, don Joaquín Ventura Raulica, formulado en circunstancias solemnes desde el púlpito teatino de San Pablo el Mayor de Nápoles, donde se guardan los despojos del Padre de Providencia. Dice así el Padre Ventura: «De todos los males de la Iglesia es causa el aseglaramiento del Clero» (1). Y a fe que el panorama desolador que ofrecía el catolicismo al sentarse Clemente VII en el solio de San Pedro justifica por modo inconcuso la tremenda realidad del oráculo de Jesucristo: «Vosotros sois la sal de la tierra» (Mtth. V, 13). Al perder ésta su eficacia, el mundo se hunde en la corrupción y en el caos más espantoso.

Porque la Iglesia es obra de Dios, establecida por Jesucristo, Dios verdadero. Como tal, es obra perfecta. «Cristo amó a la Iglesia», escribe San Pablo a los efesios, «y se entregó a Sí mismo por ella, para santificarla... para ofrecérsela sin mancha, ni arruga, ni cosa alguna semejante, sino que sea santa y sin mancilla» (Eph., 5, 25-27).

La Iglesia es siempre la Iglesia —el pensamiento es de San Cayetano. Y a sus amigos de Saló, constituidos en Oratorio, bajo su guía y dirección, predicará la obediencia y la sumisión incondicional «a la Esposa de Cristo, que no tiene mancha ni arruga *licet in ministris prostituta*» —son sus palabras (2).

Porque si la Iglesia es obra de Dios, es también obra humana, son hombres quienes la integran, sujetos, a fuer de tales, al vaivén de las pasiones, a los caprichos del egoísmo, a la mudanza de los tiempos. Por ello la historia de la Iglesia registra épocas de esplendor y períodos de decadencia, tiempos de gran fervor religioso y momentos de frialdad glacial.

Las más graves situaciones, las crisis más angustiosas, toda suerte de dificultades humanamente insuperables, provocadas en la vida de la Iglesia por gentes surgidas de su seno, prueban con palmaria evidencia que el edificio del catolicismo no se apoya en fuerza humana y que estriba en el poder de Dios. Sus enemigos de fuera, en secreta inteligencia con el interior de la plaza, han asestado a la Iglesia los golpes más dolorosos, que hubieran sido mortales de no ser ella obra divina, cimentada en la roca firme de la infalible promesa: «Las potestades del infierno jamás prevalecerán».

El Verbo de Dios hecho hombre había traído a la tierra, con su doctrina y su gracia, los resplandores de la luz y las llamaradas del amor. Llamó a Sí a los apóstoles, y en persona de éstos a la Iglesia, para ser hasta el fin del mundo los voceros de su doctrina y los ministros de su gracia. ¡Con cuánta generosidad y con qué soberana eficiencia se consagraron los apóstoles y sus primeros sucesores al desempeño de esta misión! Los destellos del Evangelio iluminaron el mundo y lo transformaron por el amor.

Mas vino el Renacimiento. En la capital del orbe católico la honestidad de costumbres y la piedad cristiana habían cedido el puesto a la corrupción más espantosa y los escándalos de la Roma pagana reproducíanse a diario en aquel pueblo bautizado y redimido con la sangre

(1) *Sulle influenze dello zelo de S. Gaetano Thiene Fondatore de'Chierici Regolari Teatini nella universale rinnovazione religiosa del secolo XVI.* Discorso del Rmo. P. D. Gioacchino Ventura, Ex-Generale de'Chierici Regolari Teatine. Roma, 1860.

(2) Francisco Andreu, C. R. *Lettere inedite di S. Gaetano Thiene.* Roma, 1946. Pág. 67.

de Cristo. La común relajación no se detuvo, por desgracia, a los umbrales del templo. La abominación de la desolación habían hecho morada en el santuario de la Iglesia, y los enemigos de ésta amparábanse en tales abusos para proclamar a voz en grito la necesidad de la reforma.

En el propio campo católico se venía repitiendo el mismo grito premioso, eco del sincero anhelo de renovación espiritual: ¡Reforma en la cabeza y en los miembros!

Reforma, etimológicamente, vale tanto como reintegración de un ente deformado a su pristina modalidad. Y en el caso que nos ocupa equivalía a devolver a la Iglesia de Cristo la «forma» auténticamente evangélica, resucitar la «forma de vida» de los tiempos apostólicos —«apostolicam vivendi formam»—, restituir a la Esposa de Cristo la soberana «hermosura» —formosura— con que había salido de manos de su Fundador.

En nada se acusaba tanto la «deformación» espiritual, la ausencia de espíritu evangélico en las filas eclesiásticas como en el aspecto de la *pobreza*, tan reiteradamente encomendada por el Maestro Divino y tan celosamente practicada durante la época apostólica. Recuérdese que el protestantismo explotó para su defensa un pretexto de tipo económico: el tráfico de las indulgencias. En su libro «A la nobleza cristiana de la nación alemana, sobre el mejoramiento del estado cristiano», publicado en agosto de 1520, Lutero propugnaba el deber que incumbe al poder temporal de convocar un Concilio, con independencia de Roma, cuyo fin no debía ser otro que la total reorganización del vigente sistema eclesiástico, y librar a la nación germana «de las rapacerías y hurtos —afirma— de las autoridades romanas... Por este camino —asegura— no irá más dinero a Roma...» (3). La falta de desinterés en el ejercicio del ministerio y la codicia de bienes terrenos, funesta raíz de todos los males —*radix omnium malorum cupiditas*— como advirtiera San Pablo, había conducido a la Iglesia al borde de la ruina.

¿La enseñanza de Cristo? Baste recordar el elogio que de la pobreza y de los pobres hizo el Maestro Divino, que la estableció como fundamento de la perfección evangélica: «*Si vis perfectus esse vade, vende quae habes et da pauperibus...*» y puerta de ingreso en su escuela: «*Qui non renuntiat omnibus quae possidet non potest meus esse discipulus*» (Luc. 14, 33).

¿La vida del Fundador? Señor de todas las cosas, nace al mundo de madre pobre, en destartalado establo, y es reclinado en un pesebre. Y si en vida dijo de Sí: «Las raposas tienen madrigueras y las aves del cielo nidos, solamente el Hijo del hombre no tiene donde reclinarse la cabeza» (Matt. 8, 20; Luc. 9, 58), en muerte llevó su pobreza al extremo de permitir que le despojasen de sus vestidos y morir desnudo en la cruz.

El «estilo» de los apóstoles, que lo habían dejado todo para seguir a Jesucristo —«*ecce nos reliquimus omnia et sequuti sumus te*»—, su sistema de apostolado se inspiró en el desprendimiento y en la pobreza evangélica, de acuerdo con el mandato de su Maestro Divino: «No llesves «bolsillo» ni «alforja» (Luc. 10, 4). «No tengo oro ni plata», dirá San Pedro (Act. 3, 6). «No he recibido de nadie plata, ni oro, ni vestido, como vosotros sabéis» (San Pablo, Act. 20, 32). Y en el «Didache» o doctrina de los apóstoles se lee: «El apóstol que pide dinero es falso profeta. Al que os dice dadme dinero o cualesquiera otros bienes, negaos a escucharle» (Cap. II). «*Gratis accepistis, gratis date*» (Matt. 10, 8).

Pasaron los años... y a la «porción escogida» se la oyó exclamar, como a los discípulos infieles: «*durus est hic sermo!*».

A los umbrales del siglo XIV, un ilustre mallorquin, el Bienaventurado Ramón Llull, bosquejó las características de los eclesiásticos de su tiempo en un dramático diálogo

sostenido con uno de ellos, camino de Viena de Francia, para asistir al Concilio convocado por Clemente V en la capital del Delfinado. El clérigo preguntó a Ramón qué iba a buscar en el Concilio. Ramón le expuso sus planes de fundación de Colegios de Misioneros para Oriente, de fusión en una sola de las varias órdenes militares, y de extirpación del averroísmo que, entronizado en la Sorbona, constituía un grave peligro para la integridad de la fe Romana.

Las palabras de Ramón Llull provocaron la hilaridad del presumido eclesiástico, que, entre risotadas y denuestos, expresó cuán justificada era la fama de soñador —PHANTASTICUS— del iluminado Maestro.

«En cuanto a mí —repuso el clérigo— soy hijo de un pobre labriego. Mendigando mi sustento, llevé adelante los estudios. Una vez impuesto en las ciencias, obtuve una rica prebenda y fui laureado en ambos Derechos. Ordenado sacerdote, se me nombró Arcediano; sumé beneficios a beneficios, con los cuales colmé de riquezas a mis hermanas, antes humildes labriegos. Casé a todas mis hermanas con hijos de caballeros, y levanté a mis parientes a una posición envidiable. Estos tres mozos escolares, que a caballo me siguen, son también sobrinos míos. Cada uno de ellos es, en la actualidad, poseedor de un pingüe beneficio, y espero conseguirles en este Concilio prebendas todavía mejores. Y de mí ¿qué os diré? Me espera una rica diócesis, y por ello me dirijo a la Corte para vivir, una vez conseguida, en el fausto y la opulencia. Ved mi cortejo de palafrenes, escuderos, sirvientes, cocineros, pasteleros. Sirvenme en vajilla de plata, poseo grandes riquezas y hago vida principesca. Como veis, de soñador no tengo pizca, mas soy precavido y diligente» (4).

Símbolo o realidad, el clérigo materialista de este pasaje luliano no era un caso esporádico en la clercatura de aquel tiempo. El Bienaventurado Doctor retrata de mano maestra la absoluta carencia de espíritu eclesiástico y el repugnante egoísmo con que se llegaba al sacerdocio, con el exclusivo objeto de explotar en provecho propio y de toda la parentela el patrimonio de la Iglesia.

Desde su primer contacto con las altas esferas de la Iglesia, Cayetano, pronotario y escritor de letras apostólicas en la corte de Julio II, se percató de que la crisis espiritual que socavaba los cimientos de la jerarquía eclesiástica tenía por causa exclusiva la CODICIA DE BIENES TERRENOS, de que la «Auri Sacra Fames» estimulaba a muchos nobles carentes de vocación a ingresar en el santuario sin curarse para nada de los deberes de su estado y sin más aliciente que las pingües rentas, anejas, a la sazón, a las altas dignidades y a los beneficios eclesiásticos. La acumulación de prebendas y beneficios canónicos que tenían aneja cura de almas, al imposibilitar la residencia ocasionaba el abandono del oficio pastoral, con los desórdenes consiguientes.

Entre las peticiones de Ramón Llull a los Padres del Concilio figura «que el Señor Papa, con los reverendos cardenales y obispos provean que clérigo alguno pueda tener más de un beneficio... que se fije el número de escuderos y caballerías para evitar la vanagloria... Que se proscriban las alhajas preciosas, los vestidos y las bestias supérfluas. Y que, si va a disolverse la Orden de los Templarios..., sus bienes no pasen a los príncipes ni a los clérigos que ya son excesivamente ricos».

Asimismo «que haya distinción entre el vestido de los clérigos y el traje de los seglares. Que el de aquéllos sea unicolor y honesto, que se lleve abierta la tonsura, que en el manto y la capucha se huya la ostentación, para evitar gastos inútiles, la vanidad y la hipocresía» (5).

Con la aprobación del Concilio se dictaron sabias nor-

(4) Ramón Llull, *Disputatio clerici et Raimundi sive Phantasticus*. París, 1499. Cap. I.

(5) Joan Avinyó, Pbre. *El terciarià franciscà Beat Ramon Llull... Sa vida i la història contemporànea*. Igualada, 1912, págs. 511 y 513.

mas sobre prebendas y dignidades, se atajó la ostentación y el fausto de los Prelados (6), y se dieron disposiciones sobre la forma del vestido y la modestia de los clérigos (7).

Los Concilios sucesivos, singularmente el de Letrán, insistieron en las medidas encaminadas al mantenimiento de la disciplina eclesiástica, y a extirpar la gangrena de la codicia clerical que infestaba todos los grados del organismo jerárquico (8).

Si Cayetano había asistido, formando como Prelado, en la comitiva de Julio II, a la solemne apertura del Sínodo Lateranense, había escuchado la consigna de Tomás Egidio de Viterbo a los Padres del Concilio: «Homines per sacra immutari fas est, non sacra per homines» (Es menester que los hombres sean reformados por la religión, no la religión por los hombres). Y la no menos precisa de París de Grasis: «Placet quod reformatio fiat universalis, et quod reformatores reformatur» (La reforma debe ser universal, y los primeros en reformarse han de ser los reformadores) (9).

Pero los hechos tangibles demostraban, por desgracia, que los cánones y decretos sobre reforma del clero seguían siendo letra muerta. El mismo Pontífice Paulo IV podrá decir, sin ser desmentido: «Los Concilios de nuestros días —todos somos testigos de ello— han prodigado decretos plausibles y hermosas disposiciones, pero nadie —eso es lo triste— ha cuidado de cumplirlos. Nosotros comenzamos por actuar. Ese es el camino.»

Así era en realidad. Teorizantes de la Reforma habíanlos en todas partes. Pero nadie se decidía a traducir en prácticas realidades los múltiples y bellos proyectos que se formulaban a diario.

Esta era misión trascendente reservada a San Cayetano para gloria inmarcesible del sacerdocio católico. De las mismas filas del clero —clérigos eran Cayetano, Juan Pedro Carafa, Bonifacio de Colle, Pablo Consiglieri—; del seno de la Curia romana —curiales eran Cayetano, Juan Pedro Carafa, Bonifacio de Colle— surgió la reforma efectiva, que dió cauce y sentido ortodoxos a las ansias universales de renovación cristiana. El hecho de que de su seno hayan surgido los campeones de la reforma religiosa, y que del tronco herido de la Iglesia y de lo profundo de sus llagas, contra toda humana ley brotara un florecer espléndido y una juventud vigorosa, es argumento irrecusable del divino elemento vital que la anima y sostiene.

Desde su ingreso en la curia, Cayetano pudo advertir la gravedad del problema, y tuvo tiempo de analizarlo y de madurar su solución. Para la reforma de la Iglesia «en la cabeza y en los miembros», como se venía repitiendo, no era lo más urgente que el Papa, Roma o el Concilio estableciesen las normas a base de nuevos decretos o bajo la amenaza de castigos. La consigna estaba dada. Bastaba con que cada uno tomase el Evangelio y empezase sinceramente por reformarse a sí mismo. Era inútil esperar todo de las supremas decisiones de los Concilios y del Papa. No era práctico ni viable en aquellas circunstancias un intento de reforma impuesto desde arriba con carácter oficial en modo más o menos enérgico. Toda medida coercitiva emanada de la autoridad provocaría fatalmente las reacciones más funestas, y cualesquiera precauciones para acabar con los abusos estaban condenadas al fracaso, si no se extirpaba la ponzoña de la humana codicia, «raíz de todos los males» («Radix omnium malorum cupiditas»). Los escasos resultados del Sínodo Lateranense en punto a reforma eclesiástica evidencian que los espíritus no estaban, ni mucho menos, preparados para un Concilio.

En una época en que el Humanismo había puesto de

(6) *Clementinae*. Lib. III. De praeb. et dignit.

(7) *Ibid.* De vita et honestate clericorum. Cap. III.

(8) Mansi, Juan Domingo. *Sacrorum Conciliorum nova et amplissima collectio*. París, 1803, t. XXXII, p. 587 y sigs.

(9) Raynaldi, H. *Annales ecclesiastici*. Luca, 1755, t. XIII, ad. ann. 1513, pág. 44.



San Cayetano rechaza la oferta del Conde de Oppido

Cuadro de Vaccaro Museo del Prado

relieve el valor de la persona humana, Cayetano, fino psicólogo, entendía que la persuasión y la dulce eficacia del ejemplo actuarían por modo efectivo sobre la libre voluntad de los espíritus nobles, y abonarían el terreno a la intervención, en hora oportuna, de más elevados poderes. No se improvisa un clima limpio donde pulularon largo tiempo toda suerte de corrupciones. Las lluvias que caen recias en suelo duro y mal dispuesto rebotan y no aprovechan. La preparación del terreno condiciona los resultados de la deseada cosecha. Era indispensable que cada individuo se aplicase voluntariamente a la autorreforma interior para asegurar la eficiencia de las medidas de tipo externo. La crisis era del espíritu y el proceso de renovación tenía que ir de dentro a fuera, del centro a la periferia, del corazón a los sentidos. Comenzando por llenar las almas del más puro amor de Dios, la reforma de las costumbres seguiríase de modo automático. «El cuerpo de la Cristiandad está enfermo —escribirá Sadoletto al Cardenal Contarini— y padece una dolencia tal que no admite instantáneo remedio. Mejor sería procurarle a través de largos rodeos una curación gradual, del modo que esta pestilencia se introdujo gradualmente en el curso del tiempo. Son menester muchos vigilantes, muchas medicinas, así como una terapéutica —como hoy la llamaríamos— que sepa frecuentemente disimular sus designios, para devolver la salud y la dignidad a la Iglesia» (10).

La visión de la Roma papal en la época renacentista

(10) Sadoletti, Iacobi, *S. R. E. card. Epistolae*. Roma, 1767, I, p. 216. Pastor, *Historia de los Papas*, XI, p. 151.

—nótese el fenómeno curioso— ha provocado en la historia tipos de reacciones diversas. El celo de Savonarola, ferviente apóstol del dogma, se desvía de los cauces legales y condena al fracaso su obra, al conducirlo a la ruptura con la Jerarquía eclesiástica. Otro monje lleva su audacia a romper con la Iglesia misma y con su Cabeza visible, y, al colocarse al margen del dogma y enfrentarse con el Papado, Lutero se erige en fautor de la mayor y más terrible de todas las herejías. Erasmo, de buena fe, cree que poniendo en la picota las lacras de la Iglesia, conseguirá destruirlas. No obtiene nada positivo, antes contribuye, sin pretenderlo, a exacerbar la dolencia.

Cayetano es el *sapiens architectus* (11), que cimenta en la roca firme de su lealtad a la Iglesia y de su ferviente adhesión al Vicario de Jesucristo el sistema genial de su obra restauradora, e influye eficazmente en las filas de la Jerarquía, al reformar internamente a los hombres y a las instituciones que, en su día, han de nutrir los más altos organismos del régimen eclesiástico (12).

De acuerdo con su criterio de que era mejor callar y afanarse en el trabajo que dedicarse a censurar, permaneciendo inactivo, y de que el ejemplo siempre arrastra, siquiera muevan las palabras —*verba movent, exempla trahunt*—, con admirable sentido práctico, atajó el mal en su raíz lanzándose a la reforma del clero mediante el sistema de minorías selectas, que, con la ejemplaridad de su desprendimiento, condenasen la ambición y la codicia de bienes terrenos y creasen el clima moral en que pudiesen fructificar los decretos y enseñanzas de la Santa Sede y los Concilios.

De aquí su entusiasmo por las Compañías del Amor Divino, consagradas a la santificación interior y al apostolado en el propio ambiente, a la práctica del amor de Dios y de la caridad con el prójimo. Con todo, estas compañías, pese a los grandes beneficios que prestaban a la Iglesia, no llenaban de modo adecuado las necesidades de los tiempos. No siendo más que cofradías, a las continuas oscilaciones en el número de sus afiliados, añábase que, a no pocos, las atenciones de su estado les impedían aplicarse con la dedicación conveniente a las obligaciones específicas de la Asociación.

Cayetano, con fina intuición, concibió la creación de un instituto de clérigos, que, reducidas al mínimo las observancias exteriores, se dedicasen intensamente a la espiritualidad interior, y fuesen vivo dechado de virtudes sacerdotales: «*Clericalem Vitam ducere et instaurare in Ecclesia Dei primitivan apostolicae Vitae normam, quae inserviat tamquam typus et exemplar ecclesiasticis...*» (Constitutiones Clericorum Regularium. Pars I, cap. I). La nueva Congregación no vivría de rentas, a diferencia de los monjes, ni se dedicaría a pedir limosna, como hacían los mendicantes. Sus clérigos se aplicarían a la búsqueda del Reino de Dios, y esperarían del cielo la prometida añadidura.

San Benito impuso a sus monjes la pobreza individual, pero los monasterios de la Orden solían ser poseedores de propiedades inmensas.

San Francisco prescribió la pobreza individual y colectiva, y estableció la mendicación como medio de proveer a las necesidades de la vida.

Para extirpar de raíz la ponzoña de la codicia, Caye-

(11) I Cor., 3, 10.

(12) La Orden de Clérigos Regulares, llamada con toda justicia *seminarium episcoporum*, semillero de obispos, ha dado a la Jerarquía el diez por ciento de sus miembros. Si el número es impresionante, no lo es menos la calidad. De los nueve teatinos que han vestido la sagrada púrpura des están sobre los altares. Una de las causas de beatificación hoy más adelantadas en la Orden es la del Venerable teatino Vicente María Morelli, Arzobispo de Otranto, muerto en olor de santidad a principios del siglo pasado. Y —caso único en la historia— uno de los fundadores cedió la Tiara pontificia con el nombre de Paulo IV, para irradiar desde la Cátedra de San Pedro a todos los ángulos de la Iglesia el espíritu y las directrices de la reforma teatina.

tano iba más lejos: sus clérigos no poseerían rentas ni beneficios canónicos ni practicarían la mendicación, que no estimaba decorosa al estado sacerdotal, y la experiencia demostraba cuán expuesta era a abusos y a defecciones lamentables. Vivirían, a fuer de sacerdotes, «del altar y del Evangelio» (De altari et Evangelio vivere nos clericos oportet. Constitutiones Clericorum Regularium, Pars I, cap. 13. No pocas Ordenes mendicantes han suprimido, de hecho, la práctica de la mendicación por los mismos inconvenientes que quiso obviar San Cayetano al prohibirla en su Instituto).

La pobreza así practicada sería eficaz antídoto contra la ambición y la codicia y la demostración fehaciente de que la cultura, la distinción, la dignidad del individuo, tan estimadas en el Renacimiento, era por demás compatibles con el desprendimiento sacerdotal y la sencillez evangélica.

Si el antiguo monaquismo consideró el sacerdocio como valor accidental en la vida religiosa, Cayetano estimaba los votos y las virtudes monásticas en cuantos contribuían a la perfección específica del estado sacerdotal. La nueva Congregación no sería de monjes ni frailes, sería fundamentalmente un Instituto de Clérigos, que harían de la vida claustral y de los votos religiosos el medio más adecuado para conseguir la santidad del estado eclesiástico (13).

¡Clérigo Regular! *Qui autem facerit et docuerit...* Función específica del clérigo era el apostolado, la vida activa; *docuerit*. Función específica del monje era la contemplación: *fecerit*. *Monachi est plangere, clerici docere*, dice San Jerónimo (Epist. ad. Paul.). Cayetano aspiró a conjugar, aptamente sistematizadas en relación de medio a fin, las efusiones del monje y las actividades del clérigo, la contemplación y la acción, los oficios de Marta y María en la persona del sacerdote: *fecerit et docuerit*. Tal sería el clérigo regular. *Clérigo*: acción, apostolado, milicia, Marta. *Regular*: contemplación, vida interior, María. Por ello la Clerecía Regular —nos abona el Evangelio— es la magna institución de la Iglesia: *magnus vocabitur in regno coelorum*.

La evolución del monaquismo alcanzaba su fase crucial. La nueva interpretación de la vida religiosa marcaba el comienzo de una etapa de la que era Cayetano jalón primero en la historia.

Con ello se conseguía hacer patente a los herejes, que apoyaban su rebeldía en la decadencia del clero, que los representantes auténticos de la clase sacerdotal eran aquellos que vivían el espíritu de Jesucristo, su divino Fundador, inspirados en el Evangelio y en la vida de los apóstoles. La nueva Congregación de clérigos religiosos no adoptaba por norma de vida la regla de San Benito, San Basilio o San Agustín. Ahondaba en el Evangelio, que los herejes admitían, y nutría de la promesa eterna sus raíces más vigorosas:

QUAERITE PRIMUM REGNUM DEI ET IUSTITIAM EIUS ET HAEC OMNIA ADICIANTUR VOBIS: BUSCAD PRIMERO EL REINO DE DIOS Y SU JUSTICIA Y TODO ESTO (la comida y el vestido) SE OS DARÁ POR AÑADIDURA (Matt. 6, 33).

Antaño los anacoretas habían seguido a la letra la enseñanza evangélica. Buscaron el reino de Dios en la quietud del desierto. Huyendo el trato de los hombres, consagraronse a la oración y a la vida penitente, nutriéndose de hierbas del campo y de raíces silvestres. Ahora el Reino de Dios cabía buscarlo en las ciudades, dilatarlo entre los hombres, en la compañía de las almas que se quería salvar, en el confesonario, en el púlpito, a la cabecera

(13) Según el Doctor Angélico, la condición de sacerdote "requiere mayor santidad interior que la que demanda el mismo estado religioso, porque, al decir de San Dionisio (*Ecclesiastica Hierarchia*, cap. VI): *Monasticus ordo debet sequi sacerdotales ordines, et ad eorum imitationem ad divina ascendere*". Summa, 2.^a, 2.^{ae}, q. 84, a. 8.

del enfermo, sócorriendo al menesteroso, catequizando al ignorante. El sustento material se fiaba a la Providencia... Era imitar a la letra el ejemplo de Jesucristo: «*Las raposas tienen madrigueras y las aves del cielo nidos, mas no tiene el Hijo del Hombre dónde reclinar la cabeza*» (Mat. 8, 20; Luc. 9, 58).

Sublime desprendimiento, que inspiró, desde el principio, la vida de los Apóstoles y de las comunidades cristianas. Cayetano pasará a la historia como artífice de un sistema que restauró en la Iglesia las condiciones de vida consagradas por la práctica apostólica. «*Deus qui Beato Caietano confessori Tuo apostolicam vivendi formam imitari tribuisti*», canta la Iglesia (Off. S. Caietani).

Le evolución del monaquismo hacia la vida clerical, la tendencia de los monjes a ingresar en el sacerdocio, cada día más acusada a lo largo del siglo XII, culmina en el siglo XIII con la Orden de Predicadores. La Orden de Santo Domingo es el primer esfuerzo organizado de proyección del monaquismo a la vida del apostolado. La Orden de San Cayetano representa la reversión de la vida de apostolado a las prácticas del monaquismo. En Santo Domingo se conjugan el religioso y el clérigo. En San Cayetano se dan la mano el clérigo y el religioso. En la obra de San Cayetano el clérigo se reintegra a la vida religiosa de la cual se había apartado. El Patriarca de Guzmán vuelca al monaquismo sobre la vida al servicio de los ideales del ministerio apostólico y crea el FRAILE-PREDICADOR, que es, como si dijéramos, el Religioso-Clérigo. Cayetano, inversamente, orienta al sacerdote hacia el claustro, y funda el CLERIGO-RELIGIOSO (14).

Veinte años de experiencia eran las premisas de un programa de renovación espiritual tan admirablemente ajustada a las necesidades de los tiempos que, aun en vida de Cayetano, el sistema por él creado de vida religiosa verase reproducido por otros reformadores, y surgirán nuevas familias de clérigos religiosos que vendrán, andando el tiempo, a superar numéricamente a las gloriosas Instituciones de monjes y mendicantes que fueron y siguen siendo lustre y ornamento de la Iglesia.

Las modernas Congregaciones, los Institutos eclesiásticos de votos simples y aun privados, son conclusiones de premisas sentadas por Cayetano: son las últimas derivaciones de su concepción genial del estado religioso, según la cual el monaquismo no es ya un fin, sino un medio, y por cierto muy eficaz, de realizar el ideal del apostolado eclesiástico.

Con razón el cardenal Vives, prefecto de la Sagrada Congregación de Religiosos, y restaurador, con Pío X, de la Orden de San Cayetano, le proclamó PATRIARCA DE TODOS LOS CLERIGOS REGULARES. Hoy la vida religiosa, a la vuelta de cuatro siglos, se nutre de las ideas geniales de San Cayetano de Thiene.

La Orden teatina nació reina, coronada con florones de la nobleza de la sangre y de la estirpe hidalga de sus fundadores. Y ciñó diadema de emperatriz. El sinnúmero de Institutos y Congregaciones de clérigos que, en floración maravillosa, hoy pueblan el universo, constituyen en la Iglesia sus gloriosos dominios.

«Del viejo tronco monástico —escribe Danzas— brotaban, en el siglo XIII, las Ordenes mendicantes, en el siglo XVI florecen las Ordenes de clérigos regulares. Solamente entonces queda cerrado el ciclo. Si sobre estos tres grandes sistemas, ilustrados por los nombres de un San Benito, de un Santo Domingo, de un San Ignacio —debió decir: un SAN CAYETANO—, se forman, andando el tiempo, nuevas instituciones, en las cuales destaca unas veces el monje, otras el clérigo, ello es cuestión de detalle. Descúbrese en ellas el ritmo, la vitalidad de un organismo

perfectamente constituido, que ha adquirido, en definitiva, la forma en que ha de subsistir» (15).

Mas no podía por si solo convertir en realidad sus sueños renovadores. Para llevar adelante sus geniales proyectos hacían falta a Cayetano colaboradores decididos. Y se aprestó a encontrarlos en las filas del Amor Divino.

* * *

Leyes persecutorias en la mayoría de Estados obligaron a los teatinos a abandonar sus conventos. Pero una vez purificados en el crisol de la tribulación, la Providencia, en sus designios, ha hecho sonar la hora del resurgimiento de su Instituto y ha honrado al clero español confiándole la restauración y la difusión por todo el mundo de la Orden de San Cayetano.

En el panegírico de San Cayetano de Thiene, del tomo segundo de «*Sermones de don Miguel Maura*», prestigiosa figura del clero español y hermano del ilustre estadista don Antonio, predicando en la ex iglesia teatina de San Cayetano de Palma de Mallorca, léense estas palabras: «Yo oigo hoy día contra el clero las mismas calumnias (que en tiempo de San Cayetano), los mismos dicerios, los mismos argumentos, cien veces rebatidos, cien veces pulverizados. Y, ¿por qué no se levantan, ¡oh, Cayetano!, tus hijos a protestar, con su virtud, contra tanta impostura? ¿Por qué el eco de la impiedad viene a perderse en esos claustros desiertos? ¡Ah!, es que se desencadenan contra la Iglesia todos sus enemigos, y se le atan las manos para que no pueda defenderse. Pero, temblad, impíos: este Sansón, que creéis atado y rendido, tiene el espíritu de Dios en su seno, y puede en un momento romper sus ligaduras y exterminaros a todos con una quijada de pollino, añadiendo el baldón a la derrota.»

No debía sospechar el piadoso orador que, en su arranque apostólico, formulaba un vaticinio. El vaticinio se cumplió casi en el mismo lugar donde el inspirado sacerdote formulara su profecía. En los anales de la Iglesia y de la Orden Teatina el nombre de la patria amada destacará para siempre con fulgores de resurrección. El nombre glorioso de España irá de hoy más unido a la historia del resurgimiento de los clérigos regulares. Los ojos y los corazones de los católicos del orbe entero se volverán con gratitud a nuestra tierra bendita, como a la segunda madre de una Orden meritísima que, a punto de sucumbir, maltrecha por las revoluciones, halló aquí en nuestro suelo, en la incolumidad de la familia española, en la probada virtud de nuestro clero, en las ansias de perfección evangélica, fenómeno único y curioso de nuestra psicología religiosa, alientos de renovación y venero donde rehacerse en momentos críticos de su historia.

El día 2 de febrero de 1910 Su Santidad Pío X erigió «*motu proprio*» una provincia canónica de clérigos regulares en España y recibía personalmente la profesión religiosa de tres sacerdotes españoles, actuando como testigos nada menos que su eminencia el Cardenal Vives y Tutó, prefecto de la Sagrada Congregación de Religiosos, y el reverendísimo Padre Francisco de P. Ragonesi, entonces prepósito general de la Orden de San Cayetano. Alma de la restauración, con el Papa Pío X, fueron dos españoles ilustres: un catalán, el mencionado Cardenal Vives, y un mallorquín, el reverendísimo Padre Miguel J. Cerdá, sucesor del Padre Ragonesi en la Prepositura general de la Orden Teatina.

Han pasado treinta y seis años. Sin autobombos ni alharacas, a ejemplo del Santo Fundador —que aspiraba a transformar el mundo sin que éste se enterara de que él vivía en el mundo—, el proceso de renovación se ha producido constante y seguro, y hoy la Orden restaurada llena de religiosos las antiguas casas de Italia, las funda

(14) Cfr. *Santo Domingo de Guzmán*, Ediciones B. A. C., Madrid, 1947, p. 14.

(15) A. Danzas, O. P. *Etudes sur les temps primitifs de l'Ordre de Saint Dominique*, Poitiers-Oudín, 1873-1877, 4 vols. Vol. I, pág. 131.

nuevas en España, nutre pródigamente la provincia regular de Estados Unidos de América y acaba de abrir otras en la capital argentina.

Y es gloria indiscutible de la religiosidad española que las casas teatinas de España y las más importantes de Italia, como Roma, Morlupo, Nápoles, Bari, Palermo, Rávena, Ferrara, etc., se nutren en su mayoría de religiosos españoles, que los florecientes noviciados y escolasticados de la Orden, en España y en el extranjero, estén, asimismo, confiados a clérigos regulares de nuestra Patria, y que las nuevas generaciones de religiosos teatinos de las más varias nacionalidades, formadas en el auténtico espíritu de los santos fundadores, ostenten —place imaginarlo— la impronta inconfundible de «nuestra» espiritualidad.

Al producirse el hecho histórico del resurgimiento teatino, la Orden de clérigos regulares no era, ni mucho me-

nos, desconocida en España. Nuestra devoción acendrada al padre de Providencia explica la simpatía con que fueron acogidos en los medios religiosos españoles los planes de restauración de la Orden de San Cayetano.

En 1622 llegaba a nuestra Patria el padre Plácido Mirto, al cual se debe la fundación de la primera casa teatina en la villa y corte de Madrid, precisamente en la que hoy es parroquia de San Cayetano y San Millán, de la calle de Embajadores. En 1630 fundaban los teatinos en Zaragoza. En 1632, en Barcelona y en Alcalá de Henares. En 1683, en Salamanca, y en 1721 en Palma de Mallorca.

El espíritu de San Cayetano sopla de nuevo en la Iglesia, y el mundo se percata, una vez más, de la actualidad de su consigna: BUSCAD PRIMERO EL REINO DE DIOS Y SU JUSTICIA, Y TODO LO DEMAS SE OS DARÁ POR AÑADIDURA.

EL DEDO EN LA LLAGA

Cuando en 1527, después de la celebración del Capítulo General de la Orden Teatina, recibió Urbano VIII al Reverendísimo P. D. Felipe María Guadagni, nuevo Preósito General, con todos los miembros de su Curia, les dijo, a vueltas de otras cosas, estas memorables palabras: «El Instituto de vuestro santo Fundador es una de las más bellas joyas que exornan a la Esposa de Cristo. Guardad con exquisito cuidado esta perla preciosa, para que la Iglesia no pierda uno de sus mejores adornos» (1).

Al pronunciar estas palabras, aludía el Vicario de Cristo a la apostólica pobreza de que los Clérigos Regulares hacen estricta profesión.

La disciplina específica de la Congregación Teatina en materia de pobreza es, en resumen, la siguiente: No se debe vivir de rentas ni de limosnas pedidas. La vida de la Comunidad está pendiente de las oblaciones espontáneamente ofrecidas por la caridad de los fieles.

Pástor dice de los comienzos de la Orden de San Cayetano que, en la cuestión de la pobreza, «se quería ir más allá que el Serafín de Asís» (2).

¿Cabía ir más allá que el seráfico enamorado de la casta Dama Pobreza?

San Benito impuso a sus monjes la pobreza individual; pero los monasterios de la Orden solían ser poseedores de propiedades inmensas.

San Francisco prescribió la pobreza individual y colectiva, y estableció la mendicación como medio de proveer a las necesidades de la vida.

Para extirpar de raíz la ponzoña de la codicia, Cayetano iba más lejos: sus clérigos no poseerían rentas ni beneficios canónicos, ni practicarían la mendicación, que no estimaba decorosa al estado sacerdotal, y la experiencia demostraba cuán expuesta era a abusos y a defecciones lamentables. Vivirían, a fuer de sacerdotes «del altar y del evangelio», *De altari et Evangelio vivere nos clericos oportet.* (Constitutiones Clericorum Regularium. Pars I, cap. 12.)

La pobreza así practicada sería eficaz antídoto contra la ambición y la codicia, y demostración fehaciente de que la cultura, la distinción, la dignidad del individuo,

eran estimadas en el Renacimiento, eran por demás compatibles con el desprendimiento sacerdotal y la sencillez evangélica.

Cayetano estaba cansado de retóricas altisonantes. Con solas frases hermosas, aun proferidas con ímpetu y con gallardía apostólicas, no era posible hacerse entender. La única manera viable de provocar reacciones hondas, sacudimientos del espíritu en un mundo metalizado, tiranizado por la codicia, era la actitud desconcertante, pura a lo evangélico, adoptada por Cayetano y por sus Clérigos Regulares. La soberana imprudencia que audazmente se erguía sobre todo cálculo humano, como las vías de Dios sobre las vías de los hombres. Nada de términos medios, de soluciones mediocres, equívocas o de compromiso, ¿No estaba claro en el Evangelio que Jesucristo, habiéndonos amado, no conoció límites en su amor, no se detuvo a medio camino, que llevó su amor hasta el fin: *in finem dilexit eos?* Sólo así; con el mazazo desconcertante, con el absurdo de una vida —no de una teoría, entiéndase bien— que fuese el perfecto reverso de cuando en el mundo se estima como verdadero *primum movens* de las actividades humanas, como meta y razón de ser de todos los dinamismos, se conseguía sacudir el peligroso marasmo en que yacía aletargada la conciencia religiosa de los sectores responsables.

El hecho ocurrió en Nápoles, la bella ciudad mediterránea, entonces rico florón de la corona de España.

Era el conde de Oppido, don Antonio Caracciolo, férvido admirador y devoto entusiasta de Cayetano y su Compañía. Caballero generoso y profundamente cristiano, a su celo y actividad debíase —como es sabido— el establecimiento de la Orden en la Capital del virreinato. Desde su llegada a Nápoles, la comunidad teatina había visto afluir los espontáneos donativos con que el piadoso caballero proveía al diario sustento de la religiosa familia. La liberalidad de su amigo provocó más de una vez las protestas de Cayetano, que amablemente le reconvino por su desmedida largueza, suplicándole que moderase la ejemplar solicitud con que venía socorriendo su voluntaria pobreza. Pero las advertencias del Santo no surtían más resultado que estimular la admiración y, con ella, la generosidad del piadoso caballero. Las provisiones continuaban, cada día más abundantes. Cayetano mandaba

(1) José Silos, C. R. *Historiarum Clericorum Regularium pars prima.* Roma, 1650, pág. 65.

(2) *Historia de los Papas.* Versión castellana. Barcelona, 1911 y siguientes, vol. X, pág. 304.

tomar lo necesario para un día, y el resto era devuelto al generoso donante.

El heroico desprendimiento de los Clérigos Regulares y los fructuosos resultados de su actuación apostólica en la capital napolitana, aumentaba de cada día el fervor entusiasta del munífico bienhechor de la religiosa Compañía. Calculando humanamente, el sostenimiento de los Teatinos estaba asegurado por las caridades de Oppido. Con todo, faltando él, era prudente suponer que los Clérigos Regulares no podrían continuar aquella singular manera de interpretar la pobreza, y cabía temer que, pronto o tarde, acabarían por marcharse, con detrimento no pequeño de los intereses espirituales de la populosa ciudad, que tantos bienes reportaba de los admirables ejemplos y de la apostólica actividad de tan celosos ministros. El peligro era innegable, y ahora, que se estaba a tiempo, era deber de conciencia buscar por todos los medios el modo de prevenirlo.

Con tan laudable propósito, Oppido, una y otra vez, ofreció a Cayetano los bienes que hicieran falta para asegurar a perpetuidad el sostenimiento de su Orden en la capital del Virreinato. Pero a cada nueva tentativa, obtenía de Cayetano, con las muestras expresivas de su reconocimiento, la más rotunda negativa.

Insigne favorecedor de monasterios y conventos, le fué fácil al conde de Oppido conseguir que algunos miembros de varias Ordenes religiosas, de ciencia y virtud reconocidas, le apoyasen en su empeño de convencer a Cayetano de que su peregrina manera de interpretar el Evangelio imposibilitaría a la larga la vida de la comunidad y acabaría por ocasionar la ruina del Instituto.

Oppido solicitó una entrevista con el Fundador de los Teatinos, y en compañía de los religiosos, trasladóse un buen día a Santa María de la Misericordia. Amablemente oyó el Santo el consejo de los doctores. El rígido tenor de vida de los Clérigos Regulares no podía sostenerse largo tiempo. Si la misma novedad había provocado hasta entonces la liberalidad de los fieles, el tiempo llevaría consigo la mengua del entusiasmo y el estancamiento de los socorros. Todos los santos Fundadores, al prohibir a sus hijos la posesión individual, habían admitido en sus religiones la propiedad colectiva. El fin de los Institutos no podía, en ningún caso, conseguirse eficazmente sin la posesión de rentas fijas. Reconociéndolo así, la disciplina de la Iglesia, bajo las penas más severas, prohibían la enajenación de cualesquiera propiedades de las Ordenes religiosas. Pretender vivir sin réditos y sin limosnas pedidas, más que confianza en la Providencia, era absurda temeridad y un continuo tentar a Dios pidiéndole milagro por día.

—A mí —replicó el Santo— más seguridad que las riquezas me infunde la palabra de Cristo. ¿En qué estriba vuestra certeza de la eficacia de estos bienes para el sustento de la vida?

—En los censos estipulados y en la cantidad de frutos convenida, que anualmente satisfacen los colonos de nuestras fincas.

—Pero, ¿qué garantía tenéis de que tales obligaciones serán puntualmente cumplidas?

—Las públicas escrituras que aseguran el cumplimiento de las obligaciones contraídas.

—¿Pero existe más firme instrumento que la Escritura divina, refrendada y autenticada con la sangre de Jesucristo? Dios es quien sale garante al decir por San Mateo: **QUE AERITE PRIMUM REGNUM REI ET IUSTITIAM EIUS, ET HAEC OMNIA ADICIENTUR VOBIS.** *Buscad en primer lugar el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará de bella añadidura* (3). Mas, si pudiera ponerse en duda la promesa de Jesucristo, ahí está la experiencia, que atestigua que, en diez años, no nos ha faltado

cosa alguna. Y cuando Venecia, hace un lustro, fué víctima de la carestía y las gentes morían de hambre, a nosotros, privados de bienes y sin pedir nada a ninguno, no nos faltó lo necesario, y aun pudimos, de nuestras sobras, socorrer al desvalido.

—¡Pero Venecia no es Nápoles! —repuso el conde de Oppido.

De acuerdo —replicó el Santo—. Pero ¡EL DIOS DE VENECIA ES TAMBIEN EL DIOS DE NAPOLES...!

Nadie se desvivió en el mundo por amontonar riquezas como Cayetano por huirlas. Aquel duelo singular entre la caridad de Oppido y el desprendimiento del Santo culminó en una escena de dramatismo sublime, gallarda lección de fe evangélica, de imprudencia a lo divino, definición de un ideal, de una actitud, de una vida, que se lanzaba como un reto a la prudencia del siglo y se erguía como bandera de evangelismo al desnudo, que es locura para el mundo y sabiduría para Dios.

El resultado de la entrevista, si confirmó al conde de Oppido en su ventajoso concepto de la santidad del Siervo de Dios, no le hizo mudar de conducta. Siguieron lloviendo copiosas las limosnas día a día, obstinado el pio magnate en que, desprovista de bienes la obra de Cayetano, no estaba en condiciones de realizar su cometido, y acabaría por sucumbir.

Refrectario a detenerse en las concepciones abstractas, Cayetano saltaba derecho a las realidades concretas. La reforma de la Iglesia, ¿no estaba en los votos de todos y en la conducta de ninguno?

No bastando, pues, las palabras, Cayetano apeló a los hechos, para sustraerse de una vez a la presión machacona de su generoso amigo, y librar a su Congregación de la ignominia de perder, en vida del Fundador, el tesoro de su pobreza, y desviarse para siempre de su vocación y destino.

Un día convocó el Santo a toda la Comunidad, y la invitó —¡quién supiera con qué palabras!— a dejar la casa y la iglesia de que eran deudores a la liberalidad del Conde de Oppido, sin llevar consigo otras prendas que el breviario en la mano, y en el corazón la confianza en la divina Providencia. Y con gesto de sublime entereza, cerró la casa y la iglesia de Santa María de la Misericordia, y mandó la llave al donante, haciéndole saber que se marchaba para comprobar *si el Dios de Nápoles era el mismo Dios de Venecia.*

Aquella fuga singular, de una grandeza de alma y de una belleza espiritual sin precedentes en la historia impresionó al conde Oppido. Entendida la lección, corrió en busca de Cayetano. Juró que no insistiría en el asunto de las rentas, y le suplicó que se reintegrara a Santa María de la Misericordia. El Santo se negó en absoluto. El conde rogó a Cayetano que quisiera, por lo menos, utilizar el mobiliario, para servicio de la nueva casa donde quisieran instalarse. Por no contristar más a su amigo, Cayetano aceptó la oferta. Y en prueba de su gratitud, y accediendo a su insistencia, se encargó desde aquel día de la dirección de su conciencia. Bajo su experto magisterio hizo el conde rápidos progresos por las sendas de la perfección, y se aficionó más, si cabía, a la Orden por él fundada. Treinta y seis miembros de la familia Caracciolo, a que el conde pertenecía, han vestido la sotana de la Congregación teatina, y entre los más célebres biógrafos del Padre de Providencia figuran Antonio, Tomás y Juan Bautista Caracciolo. El primero, hermano mayor de San Francisco Caracciolo, glorioso fundador de los Clérigos Regulares Menores.

A los ojos de la fe, la actitud de Cayetano se apoyaba sólidamente en la promesa de Cristo: «No andéis solícitos diciendo ¿qué comeremos? ¿qué beberemos? ¿con qué nos vestiremos? Mirad las aves del cielo. No siembran, no siegan, no amontonan en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. Mirad los lirios del campo. Ved como

(3) Matth VI.

PLURA UT UNUM

crecen. No trabajan. No hilan. Y os aseguro que Salomón, con toda su opulencia, no vistió como uno de ellos. Vosotros, pues, *buscad lo primero el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas* —la comida y el vestido— *se os darán por añadidura* (4).

El socorro de la Providencia responde matemáticamente a la cantidad de confianza que depositamos en su bondad. Si el corazón está lleno de confianza en los medios terrenos y de apego a las criaturas, ¿cómo puede caber en él la dulce confianza en Dios y el filial abandono en brazos de su Providencia? Tal es y ha sido siempre la tónica de la espiritualidad teatina: el desapego de lo caduco, y la entrega confiada a la tutela amorosa de la Providencia de Dios.

En el plano de la prudencia humana el punto de vista de Cayetano era incomparablemente más lógico de lo que creían aquellos doctores que le acusaban de «tentar a Dios». Nó se trataba, ni mucho menos, de una confianza pasiva, de un estaticismo inactuante, fomentador de la pereza y de la cómoda inhibición de las preocupaciones de la vida. La esperada «añadidura» era el estipendio de la Providencia a la búsqueda activa del reino de Dios, al dinamismo multiforme del ministerio sacerdotal y de la vida de apostolado de los Clérigos Regulares. La experiencia atestigua que los fieles dan con largueza cuando se sienten «bien» servidos. La dedicación abnegada, incesante, caritativa, al servicio espiritual de la comunidad cristiana, como era la de Cayetano, y debía ser la de los miembros de su religiosa Familia, provocaría normalmente el reconocimiento de los fieles y les movería a socorrerles en pago de sus servicios. La conciencia humana no resiste al imperativo de subvenir, en la medida de lo posible, la necesidad inaplazable del que tiene derecho estricto a su generosidad y está pendiente de su ayuda para el sustento de la vida. «El que trabaja —dice Jesucristo— merece que le sustenten» (5). «¿Quién apacienta un rebaño —es-

(4) Matth. VI, 33.

(5) I Corinth. IX, 7.

cribe San Pablo— y no se alimenta de la leche del ganado? (6). Si nosotros hemos sembrado entre vosotros bienes espirituales, ¿será gran cosa que recojamos un poco de vuestros bienes temporales?» (7). «Los que sirven al Altar participan de sus ofrendas» (8). «Así también el Señor dejó ordenado que los que predicán el Evangelio vivan del Evangelio» (9). Mas yo de ninguna de estas cosas me he valido. Ni ahora escribo esto para que así se haga conmigo (10). ¿Dónde está mi galardón? En predicar gratuitamente el Evangelio, para no abusar del derecho que tengo por su predicación (11).

Cayetano no fundó su Orden en el monte solitario, ni en el valle delicioso, arrullado por los céfiros, acariciado por las brisas y aromado con el perfume de las flores de la selva; sino en la Capital del Cristianismo, en la populosa Venecia y en el corazón de Nápoles, en contacto con los fieles que recibían sus servicios, veían sus necesidades y se movían a socorrerlas en justa correspondencia a su espíritu de sacrificio y a su caridad edificante y abnegada hasta el heroísmo.

Y es curioso que la Regla, al señalar las características y el matiz diferencial de la pobreza teatina, es meramente *normativa*. *Etsi neque per professionem, neque per sacros canones prohibeamur annuos redditus in communi possidere, voluntarie ab illis abstinemus* (12). La materialidad de la *letra* no impone a los Teatinos esta forma de pobreza, pero el *espíritu* les llevó siempre, como al santo Fundador, más allá de lo prescrito. Esta es su tradición, secular e inviolable, que enraizada en la enseñanza y en la vida de los Fundadores, ha hecho de su Compañía, en frase de Urbano VIII, «una de las más bellas joyas que adornan a la Esposa de Cristo».

D. A. Veny Ballester, C. R.

(6) I Corinth. IX, 7.

(7) Ibid. 11.

(8) Ibid. 13.

(9) Ibid. 14.

(10) Ibid. 15.

(11) Ibid. 18.

(12) *Constitutiones Clericorum Regularium*. Pars I. Cap. XII.

Para el sentido verdadero que en la Iglesia militante debemos tener, se guarden las reglas siguientes:

1.ª regla. **La primera, depuesto todo juicio, debemos tener ánimo aparejado y prompto, para obedecer en todo a la vera esposa de Cristo Nuestro Señor, que es la nuestra Sancta Madre Iglesia Hierárquica.**

13.ª regla. **Debemos siempre tener, para en todo acertar, que lo blanco que yo veo, creer que es negro, si la Iglesia Hierárquica así lo determina; creyendo que entre Cristo Nuestro Señor, esposo, y la Iglesia, su esposa, es el mismo espíritu que nos gobierna y rige para la salud de nuestras ánimas. Porque por el mismo espíritu y Señor Nuestro que dió los diez Mandamientos, es regida y gobernada nuestra Sancta Madre Iglesia.**

San Ignacio. Ejercicios Espirituales

EN EL IV CENTENARIO DE LA APROBACIÓN DEL LIBRO DE LOS EJERCICIOS ESPIRITUALES

Encíclica «MENS NOSTRA»

(FRAGMENTOS)



PIO XI

Importancia y oportunidad de los Ejercicios

Principalmente en nuestra edad

En verdad, venerables hermanos, que si se consideran, siquiera sea de paso, los tiempos en que vivimos, se verá por más de una razón la importancia, utilidad y oportunidad de los santos retiros. La más grave enfermedad que aflige nuestra época y fuente fecunda de los males que toda persona sensata lamenta, es la ligereza e irreflexión que lleva extraviados a los hombres. De aquí la disipación continua y vehemente en las cosas exteriores; de aquí la insaciable codicia de riquezas y placeres, que poco a poco debilita y extingue en las almas el deseo de bienes más elevados, y de tal manera las enreda en las cosas exteriores y transitorias, que no las deja levantarse a la consideración de las verdades eternas, ni de las leyes divinas, ni aun del mismo Dios, único principio y fin de todo el universo creado; el cual, no obstante, por su infinita bondad y misericordia, en nuestros mismos días y a pesar de la corrupción de costumbres que todo lo invade, no deja de atraer a los hombres hacia Sí con abundantísimas gracias.

Pues para curar esta enfermedad que tan recia- mente aflige hoy a los hombres, ¿qué remedio y qué alivio mejor podríamos proponer que invitar al piadoso retiro de los Ejercicios Espirituales a estas almas débiles y descuidadas de las cosas eternas? Y, ciertamente, aunque los Ejercicios Espirituales no fuesen más que un corto retiro de algunos días, durante los cuales el hombre, apartado del trato ordinario de los demás y de la barahunda de inquietudes, halla oportunidad, no para emplear este tiempo en una quietud ociosa sino para meditar en los gravísimos problemas que siempre han preocupado profundamente al género humano, los problemas de su origen y de su fin, **de dónde viene el hombre y adónde va**; aunque sólo esto fuesen los Ejercicios Espirituales, nadie dejaría de ver que de ellos pueden sacarse no pequeños provechos.

Para formar al hombre

Pero todavía sirven para mucho más. Porque al obligar al hombre al trabajo interior de examinar más **atentamente sus pensamientos, palabras y acciones**, considerándolo todo con mayor diligencia y penetración, es admirable cuánto ayudan a las humanas facultades: de suerte que en esta insigne palestra del espíritu, el entendimiento se acostumbra a pensar

con madurez y ponderar justamente las cosas, la voluntad se fortalece por extremo, las pasiones se sujetan al dominio de la razón, la actividad toda del hombre, unida a la reflexión se ajusta a una norma y regla fija, y el alma, finalmente, se eleva a su nativa nobleza y excelencia, según lo declara con una hermosa comparación el Papa San Gregorio en su libro pastoral: **la mente humana a la manera del agua, si va encerrada sube hacia lo alto, volviendo a la misma altura de donde baja; pero si se la deja libre, se pierde porque se derrama inútilmente en lo más bajo** (1).

Además, ejercitándose en meditaciones espirituales, **la mente, gozosa en su Señor, no sólo es excitada como por ciertos estímulos del silencio y fortalecida con inefables raptos**, como advierte sabiamente San Euquerio, Obispo de Lyon (2), sino que es invitada por la divina liberalidad a aquel **alimento celestial**, del que dice Lactancio: **Ningún manjar es más sabroso para el alma que el conocimiento de la verdad** (3) y es admitida a aquella **escuela de celestial doctrina y palestra de artes divinas** (4), como la llama un antiguo autor, de quien en largo tiempo se creyó fuese San Basilio Magno, **donde es Dios todo lo que se aprende, el camino por donde se va, todo aquello por donde se llega al conocimiento de la suprema verdad** (5). De aquí se sigue claramente que los Ejercicios Espirituales tienen un maravilloso poder así para perfeccionar las facultades naturales del individuo como principalmente para formar al hombre sobrenatural o cristiano. Ciertamente, en estos tiempos, en que el genuino sentimiento de Cristo, el espíritu sobrenatural, esencia de nuestra santa Religión, vive cercado de tantos estorbos e impedimentos, mientras por todas partes campea y domina el naturalismo, que debilita la firmeza de la fe y extingue las llamas de la caridad cristiana, importa sobre toda ponderación que el hombre se sustraiga a esa fascinación de **la vanidad que obscurece el bien** (6), y se esconde en aquella bienaventurada soledad, donde, alumbrado por celestial magisterio, aprende a conocer el verdadero valor y precio de la vida humana, para ponerla al servicio de sólo Dios; tenga horror a la fealdad del pecado; conciba el santo temor de Dios; vea claramente, como si se le rasgase un velo, la vanidad de las cosas terrenas, y excitado por los avisos

(1) S. Greg. M., Pastor, I, 3. (Migne, "P. L." tom. 77; col. 73).

(2) S. Eucher., "De laud. crem.", 37 (Migne, "P. L." tom. 50, col. 709).

(3) Lactane., "De falsa relig.", I, I, c. 1 (Migne "P. L." tomo 6, col. 118).

(4) C. Basil., M., "De laude solitariae vitae", initio ("Opera omnia". Venetris, 1751, t. 2, pág. 379).

(5) Ibid.

(6) Sap., IV, 12.

y ejemplos de Aquel que es **el camino, la verdad y la vida** (7), se despoje del hombre viejo (8), se niegue a sí mismo, y acompañado de la humildad, la obediencia y la voluntaria mortificación de sí mismo, se revista de Cristo y se esfuerce por llegar a ser **varón perfecto**, por conseguir la completa **medida de la edad perfecta según Cristo**, como dice San Pablo (9), y hasta procure con todas sus energías poder él también repetir con el mismo Apóstol: **Yo vivo, o más bien, no soy yo el que vivo, sino que Cristo vive en mí** (10). Por todos estos grados sube el alma a la consumada perfección, y se une suavísimamente con Dios, mediante el auxilio de la gracia divina, alcanzada más copiosamente durante esos días de retiro con más fervorosas oraciones y con la participación más frecuente de los sagrados misterios.

Cosas son éstas, venerables hermanos, verdaderamente singulares y excelentísimas, que exceden con mucho a la naturaleza y en cuya feliz consecución se hallan, y solamente en ella, el descanso, la felicidad, la verdadera paz, que con tanta sed apetece el alma humana, y que la sociedad actual, arrebatada por la fiebre de placeres, busca inútilmente en los bienes inciertos y caducos, en el tumulto y agitación de la vida. En cambio vemos muy bien por experiencia que en los Ejercicios Espirituales hay una fuerza admirable para pacificar a los hombres y elevarlos a la santidad de la vida; lo cual también se prueba por la larga práctica de los siglos pasados, y quizá más claramente por la de nuestros días, en que una multitud casi innumerable de almas, que se han ejercitado bien en el sagrado retiro de los Ejercicios, salen de ellos **arraigados en Cristo y edificadas sobre él como sobre fundamento** (11), llenas de luz, rebosando de gozo e inundadas de aquella paz que **supera todo sentido** (12).

Para formar al apóstol

Pero de esta plenitud de vida cristiana, que a todas luces producen los Ejercicios Espirituales, además de la paz interior, brota como espontáneamente otro fruto muy exquisito, que redunda egregiamente en no escaso provecho social, y es el ansia de ganar almas para Cristo, que llamamos espíritu apostólico. Porque natural efecto de la caridad es que el alma justa, donde Dios mora por la gracia, se encienda maravillosamente en deseos de comunicar a otras almas el conocimiento y el amor del Bien infinito que ella misma ha alcanzado y posee.

Ahora bien, en estos tiempos en que la sociedad humana tiene tanta necesidad de auxilios espirituales, cuando las lejanas tierras de las Misiones **blanquean ya para la siega** (13) y reclaman cada vez más numerosos operarios; cuando nuestros mismos países exigen escogidísimas legiones de sacerdotes de ambos cleros, que sean idóneos dispensadores de los misterios divinos, y numerosos ejércitos de piadosos seglares que, unidos estrechamente con el apostolado jerárquico, le ayuden con celosa actividad, consagrándose a las múltiples obras y trabajos de la Acción Católica, Nos, venerables hermanos, enseñados por el magisterio de la Historia, en los Ejercicios Espirituales vemos y saludamos los providenciales cenáculos donde los corazones generosos, fortalecidos por la gracia, ilustrados por las verdades eternas y alentados por los ejemplos de Cristo, no sólo conocerán claramente el valor de las almas y se encenderán en deseos de salvarlas en cualquier estado de vida en que, después de diligente examen, crean que debe servir a su Creador, sino que, además, se formarán y adiestrarán en el celo, los medios, los trabajos y las arduas empresas del apostolado cristiano.

Los Ejercicios Espirituales en la Historia de la Iglesia

En los primeros tiempos

Por lo demás, este fué el camino y método que Nuestro Señor empleó muchas veces para formar a los pregoneros del Evangelio. Porque el mismo divino Maestro, no satisfecho con permanecer durante largos años en su retiro de Nazareth, antes de brillar a plena luz delante de las gentes y de instruir las con su palabra para las cosas del cielo, quiso pasar cuarenta días enteros en la soledad del desierto.

Y más aún, en medio de las fatigas de la predicación evangélica, acostumbraba a sí mismo invitar a los Apóstoles al amable silencio del retiro: **Venid aparte a un lugar desierto y reposad un poco** (14), y habiendo dejado por el cielo este valle de miserias quiso que sus Apóstoles y discípulos recibieran su última formación y perfección en el Cenáculo de Jerusalén, donde por espacio de diez días **perseverando unánimes en la oración** (15) se hicieron dignos de recibir el Espíritu Santo: memorable retiro a la verdad, que bosquejó el primero de los Ejercicios Espirituales, del que la Iglesia salió dotada de perenne vigor y pujanza, y en que, bajo el poderosísimo patrocinio y la asistencia de la Virgen María, Madre de Dios, se formaron no sólo los primeros Apóstoles, sino también aquellos que justa-

mente podríamos llamar precursores de la Acción Católica.

Desde aquel día, la práctica de los Ejercicios Espirituales, si no con el nombre y método que hoy se usa por lo menos en cuanto a la cosa misma, **se hizo familiar entre los primeros cristianos** (16), como enseña San Francisco de Sales, y de ello hay indicios manifiestos en las obras de los Santos Padres. Así, San Jerónimo exhortaba a la noble matrona Celancia: **Elígete un lugar conveniente y apartado del tráfico familiar, en el cual te refugies como en un puerto. Dedicá allí tanto estudio a la lección divina, alternándolo con la frecuente oración y la consideración asidua de las cosas futuras, que con ese retiro compenses todas las ocupaciones del resto del tiempo. No decimos esto para apartarte de los tuyos, sino que te aconsejamos así para que en ese retiro aprendas y medites cómo debes portarte con ellos** (17). Y el contemporáneo de San Jerónimo, San Pedro Crisólogo, Obispo de Ravenna, dirigía a sus fieles esta conocidísima invitación: **Hemos dado al cuerpo un año, concedamos al alma unos días...** Vivamos un poco para Dios ya que el resto del tiempo lo hemos dedicado al siglo... Suene en nuestros oídos la voz divina, no ensordezca nuestro oído el estrépito de las cosas familiares... Así fortalecidos, hermanos, y preparados de este modo, declaremos la guerra al pecado..., seguros de vencer (18).

(7) Jo., XIV, 6.

(8) Rom., XIII, 14.

(9) Ephes., IV, 13.

(10) Galat., II, 20.

(11) Coloss., II, 7.

(12) Philipp., IV, 7.

(14) Mc., V, 31.

(15) Act., Ap., I, 14.

(13) Jo., IV, 35.

(16) S. Franc. de Sales. "Traité de l'Amour de Dieu", I, 12, c. 8.

(17) S. Jerónimo, Epist. 148 ad Celant, 24 (Migne, "P. L.", tomo 22, col. 1.216).

(18) S. Pedro Crisólogo, serm. 12 (Migne, "P. L.", tomo 52, vol. 186).

En la Edad Media

En el decurso de los siglos, los hombres han experimentado siempre en su interior este deseo de la apacible soledad, en la cual, sin testigos, el alma se dedique a las cosas de Dios. Más todavía: es cosa averiguada que cuanto más borrascosos son los tiempos porque atraviesa la sociedad humana, tanto con mayor fuerza los hombres sedientos de justicia y verdad son impulsados por el Espíritu Santo al retiro, donde, **libres de los apetitos del cuerpo, puedan entregarse más a menudo a la divina sabiduría, en el aula de su corazón, y allí, enmudecido el estrépito de los cuidados terrenos, regocijarse con meditaciones santas y delicias eternas** (19).

San Ignacio de Loyola

Y habiendo Dios suscitado en su Iglesia muchos varones, dotados de abundantes dones sobrenaturales y conspicuos por el magisterio de la vida espiritual, los cuales dieron sabias normas y métodos de ascética aprobados, sacados ora de la divina revelación, ora de la propia experiencia, ya también de la práctica de los siglos anteriores; por disposición de la Divina Providencia y por obra de su gran siervo Ignacio de Lo-

yola nacieron los **Ejercicios Espirituales**, propiamente dichos: **Tesoro** —como los llamaba aquel venerable varón de la ínclita Orden de San Benito, Ludovico Blosio, citado por San Alfonso María de Ligorio en cierta bellísima carta **Sobre los Ejercicios en la soledad—, tesoro que Dios ha manifestado a su Iglesia en estos últimos tiempos, por razón del cual se le deben dar muy rendidas acciones de gracias** (20).

San Carlos Borromeo

De estos Ejercicios Espirituales cuya fama se extendió muy pronto por toda la Iglesia, sacó nuevos estímulos para correr más animosamente por el camino de la santidad, entre otros muchos, el venerable y por tantos títulos carísimo para Nos, San Carlos Borromeo, quien, como en otra ocasión recordamos **divulgó su uso entre el clero y el pueblo** (21), no sólo con su continuo trabajo y autoridad, sino también con aptísimas normas y **directorios**, hasta el punto de fundar una casa con el fin exclusivo de que en ella se practicasen los Ejercicios ignacianos. Esta casa, que fué denominada por el mismo Santo Cardenal **Asceterium**, viene a ser, en nuestra opinión, la primera de cuantas más tarde, con feliz copia, han florecido por doquiera.

Optimo método

Es cosa averiguada que entre todos los métodos de Ejercicios Espirituales que muy laudablemente se fundan en los principios de la sana ascética católica, **uno principalmente ha obtenido siempre la primacía, el cual, adornado con plenas y reiteradas aprobaciones de la Santa Sede y ensalzado con las alabanzas de varones preclaros en santidad y ciencia del espíritu; ha producido en el espacio de casi cuatro siglos grandes frutos de santidad: nos referimos al método introducido por San Ignacio de Loyola, al que cumple llamar especial y principal maestro de los Ejercicios Espirituales**, cuyo «admirable libro de los Ejercicios» (22), pequeño ciertamente en volumen, pero repleto de celestial sabiduría, desde que fué solemnemente aprobado, alabado y recomendado por nuestro predecesor, de feliz memoria, Paulo III (23), ya desde entonces, para repetir palabras empleadas en cierta ocasión por Nos, antes de que fuésemos elevado a la cátedra de Pedro, «sobresalió y resplandeció como código sapientísimo y completamente universal de normas para dirigir las almas por el camino de la salvación y de la perfección; como fuente inexhausta de piedad a la vez muy eximia y muy sólida, y como fortísimo estímulo y peritísimo maestro para procurar la reforma de las costumbres y alcanzar la cima de la vida espiritual (24)». Y cuando, al comienzo de nuestro Pontificado, «correspondiendo a los ardentísimos deseos y votos de los Prelados de casi todo el orbe católico y de uno y otro rito» por la Constitución apostólica «Summorum Pontificum», fechada el 25 de julio de 1922, «declaramos y constituimos a San Ignacio de Loyola celestial Patrono de todos los Ejercicios Espirituales y, por consiguiente, de todos los institutos, asociaciones y congregaciones de cualquier clase que ayudan y atienden a los que practican ejercicios espirituales» (25), casi no

hicimos más que sancionar con nuestra suprema autoridad lo que estaba en el común sentir de los pastores y de los fieles; lo cual habían dicho implícitamente, junto con el citado Paulo III, nuestros insignes predecesores Alejandro VII (26), Benedicto XIV (27) y León XIII (28), al tributar repetidos elogios a los Ejercicios ignacianos; los cuales enaltecieron con grandes encomios y aun con el mismo ejemplo de las virtudes que en esta palestra habían adquirido o aumentado todos aquellos «que —para decirlo como el mismo León XIII— florecieron más en la doctrina ascética o en santidad de vida» los cuatro últimos siglos (29). Y ciertamente: la excelencia de la doctrina espiritual, enteramente apartada de los peligros y errores del falso misticismo, la admirable facilidad de acomodar estos Ejercicios a cualquier clase y estado de personas, ya se dediquen a la contemplación en los claustros, ya lleven una vida activa en negocios seculares; la unidad orgánica de sus partes; el orden claro y admirable con que se suceden las verdades que se meditan; los documentos espirituales, finalmente, que, sacudido el yugo de los pecados y desterradas las enfermedades que atacan a las costumbres, llevan al hombre por las sendas seguras de la abnegación y de la extirpación de los malos hábitos (30), a las más elevadas cumbres de la oración y del amor divino: sin duda alguna, son tales todas estas cosas, que muestran suficiente y sobradamente la naturaleza y fuerza eficaz del método ignaciano y recomiendan elocuentemente sus Ejercicios.

20 de diciembre de 1929

(19) S. León Magno, serm. 19 (Migne, «P. L.», tom. 54, col. 186).
 (22) Brev. Rom., «Infesto Sancti Ignatii» (31 de julio), r. 4.
 (23) Letras apostólicas «Pastoralis officii», 31 julio 1548.
 (24) «S. Carlo e gli Esercizi spirituali di S. Ignazio», en «S. Carlo Borromeo nel 3.^o Centenario della Canonizzazione», n. 23 sept. 1910, p. 488.
 (25) Constitución Apostólica «Summorum Pontificum», 25 julio 1922; «Acta Rpostolicae Sedis», vol. XIV (1922), pág. 420.

(20) S. Alfonso María de Ligorio, «Lettera sull'utilità degli Esercizi in solitudine». Obras ascéticas (Mavietti, 1847), vol. 3, pág. 616.
 (21) Const. Apost., «Summorum Pontificum», 25 julio 1922. «A. A. S.» vol. 14 (1922), pág. 421.
 (26) Letras apostólicas «Cum sicut», 12 octubre 1647.
 (27) Letras apostólicas «Quantum secessus», 20 de marzo de 1753; Letras apostólicas «Dedimus sane», 16 de mayo 1753.
 (28) Epístola «Ignatiannae commentationes», 8 febrero 1900: Acta Leonis XIII, Vol. VII, pág. 373.
 (29) Ibíd.
 (30) Epíst. Apost. de S. S. Pío XI «Nous avons appris», 29 marzo 1929(al Cardenal Dubois).

ORIGINALIDAD E INFLUENCIA DE LOS EJERCICIOS DE SAN IGNACIO

Por LUDOVICO PASTOR

Quien no conoce más que un mundo puramente natural, no sabe estimar la fuerza de la oración, ni cuenta con el influjo de la gracia; no puede entender completamente el sentido de este libro ni explicar sus efectos; por otra parte, los ejercicios no son para solamente leídos sino para practicados. Se ha señalado como finalidad de ellos aquella perfecta paz del alma que consiste en el aniquilamiento de la voluntad personal; en la indiferencia de la voluntad. Pero con razón ha hecho observar recientemente un sabio no católico que, conforme a la experiencia, los ejercicios han comunicado a aquellos que los hicieron y que todavía ahora los hacen, fuerzas morales que antes no poseían; no es, pues, el efecto de los ejercicios una disminución de la personalidad sino su aumento y robustecimiento; son la obra maestra de una sabia pedagogía.

El mismo Ignacio dió a su obra por título «Ejercicios espirituales para vencer el hombre a sí mismo y ordenar su vida, sin determinarse por afección alguna que desordenada sea». No considera, por tanto, en ellos la oración como fin de sí propio; no pretende enseñar el mero ejercicio de la oración por sí mismo, sino más bien ofrece una serie de consideraciones, lecturas, oraciones vocales, exámenes, ejercicios de penitencia, cuyo determinado orden y encadenamiento tiende, como se dice en el mismo libro, «a que el hombre quite de sí todas las afecciones desordenadas, y después de quitadas busque y halle la voluntad divina en la disposición de su vida para la salud del ánima». Por medio de las frecuentes oraciones y de los ejercicios de penitencia corporal e interior se procura alcanzar la gracia de lo alto; y con esta gracia coopera todo el hombre, guiado por un experto padre espiritual. La memoria auxiliada por la imaginación pone ante los ojos del alma las doctrinas y hechos de la revelación principalmente de la Sagrada Escritura. Con lo interior se conforma lo exterior; en lugar de las ocupaciones cotidianas reinan la soledad y el silencio; pero, sin embargo, todo eso no son sino medios para el fin y la principal actividad pertenece a la voluntad y a la inteligencia...

En el prefacio que se puso en el año de 1548 a la primera edición impresa de los Ejercicios se dice que su autor no tanto los había sacado de los libros, cuanto de la divina ilustración y de las propias experiencias externas, así como de las experiencias adquiridas en la dirección espiritual de otros. Luego se han investigado diligentemente las fuentes escritas de donde pudieron fluir los Ejercicios Espirituales. No es improbable que Ignacio tuviera en sus manos, en Montserrat, el *Ejercitatorio de la Vida espiritual*, que compuso García de Cisneros, sobrino del Cardenal Ximénez, y primer abad del reformado monasterio benedictino de Montserrat, para uso de las personas religiosas, el cual hizo imprimir en el mismo Montserrat en 1500. De allí pudo tomar el título de su libro y aun algunas cosas particulares, la mayor parte de las cuales había sacado por lo demás el mismo Cisneros, según toda probabilidad, de los escritos de dos flamencos Hermanos de la Vida común, Gerardo Zerbolts van Zutfen y Jan Mombaers, quienes a su vez descubren el influjo de San Buenaventura y de otros autores. Algunas cosas están tomadas de la Imitación de Cristo, de Tomás

de Kempis y de la Vida del Redentor, de Ludolfo de Sajonia. La contemplación de dos banderas se halla ya en parte en un sermón medieval atribuido a San Bernardo, y la doctrina de los tres grados de humildad tiene extraña semejanza con lo que Savonarola observa acerca de ella.

Pero todo eso no son sino piedras sueltas: el edificio en su totalidad es una obra de arte, de unidad rigurosa y género nuevo enteramente peculiar. Principalmente acerca de aquella clase de oración, que se llama meditación en sentido estricto, ninguno de los antiguos dió instrucciones tan fundamentales como Ignacio, su método está a mil leguas de todo fanatismo, responde enteramente a la razón y a la fe, puede aprenderse y se convierte en una escuela de la vida.

Paulo III entregó el libro a tres teólogos para su examen, dándoles entera libertad para borrar y enmendar lo que les pareciera, pero ellos lo aprobaron sin variar ni una sola palabra. Y a ruegos del Duque de Gandía, Francisco de Borja, expidió Paulo III, el 31 de julio de 1548, un Breve donde declara que aquellos Ejercicios están llenos de piedad y santidad: que habían contribuido mucho a los grandes resultados conseguidos por Ignacio y la Compañía por él fundada; por lo cual los aprueba y alaba en todas sus partes, y exhorta instantemente a todos los fieles a que procuren sacar provecho de ellos.

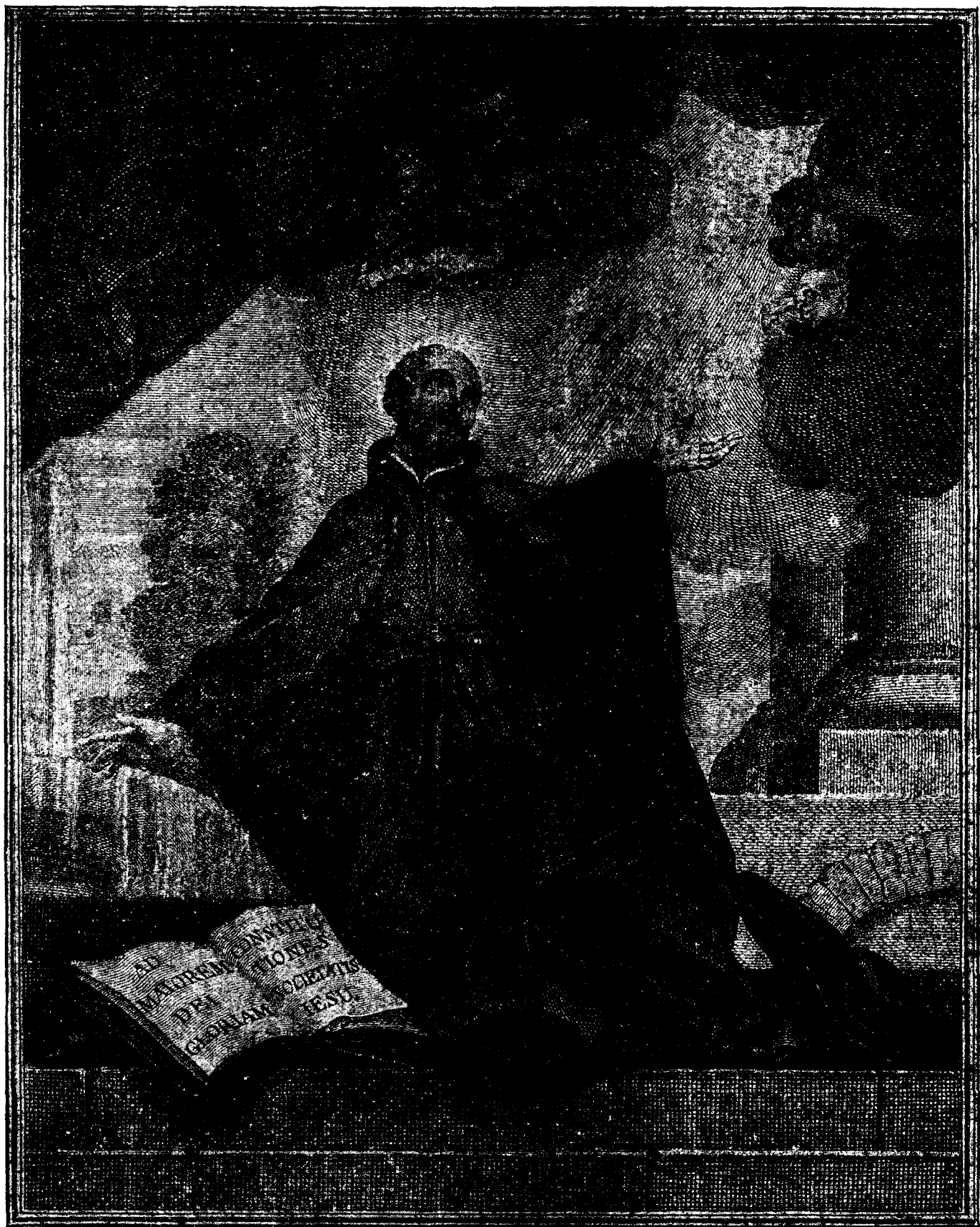
Ignacio quiere que, por medio de los Ejercicios espirituales, se imprima en sus novicios el espíritu de su orden. «Estas son nuestras armas» solía decir; y no permitía que en la Compañía de Jesús se siguiera otro modo de oración. La Compañía de Jesús ha considerado en todo tiempo en los Ejercicios espirituales, especialmente en las contemplaciones del Reino de Cristo y de dos banderas, el dechado de su fundación.

También fuera de la Compañía sintieron pronto su eficacia, particularmente entre los grandes maestros de espíritu y santos de aquella época, Luis de Granada, Juan de Avila y Ludovico Blosio de la Orden de San Benito.

Gerardo Kalckbrenner, Prior de la Cartuja de Colonia, escribía a 31 de mayo de 1543 a un religioso de su orden: «Un tesoro tal debería buscarse aunque tuviera que irse para ello hasta las Indias.» El teólogo escolástico Juan Cochlaeus se regocijaba de que ahora por fin «había también maestro para el corazón». Dietrich van Heeze, que había sido confesor y secretario íntimo del Papa Adriano VI, aseguraba en 1543 haber ganado con los Ejercicios tan grande bien que no lo daría si por ello le ofrecieran todo el mundo. Asimismo recomendó los Ejercicios espirituales San Francisco de Sales; San Carlos Borromeo los introdujo en el clero de la provincia eclesiástica de Milán.

Todas las Ordenes han recibido el uso de hacer en determinados tiempos los Ejercicios espirituales. El libro de los Ejercicios espirituales, dice un moderno historiador, ha ejercido una influencia poderosamente decisiva así en la vida espiritual de su Orden, como generalmente de todo el clero católico, y pudiera haber añadido que ha demostrado y continúa demostrando todavía su eficacia transformadora y santificadora no menos en los seglares de los más diversos estados y clases sociales.

(Historia de los Papas. Vol. XII, págs. 11 a 15)



S. Ignatius de Loyola Societatis Iesu Fundator
Quid mihi est in Calce? et a te quid vobis
Semper terram. 1612
J. B. Cornille pinx.

Del Libro de los Ejercicios Espirituales

Por el P. PEDRO DE RIBADENEYRA

En este mismo tiempo, con la suficiencia de letras que hemos dicho que tenía (que era solamente leer y escribir), escribió el libro que llamamos de los *Ejercicios Espirituales*, sacado de la experiencia que alcanzó y del cuidado y atenta consideración con que iba notando todas las cosas que por él pasaron. El cual está tan lleno de documentos y delicadezas en materia de espíritu, y con tan admirable orden, que se ve bien la unción del Espíritu Santo haberle enseñado y suplido la falta de estudio y doctrina. Y aunque es cosa muy probada y manifiesta en todo el mundo el fruto que ha traído por todas partes el uso destes sagrados Ejercicios a la república cristiana, con todo eso tocaré algunas cosas de las muchas que se podrían decir de su provecho y utilidad.

Primeramente al uso de los Ejercicios se debe la institución y fundación de nuestra Compañía, pues fué nuestro Señor servido que por ellos, casi todos los Padres que fueron los primeros compañeros de nuestro B. Padre, y los que le ayudaron a fundar la Compañía, los despertase él y convidase al deseo de la perfección y al menosprecio del mundo. Pues, los que después, siguiendo su ejemplo, entraron en la Compañía, ya aprobada y confirmada por la Sede apostólica (que han sido personas señaladas en habilidad y letras, o en sangre y otros dones naturales), por la mayor parte por estas santas meditaciones fueron guiados y movidos de la mano de Dios para escoger y seguir esta manera de vida. Y porque no piense nadie que para sólo nuestra religión ha enviado nuestro Señor este beneficio y despertador al mundo, también las otras religiones se han aprovechado dél; pues podemos decir con verdad que muchos de sus monasterios han sido poblados por este medio de mucha y muy escogida gente; muchos religiosos que titubeaban en la perseverancia de su vocación han sido en ella confirmados; otros, que vencidos de la flaqueza humana habían ya renunciado los hábitos, reconociendo y llorando su desventura, volvieron al puerto de donde el ímpetu de la tentación los había arrebatado.

Y no para el fruto destes santos Ejercicios en ayudar solamente a las Religiones, pues abraza a todas suertes de gentes, a todos los estados, oficios, edades y modos de vivir. Porque la experiencia ha mostrado que muchos principes, así eclesiásticos como seculares, hombres principales y de baja suerte, sabios e ignorantes, casados y continentales, consagrados a Dios y solteros, mozos y viejos, entrando a hacer los Ejercicios se han aprovechado, o para enmiendar la mala vida o para mejorar la buena que tenían. Y lo que más hace maravillar es que muchos varones de singular erudición, tenidos por oráculos de sabiduría y por los mayores letrados de su tiempo, después de haber gastado toda la vida en las universidades, enseñando, y disputando, y haciendo callar a otros se humillaron y sujetaron a ser discípulos de Ignacio, aprendiendo dél en los Ejercicios lo que no habían sacado de los libros ni de sus estudios tan aventajados. Porque lo que en esta escuela (donde se trata del propio conocimiento) se aprende, no para en sólo el entendimiento, mas desciende y se comunica a la voluntad; y así no es tanto conocimiento especulativo como práctico; no para en saber, sino en obrar; no es su fin hacer agudos escolásticos, sino virtuosos obreros; y con esto despierta e inclina la voluntad para hacer todo lo bueno, y hace que busque y vaya tras aquella celestial sabiduría que edifica, inflama y enamora; no haciendo tanto caso de la ciencia, que muchas veces desvanece y saca al hombre fuera de sí.

Mas aunque el fruto destes espirituales Ejercicios tienda universalmente a todos, pero particularmente se ve y se experimenta más su fuerza en los que tratan de tomar estado y desean acertar a escogerle, conforme al beneplácito y voluntad de Dios. Porque no todos los estados arman a todos, ni son a propósito de cada uno, sino que uno es mejor para uno y otro para otro; y cual sea el más conveniente para cada uno y más acertado y seguro, sólo el Señor lo sabe perfectamente, que nos crió a todos; y que sin nosotros merecerlo nos aparejó y mereció con su sangre tan grande bien como es la comunicación de su gloria y de su bienaventurada presencia. Y así el escoger estado y tomar manera de vida habiase de hacer con mucha oración y consideración y deseo de agradar a Dios, y de acertar cada uno a tomar lo que el Señor quiere que cada uno tome, y lo que mejor le está para alcanzar su último fin. Mas hácese muy al revés, y sin tener ojo a lo que más importa; porque muchos, o cebados con su deleite, o ciegos del interés, o convidados del ejemplo de sus padres y compañeros, o traídos con otros motivos en tierna y flaca edad, cuando el juicio aun no tiene su vigor y fuerza, con poca consideración y miramiento de lo que hacen se arrojan a tomar estado con tanta temeridad, que tienen después que llorar para todos los días de su vida. Y con razón, pues creyendo todos sus negocios tan examinados y cernidos, y que haya vista y revista para ellos, sólo el de sí mismos, que es el que más les importa, y que con mayor acuerdo se debe tratar, le tratan con descuido, escogiendo acaso el camino que han de seguir; y pagando esta culpa con la pena y descontento de toda la vida, como habremos dicho. Lo cual no le sucedería si tomasen por ley de su elección la voluntad de nuestro Señor, y por la regla de toda su vida el fin para que Dios los crió, teniendo por fin al verdadero fin, y usando de los medios como medios, y no al contrario, pervirtiendo las cosas, y usando del fin para los medios, y de los medios haciendo fin. Y para esto aprovecha el recogimiento y la consideración y oración con que el hombre en estos Ejercicios se apercebe y despega de su corazón cualquiera desordenado afecto, y le dispone para recibir las influencias de Dios y la lumbre de su gracia; con la cual se acierta en esto y en todo, y sin ella, ni en esto ni en cosa que buena sea, no hay entero acierto ni seguridad.

Pero con ser así todo lo que aquí habemos dicho y tan universal y notorio el provecho de los Ejercicios, no ha faltado quien ha querido escurecer esta verdad y poner sospecha en cosa tan puesta en razón, y con la continua experiencia tan confirmada. Mas todos sus golpes dieron en vacío, y fueron flacas sus fuerzas, y vanos sus acometimientos; y rompiéndose y deshaciéndose las olas de su contradicción, se quedó en pie y en su fuerza, como una peña firme, la verdad desta santa doctrina. Porque la Sede apostólica tomó este negocio por suyo, y después de mucha información y gravísimo examen, interpuso su autoridad y aprobó el libro de los Ejercicios, loándolos, y exhortando y persuadiendo a todos los fieles que lo leyesen, tuviesen y hiciesen, como claramente consta por las Bulas de nuestro muy santo Padre Paulo III, Vicario de Cristo nuestro Señor, las cuales se publicaron el año 1548, y andan impresas con el mismo libro de los *Ejercicios espirituales*, cuyo autor es el apostólico varón de quien tratamos, Ignacio.

EL DOGMA DE LA ASUNCIÓN DE NUESTRA SEÑORA

Con motivo de la festividad de la Asunción de Nuestra Señora, CRISTIANDAD reproduce en sus páginas la carta en que S. S. el Papa Pío XII pidió la ayuda de las oraciones y del amor del pueblo cristiano a la Santísima Virgen, para obtener del Señor la luz y la manifestación de su voluntad de glorificar a la celestial Madre con la proclamación del excelso privilegio de la Asunción corporal a los cielos

A los venerables Hermanos, los Patriarcas, Primados, Arzobispos, Obispos y demás Ordinarios que están en paz y comunión con la Santa Sede Apostólica.

Venerables Hermanos:

Salud y bendición apostólica.

INVOCANDO y experimentando los fieles cristianos el asiduo auxilio de la Madre de Dios la Virgen María más y más desean honrarla; y, porque el amor si verdadera y profundamente se halla arraigado en los corazones es fácil en dar de sí mismo nuevos testimonios, pretenden con ahinco hermoear y enriquecer el decurso de los siglos con la observancia de una más intensa devoción hacia Ella. Por lo cual — y de ello estamos Nos persuadidos — acontece que ya desde algún tiempo frecuentemente son presentados a la Sede apostólica cartas suplicantes, las que recibidas desde el año 1849 a 1940, y reunidas en dos volúmenes e ilustradas con oportunos comentarios recientemente han sido editadas por los Padres Cardenales, Arzobispos, Obispos, sacerdotes, religiosos de uno y otro sexo, asociaciones, universidades y, en fin, por innumerables fieles particulares, con el objeto de que se declare y defina solemnemente que la Bienaventurada Virgen María subió en cuerpo a los cielos. Y ciertamente nadie ignora que esto mismo fué pedido con ardientes votos por casi 200 Padres del Concilio Vaticano.

Y Nos, puestos a la cabeza para defender y ayudar al reino de Cristo, debemos tener el incesante cuidado y vigilante deber de ya apartar cuanto le sea perjudicial, ya de llevar adelante cuanto le sea de provecho. Por consiguiente, ya desde el comienzo de nuestro pontificado se nos ofrece la

cuestión que ha de ser diligentemente examinada e investigada si es lícito, decoroso y conveniente que, interpuesta nuestra potestad sean secundadas las mencionadas peticiones. Por esta causa no hemos omitido ni omitimos elevar a Dios insistentes preces para que nos inspire y dé a conocer el designio de su siempre adorable benignidad.

Para alcanzar favorablemente este auxilio de la celestial luz unid, venerables Hermanos, con piadoso esfuerzo vuestras preces a las nuestras. Para hacer esto, mientras con paternal corazón os exhortamos, siguiendo el camino y modo de obrar de nuestros predecesores, sobre todo Pío IX, al tener que definir la Inmaculada Concepción de la Madre de Dios, os rogamos insistentemente que nos déis a conocer con qué devoción conforme a su fe y piedad, el clero y el pueblo a vuestra dirección confiados, veneran la Asunción de la Beatísima Virgen María. Y, sobre todo, deseamos vivamente conocer si vosotros, venerables Hermanos, juzgáis según vuestra sabiduría y prudencia que la Asunción corporal de la Bienaventurada Virgen María puede ser propuesta y definida, y si esto con vuestro clero y pueblo ansiosamente lo deseáis.

Esperando vuestras respuestas, que cuanto más rápidas más gratas nos serán, pedimos para vosotros, venerables Hermanos y para los de vuestra diócesis, la largueza de los dones divinos y el favor de la Excelsa Virgen Auxiliadora, mientras amantísimamente en el Señor os impartimos a vosotros y a la grey a vuestro cuidado encomendada en testimonio de nuestra paterna benevolencia la bendición apostólica.

Dado en Roma junto a San Pedro el día 1 de mayo de 1946, octavo de nuestro Pontificado.

PIO, PAPA XII

BIBLIOGRAFICA

JOSÉ M.^o BOVER, S. J.—*La Asunción de María.* Estudio teológico histórico sobre la Asunción corporal de la Virgen a los cielos. Madrid. Biblioteca de Autores Cristianos, 1947. XVI-450 páginas.

No vamos a elogiar este libro, el más pequeño de la B. A. C., pero de contenido no menos denso que los que le precedieron. No podemos hacerlo, porque ya en la portada aparece nuestro nombre con el del R. P. José Antonio de Aldama S. J., como colaboradores del P. Bover en su composición. Queremos, pues, solamente presentarlo a los lectores, exponer su contenido y su significado.

Los libros que suponen un paso más en el terreno del desarrollo del dogma, resultan de interés necesariamente. Sin embargo, también el terreno dogmático encuentra su actualidad, que suele venir determinada por las controversias o discusiones nacidas en el campo adversario o en el propio. Otras veces (y este es principalmente el caso nuestro) la actualidad la da el interés que el pueblo cristiano se toma por determinada doctrina. Así es de actualidad la doctrina de la Asunción de la Virgen Santísima. Y este solo rasgo basta para que en las columnas de CRISTIANDAD se asigne un momento de atención al libro que recientemente ha abordado el tema en toda su amplitud.

Contenido del libro. Como en toda tesis teológica, se asigna dos partes a la materia ascensionista: *La Demostración Teológica*, y *la Documentación Patristica*. La primera pone en claro todos los argumentos en que los teólogos se basan para asentar como *definible* la verdad de la Asunción corporal de María. Sabido es que una definición dogmática exige que la doctrina que define esté contenida en la revelación. La revelación, a su vez, se encuentra ya en los *escritos inspirados* (Sagrada Escritura, Evangelios, cartas apostólicas, etc.), ya en la *Tradicición* (escrita u oral) de la Iglesia, cuyos principales representantes son los que constituyen el Magisterio Eclesiástico (Papas, Obispos, Doctores); y cuanto más cercanos se encontraron de los

Apóstoles, más pura nos transmitieron su doctrina. Por esto son tan de estimar los escritos de los Santos Padres.

Todas estas fuentes de la Revelación estudia el P. Bover al examinar la definibilidad de la Asunción corporal de la Virgen. La prueba escriturística se encuentra en el Protoevangelio, o palabras pronunciadas por Dios a los primeros padres en el Paraíso al prometerles el Redentor del mundo. Allí se hace mención de la Mujer por excelencia, Madre de la Prole, que quebrantará la cabeza de la Serpiente. Un estudio exegético de primer orden saca todo el partido posible de este tan discutido texto, sin forzarlo ni violentarlo. En esta primera argumentación se manifiesta el P. Bover un conocedor especialista de este pasaje bíblico. Si Pío IX en la Bula de definición dogmática de la Inmaculada vió en las palabras del Génesis 3, 15 la prueba escriturística del dogma por él definido, la exegesis demuestra que todavía con mayor claridad se podrá deducir la Asunción corporal de María.

La salutación del Angel a la Virgen en el día de la Encarnación del Verbo divino, puede aducirse, como ya se hizo también para el caso de la Inmaculada, como una buena congruencia, que llega a adquirir las proporciones de demostración, en favor de la Asunción mariana.

Un tercer argumento, muy sólido, se encuentra en San Pablo. Este egregio Doctor de las Gentes, como suele llamársele, no menciona ni una sola vez el nombre de María en sus 14 cartas, y, sin embargo, nos da abundantes materiales para formular una poderosa argumentación en muchas tesis mariológicas. Tal ocurre en nuestro caso. La ley de la muerte, que formula S. Pablo en Rom. 5, 12-21, excluye necesariamente de ella a la Virgen, en cuanto a la obligación, ya que ella no contrajo el pecado original;

la analogía, sin embargo, con Cristo, que excluido por derecho, fué incluido de hecho, no como pena del pecado, sino para remisión del pecado (como hermosamente dice San Agustín), permite incluir a la Virgen de hecho en la misma suerte. Pero el mismo S. Pablo nos habla luego de las primicias de la Resurrección, en cuyo orden de primicias nos veremos obligados a incluir a la Virgen María; a estas primicias (Cristo-María) les corresponde una resurrección anticipada. Tenemos, pues, la asunción corporal de la Virgen Santísima.

Por último, para completar los argumentos de Escritura, se examina un pasaje de no poca importancia mariana, y menos atendido generalmente por los exegetas: la Mujer del Apocalipsis (12, 1-6; 13-17) que aparece arrebatada al cielo con la Prole. Si esta mujer es María y su prole Cristo (de este segundo elemento no cabe dudar), en este misterioso raptó al cielo de la Madre, vemos una figura de la Asunción de la Virgen que pintamos coronada de estrellas y con la luna bajo sus pies.

Todos estos argumentos escriturísticos, tal como se desarrollan en el libro del P. Bover, dejan en el ánimo del lector imparcial y sincero la sensación de seguridad que se experimenta delante de la certeza. Sin embargo el teólogo escrupuloso y exigente sabe que la Escritura no está encomendada a la interpretación individual y particular o a la inspiración directa del Espíritu Santo a los teólogos singulares. Por esto se pasa al segundo argumento: la Tradición.

En la Tradición se estudian detenidamente todos cuantos textos se han podido recoger en favor de la Asunción corporal de la Virgen. Insistimos en la palabra *corporal* porque acerca de su glorificación espiritual, es decir, de su alma, no cabe la menor duda, ni es necesaria ninguna definición dogmática, pues es hecho básico que se supone en el mismo culto tributado a la Virgen por la Iglesia. Por lo que hace a la Tradición escrita, la documentación aparece algo incompleta al principio, si bien no faltan indicios, que adquieren realce ante el aplastante peso de los testimonios posteriores al siglo V. Para que el lector pueda por sí mismo comprobar cuanto se afirma en materia tan importante, se han recogido todos los textos que ha sido posible recoger, en el corto tiempo que dispusimos para ello, en los que se habla de la Asunción corporal de la Virgen. Por esto no se mencionan muchos autores que tienen sermones acerca de la Asunción, porque en ellos no hablan *expresamente* del elemento *corporal* de esta asunción. Esto demostrará el rigor con que se ha procedido; y al mismo tiempo será una garantía en favor del valor de los testimonios. No hemos pretendido agotar la materia, pues reconocemos que se podrían hallar más textos, principalmente en la Patrología Oriental, menos conocida y estudiada. Sin embargo, hasta el presente, no exageramos al afirmar que el mejor *enchiridion asuncionista* se encontrará en el libro que reseñamos.

Significado del libro. ¿Qué representa para la Teología este nuevo libro? ¿Es uno más entre las muchas aportaciones a la historia de la doctrina asuncionista? Es nuestra opinión (y preferiríamos que fuera otro quien lo dijese, por la parte que en él hemos tomado) que la obra del P. Bover da un paso muy seguro en pro de la demostración de la definibilidad de la doctrina de la Asunción, y en particular ha cumplido con una misión de especial actualidad, que le incumbía. Hace pocos años —exactamente en 1944, pero no apareció en público hasta 1946— salió en Roma, con las galanuras de una erudición alucinadora, el voluminoso libro del P. Martín Jugie A. A., *La Mort et l'Assomption de la Sainte Vierge*. El autor, benemérito de los estudios orientalistas, llega a formular una tesis singular, que podría reducirse a estos escuetos, pero significativos términos: «Todo cuanto se ha hecho hasta el presente por



demostrar la Asunción de la Virgen en cuerpo y alma al cielo, ha sido vano; porque los argumentos no prueban: faltan pruebas escriturísticas, son insuficientes las de la tradición. Además, no se demuestra que la Virgen muriese. Por consiguiente no hay otro procedimiento para demostrar la verdad de la Asunción gloriosa de la Virgen al cielo, que *probar que no murió.* Esta es la tesis: negativa: (lo tradicional no prueba) y positiva (la Virgen pasó al cielo sin gustar la muerte).

Una tan singular teoría levantó revuelo, y no faltaron espíritus minimistas que se adherieron más o menos abiertamente a esta peregrina novedad. Hubo un momento de vacilaciones. Pero para gloria de la Teología española, hemos de confesar que en España se refutó muy pronto y con decisión la doctrina del P. Jugie. Su obra aportó muy buenos elementos de erudición, que hemos aprovechado, pero el fondo fué atacado con brío. El R. P. José Antonio de Aldama y el que esto subscribe, en artículos redactados en «Estudios Eclesiásticos» refutaron al docto orientalista; y el P. Bover, recoge sus dictámenes en la parte primera o introductoria de este libro sobre la Asunción. La parte de demostración escriturística está también redactada de cara al adversario, al que se cita y refuta.

La Mariología, y más en particular la doctrina asuncionista ha adquirido con esta obra del P. Bover un nuevo impulso; será el libro leído con provecho por las personas algo iniciadas en los estudios serios del dogma, y los Sacerdotes, Seminaristas y demás que se han adentrado más en la Teología sabrán apreciar en su justo valor una obra meritoria por tantos conceptos, en la que se ensalzan las glorias de nuestra Madre celestial, se aseguran los argumentos en pro de su Asunción gloriosa a los cielos, y, en consecuencia, se llena de esperanza los corazones de los amantes de María que anhelan por el día venturoso en que el depósito de la fe manifieste claramente un dogma ante el que inclinemos con reverencia nuestras frentes, haciendo así donación a Dios de la parte principal de nuestras personas: nuestro entendimiento.

Francisco de P. Solá S. J.

EN LA FIESTA DEL CORAZON INMACULADO DE MARIA

(22 DE AGOSTO)

«¡Oh, María! ¡Que todas las naciones glorifiquen, que toda la tierra invoque y bendiga vuestro Corazón inmaculado!» exclamaba, a todas horas, el santo Cura de Ars. Pidámosle que la repita sin cesar en el cielo con todos los grandes apóstoles de María, y que haga caer sobre nuestras almas marianas algo de su celo, a fin de que trabajemos para una digna celebración de la fiesta del Inmaculado Corazón.

Señalada por Roma para la Iglesia universal el día de la octava de la Asunción, esta fiesta tiene, desde 1945, su misa y su oficio propios obligatorios para los sacerdotes. Pero, fuera de los que son especialmente devotos de María, la mayoría la desconocen o no la comprenden.

Ahora bien, si nada puede inculcar mejor una verdad en las almas que el establecimiento de una fiesta litúrgica (pensemos en las de la Inmaculada Concepción, de la Asunción, o en tantas otras), es preciso, además, que se comprenda su sentido; a ello quieren contribuir modestamente estas páginas.

«El Corazón amable de María —como dice tan bellamente San Juan Eudes, calificado por Pío X como el Apóstol y Doctor del culto litúrgico de los Sagrados Corazones— es la fuente de todos los pensamientos piadosos que María tuvo, de todas las buenas palabras que pronunció, de todas las santas acciones que ejecutó, de todas las virtudes que practicó, en una palabra, de la santidad de toda su vida. Por esto, si la Iglesia celebra diversas fiestas para honrar algunos actos particulares de la vida de la Madre de Dios, como la fiesta de su Presentación, de su Visitación, de la Purificación, ¿qué honor deberíamos tributar a su Santísimo Corazón, fuente de todo lo que hay en ella de Santo y sagrado?» Consideraba incluso esta fiesta como la reina de todas las demás fiestas, «porque el corazón es la sede del amor y de la caridad, reina de todas las demás virtudes y fuente de la gracia».

«Nuestra salvación se ha obrado en este Corazón y por este Corazón —añade—, es evidente que después de Dios y de su Hijo Jesús es el primer fundamento del Cristianismo.» No cesa en sus alabanzas de este Corazón admirable: «tesoro de santidad, hoguera del divino Amor, trono de todas las virtudes, santuario de la Divinidad!»

Por esto estableció, el ocho de febrero, en los Institutos fundados por él, la fiesta del Corazón Inmaculado de María, que se extendió rápidamente: ocho años antes de su muerte, nota que «esta fiesta está solemnizada en toda Francia y en diversas Ordenes y Congregaciones religiosas, con tantas bendiciones que hay lugar para esperar que un día se celebrará solemnemente en todo el Mundo».

Ayudemos con todas nuestras fuerzas a la realización de esta esperanza: «¡Cuántas gracias podemos esperar de este Corazón virginal e inmaculado! —exclamaba el P. Galliffet—. Anunciadla a los pecadores: porque abre una fuente de perdón a sus esperanzas. Anunciadla a los justos, y que la alegría les embargue: porque he ahí que se les presenta un espejo resplandeciente con el ejemplo de las más suaves virtudes, y los motivos más apremiantes para imitarle... Multiplicar fiestas como esta, es multiplicar los dones y los beneficios de Dios, los medios de salud y los caminos que conducen a la perfección.»

* * *

Desde hace más de un siglo, ¡cuántas invitaciones nos ha dirigido el Cielo para que invoquemos el Corazón Inmaculado!

1830: ¡La Medalla Milagrosa, la medalla de los dos Corazones, con sus innumerables prodigios!

1836: Nuestra Señora de las Victorias, maravilloso movimiento de súplica al Corazón de María, refugio de pe-

cadores, «Corazón Santísimo, Inmaculado, Corazón enriquecido con todas las gracias, amasado con todas las virtudes», como se expresaba el piadoso Cura después de la Consagración de su parroquia, y en su gratitud por tan inauditos favores como recibió.

1840. El escapulario verde, en que María nos muestra su Corazón traspasado por una espada, y que opera conversiones extraordinarias.

1846. El escapulario rojo de la Pasión, con los dos Corazones surmontados por una cruz, esta vez radiante, signo, sin duda, del triunfo futuro, y rodeados por la invocación: «Sagrados Corazones de Jesús y María, protegédnos»; escapulario que ha demostrado su poder con favores sin número.

Más cerca de nosotros, Nuestra Señora de Fátima, que viene a decirnos: «Para salvar a los pobres pecadores, el Señor quiere establecer en el Mundo entero el Reino de mi Corazón Inmaculado.» Posteriormente, después de anunciar pruebas terribles si no se cambia de vida, nuestra divina Madre añade: «Finalmente, mi Corazón Inmaculado triunfará.»

En Beaureing, es la Virgen del Corazón de Oro, cuya festividad la autoridad eclesiástica ha tenido el acierto de señalar para el 22 de agosto, Octava de la Asunción. De esta suerte, Bélgica habrá sido una de las primeras naciones del Mundo en procurar un hermoso triunfo al Corazón Inmaculado, el día de la Octava de la Asunción.

Finalmente, es el Salvador mismo que nos revela el Corazón doloroso de su Madre. A la vidente de Fátima, ya religiosa, el Niño Jesús mostró el día 10 de diciembre de 1925 el Corazón de su Madre rodeado de espinas, diciéndole: «Apiadaos de este dulce Corazón, continuamente martirizado por la ingratitud de los hombres.» Y a Berta Petit, declaraba Nuestro Señor: «Quiero triunfar por el Corazón dulce e Inmaculado de mi Madre; porque, después de haber cooperado en la redención de las almas, su Corazón tiene derecho a una misma cooperación en las manifestaciones de mi justicia y de mi amor.» Dos eminentes Príncipes de la Iglesia: el Cardenal Mercier, en Bélgica, y el Cardenal Bourne, en Inglaterra, han consagrado su Patria al Corazón doloroso e inmaculado de María, y han indulenciado la invocación: «Corazón doloroso e inmaculado de María, rogad por nosotros que acudimos a vos.» Benedicto XV, el 28 de septiembre de 1916, concedía 100 días de indulgencia a la invocación abreviada: «Corazón doloroso e inmaculado de María, rogad por nosotros.»

Antes de conocer los deseos del Cielo, las almas marianas festejaban ya el Corazón de María, al ritmo de los misterios gozosos, dolorosos y gloriosos del Rosario: el 8 de febrero, lo hacían con las familias religiosas de San Juan Eudes, en su solemnidad de amor y piadosa alegría, que recordaba, por su fecha, la Concepción Inmaculada y la Natividad de María, lo mismo que, por su proximidad, el gozoso misterio de Navidad; en unión con los misterios dolorosos, el día siguiente de la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús (día primitivamente señalado por Roma, en marzo de 1914, para la fiesta del Corazón Inmaculado), finalmente, el 19 de agosto, con la Compañía de Jesús, dentro de la Octava de la Asunción que da a la fiesta del Corazón Inmaculado un reflejo de gloria triunfal, que quedará como el sello especial de la fiesta del 22 de agosto, cuando se haya proclamado el Dogma de la Asunción.

¡Pidamos a toda voz el triunfo universal de este Corazón, preludio del Reino del Sagrado Corazón de Jesús!

FIDELIS

(Reproducido del «Messager du Coeur de Jésus», de Toulouse, Julio-agosto 1948)

Los Santos Lugares en peligro

Proclama de los sionistas

El día 14 del pasado mes de mayo, los dirigentes sionistas residentes en Tel Aviv proclamaban el «Estado judío». A las cuatro de la tarde del indicado día, cuando todavía conservaba jurídicamente Inglaterra su mandato sobre Palestina, el presidente de la Agencia Judía, David Ben Gurion, reunido junto con cuatrocientos miembros principales del sionismo, daba lectura a un extenso documento tratando de fundamentar la constitución del nuevo «Estado». Recordaba el documento el I Congreso Sionista de 1897, punto de partida de las actividades del judaísmo en relación a Palestina; la declaración de Balfour del 2 de noviembre de 1917; el mandato otorgado por la Sociedad de Naciones y, últimamente, la resolución de la Asamblea de la O. N. U. relativa a la división de Palestina y a la constitución de los Estados judío y árabe. Los judíos —dice la proclama— «han buscado la paz, pero siempre han estado dispuestos a defenderse. Han traído las bendiciones del progreso al país».

El nuevo «Estado» judío será, al parecer, de tipo marcadamente racista, ya que según los términos de la declaración, «estará abierto a la inmigración de judíos de todos los países, que fomentarán el desenvolvimiento del país en beneficio de todos sus habitantes». Para alcanzar esta finalidad, piden los dirigentes de Tel Aviv que los judíos del mundo entero ayuden a fomentar dicha inmigración a fin de realizar lo que ellos llaman «la redención de Israel».

Reconoce la proclama la plena igualdad política y social de todos los súbditos; la libertad de conciencia, de cultos, de educación y de cultura, y la salvaguardia de la inviolabilidad de los «lugares santos de todas las religiones». Por último promete cumplir «los principios de la Carta de la O. N. U.».

El «Gobierno» de Tel Aviv, presidido por Ben Gurion, lo integran los siguientes personajes: Moshe Shertok, Eliezer Koplán, David Remez, F. Bernstein, I. Grunbraum, M. Shapir, M. Ben Tov, A. Zialing, B. Shitraet, F. Rosenbluth, J. L. Fisham y M. Levin.

A los pocos minutos de anunciarse la constitución de este «Gobierno», el Presidente de los Estados Unidos, señor Truman, manifestó que había sido reconocido oficialmente como a tal, cosa no de extrañar si se tienen presente los contactos anteriores entre el Departamento de Estado norteamericano con el representante de la Agencia Judía en Nueva York, Moshe Shertok, que culminaron en el mensaje personal dirigido por Marshall a Ben Gurion, y que Shertok entregó a su destinatario, en Tel Aviv, tres días antes de la proclamación ya referida.

El nuevo estado de cosas creado por los jefes de Tel Aviv, coincidiendo con el abandono por parte de Inglaterra de sus obligaciones como Potencia mandataria, fué la señal de la sangrienta guerra que asola el suelo palestín. Sobre el desarrollo y peculiar violencia que puede llegar a alcanzar la lucha entablada, conviene tener presentes las declaraciones de William Haber, consejero especial del general norteamericano Clay para asuntos judíos, en Alemania, según las cuales, los judíos de Palestina darán grandes sorpresas en el terreno militar. ¿A qué sorpresas se refiere el señor Haber?

Destrucción de iglesias y conventos

En el presente artículo nos interesa examinar particularmente en qué forma han cumplido los judíos su promesa de salvaguardar la inviolabilidad de los Santos Lugares.

El 14 de mayo, a iniciativa del Comité Consular de Jerusalén, árabes y judíos firmaron un acuerdo comprometiéndose a observar una tregua de ocho días dentro de la Ciudad Santa. ¿Cómo se cumplió esta tregua?

En un mensaje de la llamada «Unión Cristiana» de Palestina, leemos las siguientes precisiones: «En cumplimiento con este compromiso firmado, el comandante árabe ordenó, por medio de altavoces, el cese de las operaciones militares, estableciendo la paz más completa en todos los sectores árabes. Sin embargo, los judíos, aprovechando esta oportunidad, ocuparon inmediatamente los principales puntos estratégicos desde donde trataron de atacar a los árabes y lanzar su conquista sobre la Ciudad Santa. Inmediatamente informamos al Comité del Armisticio y a los representantes de la Cruz Roja Internacional, denunciando el quebrantamiento del pacto por parte de los judíos. En respuesta se nos comunicó que la Agencia Judía declaraba que fueron bandas Stern, operando separadamente, las que habían abierto el fuego, y que la dicha Agencia Judía no tenía control alguno sobre esas bandas.»

Y prosigue el mensaje: «Comprendimos entonces que eran terroristas los que manejaban el movimiento judío; en consecuencia, la Cruz Roja y el Comité confesaron que



Chaim Weizmann

eran impotentes para obligar a cumplir con el armisticio concertado. De esta manera, la Ciudad Santa se convirtió en campo de batalla de una fiera lucha que sembraba la destrucción en grande escala: iglesias, conventos, instituciones de beneficencia y religiosas se convirtieron en blanco de las bombas y de las balas. Muchos de estos edificios fueron destruidos o incendiados. Numerosos civiles inocentes, entre ellos niños, mujeres, monjas y sacerdotes, fueron heridos.»

El mensaje termina con la siguiente apelación: «Ante tan horrenda situación, nosotros, representantes de las comunidades cristianas en Jerusalén, elevamos como es nuestro solemne deber hacerlo, una voz de protesta ante la violación de la santidad de nuestros templos, conventos e instituciones... Apelamos a todos los que tengan el poder, y al mundo civilizado, para que se obligue a los judíos a respetar los lugares santos y las instituciones religiosas, y a que desistan de sus designios de convertirlos en bases militares y blanco de los ataques.»

En idéntico sentido se dirigieron a la Santa Sede, en detallado informe, los Patriarcas católicos de rito latino, griego y armenio, y el Custodio franciscano de Tierra Santa.

Por su parte, el llamado «Gobierno» judío contestó que se trataba de propaganda política a favor de los árabes...

Para darse cuenta de la importancia de las violaciones perpetradas por los judíos en Jerusalén, recordaremos los bombardeos contra la iglesia del Santo Sepulcro, realizados desde la Universidad hebrea y desde dos sinagogas enclavadas en la ciudad vieja; las ocupaciones por parte de las milicias judías, de la Delegación Apostólica, del Monasterio de los Padres Benedictinos alemanes; la destrucción del Monasterio Franciscano cerca de la iglesia del Santo Sepulcro, y del orfanato anejo, en el que resultaron muertos y heridos gran número de niños, la de los edificios de los Patriarcados griego-católico y latino, etc., etc.

¿Es así como se cumple la declaración de respetar los «lugares santos de todas las religiones»?

Indicios de persecución religiosa

En las regiones que se hallan totalmente bajo el control de los judíos, y en las que existe una masa importante de población cristiana, se han producido ya algunos hechos que parecen presagiar futuras persecuciones. En la Galilea del Norte, concretamente, ha comenzado una ofensiva contra la Iglesia Católica.

Según informaciones de *The Tablet*, tan pronto como fué acordado el plan de partición, las comunidades católicas de aquella zona fueron notificadas por los dirigentes judíos de que en adelante debían pagar los impuestos de aduana, de los cuales estaban exentos durante el Mandato, y que si se oponían a ello, «se les trataría con el rigor de la ley». ¿Qué se pretende con semejantes medidas? ¿No parecen insinuar una campaña encaminada a



David Ben Gurion

dificultar la misión de la Iglesia en la Tierra Santa?

Téngase presente que la población actual de Palestina se calcula alrededor de 1.800.000 habitantes, de los cuales 1.250.000 son árabes. De éstos hay, aproximadamente, 59.000 católicos que se reparten entre los siguientes ritos: 31.000 de rito latino, 21.000 de rito griego (melquitas), 5.500 de rito maronita, y el resto repartido entre los ritos armenio, sirio y caldeo.

La existencia de este importante núcleo de población católica ha sido totalmente olvidado por los organismos internacionales que han cargado la tremenda responsabilidad de tomar acuerdos gravísimos sobre el porvenir de Palestina, sin consultar, siquiera, a la Santa Sede, despreciando el carácter sagrado de aquellas tierras y los indiscutibles derechos del mundo católico sobre las mismas; con lo cual han sembrado la semilla de las sangrientas luchas que vienen profanando aquel país.

Gran parte de Palestina ha sido entregada en manos de quienes, desde el primer instante, se han lanzado a un furibundo ataque contra los monumentos sagrados de la Cristiandad, poniendo toda clase de trabas y obstáculos al libre desenvolvimiento de la Iglesia de Dios.

¿Qué intereses han movido a la O. N. U. a provocar el presente estado de cosas, en el cual late una amenaza secular de indudables y gravísimas consecuencias para el porvenir de la Tierra Santa? ¿Quién podrá creer razonablemente que se trata de simples intereses petrolíferos?

José-Oriol Cuffi Canadell

LA RAIZ DE LOS MALES PRESENTES

Admirablemente cuadran a nuestra edad aquellas palabras de los profetas: Esperábamos la paz, y este bien no vino; el tiempo de la curación, y he aquí el terror; el tiempo de restaurarnos, y he aquí todos turbados. Esperamos la luz, y he aquí las tinieblas...; y la justicia, y no viene; la salud, y se ha alejado de nosotros: ...Parécenos oír de nuevo al Divino Consolador y Médico de las humanas enfermedades repetir aquellas palabras: **TODOS ESTOS MALES PROCEDEN DEL INTERIOR.**

Pío XI. Enc. *Ubi arcano Dei*



DE ACTUALIDAD

Aniversario del primer bombardeo aliado de Roma

El día 19 del pasado mes de julio se cumplió el quinto aniversario del primer bombardeo de Roma. Para recordar tan triste efemérides, y de un modo especial la visita que en aquella fecha realizó su Santidad el Papa felizmente reinante Pío XII, a la zona afectada por las bombas, para traer su bendición y sus consuelos a los que cayeron heridos y a los que perdieron familiares o vieron destrozados sus hogares, la Asociación de los Romanos proyectó colocar una lápida en el atrio de la basílica de San Lorenzo Extramuros, gravemente deteriorada por el bombardeo. Con objeto de dar cuenta al Romano Pontífice de tan feliz iniciativa, y rendir al propio tiempo tributo de gratitud al que fué el máximo defensor de la Ciudad Eterna, en horas tan críticas, dicha Asociación acudió el día 20 de junio al Vaticano, siendo recibidos sus componentes por el Papa, el cual les saludó con un discurso al que pertenecen los siguientes fragmentos:

«Pocas veces el pastor y la grey de la diócesis de Roma se han sentido tan profundamente unidos en una desgracia común como en aquel 19 de julio de 1943, cuyo próximo aniversario queréis recordar con un acto de profundo significado humano y cristiano. Aquel día funesto contempló la destrucción, víctima del bombardeo, de modestas y pacíficas casas populares. Vió la ciudad de los muertos, consagrada al silencio y al recogimiento, con tumbas abiertas y deshechas. Vió derrumbarse el techo, el pórtico, la fachada y parte de los muros laterales de una de las más vetustas basílicas romanas. Pero al mismo tiempo fué para Nos ocasión de un encuentro inolvidable con el pueblo, paciente y angustiado, de nuestra dilecta ciudad natal. Hasta el último aliento quedará vivo en Nos el recuerdo de un encuentro semejante, no sólo como suceso de múltiples amarguras, sino también como hora de gracia celestial para el pastor y para la grey.»

Hizo a continuación referencia el Papa al proyectado monumento, que habrá de recordar a las generaciones futuras, «con la eficacia de una advertencia», aquella dolorosa época de la historia de la urbe, para felicitar y expresar su gratitud a los presentes por su «noble testimonio de devoción y fidelidad».

Por último, el Papa, aludiendo a los momentos difíciles por que atraviesa Italia, dijo: «La reconstrucción moral de vuestra ciudad y de vuestro país, que debe armónicamente ir al mismo paso que la reconstrucción exterior, solamente será posible mediante una viva alianza con los ideales y las finalidades que en los tiempos de San Esteban y San Lorenzo condujeron a la fe cristiana hasta la victoria sobre las resistencias de sus más fieros opositores.»

La verdad de la situación en el Japón

Si hubiéramos de atenernos a lo que nos vienen contando ciertas agencias periodísticas acerca de la situación en el Imperio del Sol Naciente, desde que los norteamericanos controlan y dirigen la marcha de aquel país, no sería difícil sacar la conclusión de que los japoneses viven hoy una época de paz y de prosperidad. Y sin embargo, ¡cuán diferente es la realidad de lo que allí viene sucediendo!

Recientemente, los Obispos japoneses, en una Pastoral colectiva, han explicado las miserias y las amenazas que se ciernen sobre aquel pueblo. Para conocimiento de nuestros lectores reproduciremos algunos pasajes de dicha Pastoral.

Comienzan los señores Obispos reconociendo que la postguerra ha traído para la Iglesia una mayor libertad, pero, al propio tiempo, «ha suscitado nuevos peligros».

«Las duras circunstancias que nuestra nación está sufriendo —prosiguen diciendo los Prelados— tocan en primer lugar al orden material y físico. Es un hecho trágico que, mientras ciudades y hogares han sido sólo parcialmente reconstruidos, nuestro sistema económico está dislocado y *la miseria de las clases bajas y medias aumenta constantemente* con el crecimiento de la inflación. Muchos de nuestros fieles han perdido a sus padres, maridos e hijos, y muchos ignoran todavía la suerte de sus seres queridos, mantenidos en lejano cautiverio. Las gentes de nuestras ciudades y los desgraciados repatriados del extranjero sufren de aguda desnutrición, y muchas veces de verdadera hambre. *La enfermedad asuela el país*, y el espectro de la tuberculosis, en particular, se está convirtiendo en una amenaza cada vez mayor para el bienestar de nuestro pueblo.»

Pero, además, hay males morales gravísimos deprimen-tes y que «descorazonan más que las dificultades físicas que todavía sufrimos».

¿Cuáles son estos males morales? Por una parte, dicen los Obispos, «nuestro pueblo no está acostumbrado a la *libertad que se le ha concedido recientemente*, y el péndulo está en peligro de correrse de la extrema reglamentación a la extrema licencia». Hay intelectuales que, «con sistemas y nombres de nuevo cuño, levantan pseudorreligiones que están minando las verdaderas nociones de verdad y bien, niegan el valor universal de la conciencia y de la razón, que son las únicas que llevan a Dios y a una sana sociedad». Pero existen también otros peligros: «Una ola de egoísta y no fundamentada *búsqueda del placer* está lanzándose sobre el país. Libros inmorales, revistas, films y salas de baile están envenenando las almas de nuestros jóvenes... Creemos que es un error introducir un rápido cambio en la relación tradicional entre los dos sexos, excepto en los casos en que esto es absolutamente necesario... Finalmente, nos oponemos decididamente a la baja inmoralidad del *control de los nacimientos*. Nos damos perfecta cuenta de la situación peligrosa de la nación con este exceso de población y esta insuficiencia económica; pero no podemos admitir el uso de contraceptivos, porque éstos son opuestos a la ley de la naturaleza; ni podemos admitir el aborto, porque es simplemente un acto de asesinato».

Termina la Pastoral, recordando a los católicos, «pequeño rebaño del Japón», las palabras del Evangelio: «Haced brillar vuestra luz ante los hombres para que puedan ver vuestras buenas obras y glorifiquen al Padre que está en los cielos» (Mateo, 15-16).

¿Cómo podrán justificarse, después de esta sucinta exposición de los Obispos japoneses, quienes han cargado con la gravísima responsabilidad de abrir las puertas del Japón, amparados en una victoria militar, a todas las ideas de perdición y a las costumbres corrompidas de una sociedad alejada de la Verdad de Cristo?

J. O. C.

CON CENSURA ECLESIASTICA



Visite las Cuevas de Artá

LECTOR:

Varios padres misioneros españoles, que en lejanas tierras de la India han conocido nuestra Revista, son grandes entusiastas de CRISTIANDAD

¿Quieres costear su suscripción?

Telefonea al n.º 22446 y se te dará el nombre de tu favorecido

*L*a gran hora para la conciencia cristiana ha sonado. O esta conciencia despierta a la plena y viril conciencia de su misión de ayuda y salvación para la humanidad puesta en peligro en su ser espiritual, y entonces habrá salvación y se verificará la fórmula prometida por el Redentor «Tened fe, he conquistado el mundo» o de lo contrario, y Dios no lo permita, esta conciencia despertará sólo en parte, no se entregará valiente a Cristo y se cumplirá el veredicto —terrible veredicto— no menos solemne: «El que no esté conmigo está contra mí».

(Fragmento del mensaje Pascual de S. S. el Papa Pío XII)

Industrial Freixa, S. A.

Peinados e hilados de estambre, rayón y sus mezclas

Ctra. de Moncada, 219 - Teléfono 1938

Tarrasa

RESERVADO

G. y O.

BARCELONA

F. Y. T. I. S. A.

FIELTROS Y TEJIDOS INDUSTRIALES S. A.

San Pablo, 26
Teléfono 1877

SABADELL

COLABORACION

Dr. Luis Bartrina
CLINICA

Tuset, 50 (Junto esquina Diagonal)
Teléfono 81889 - BARCELONA
Consulta Particular: Avenida Generalísimo, 419

Clinica de Cirugía - Especialidades quirúrgicas - Sala de Partos - RAYOS X - Electroterapia - Radium - Sección económica y de gran lujo



Fábrica de F. LLESUY
Avenida José Antonio, 756
Teléf. 55044 - BARCELONA

Escudos - Insignias
Distintivos - Placas
Adornos - Encuñados
Estampados - Esmaltes
Industria Técnica - Metálica

TIP TOP

LA NOVEDAD DE LA FERIA DE MUESTRAS
DE BARCELONA



Concesionario para Cataluña-Baleares:
Mont. Avda. Generalísimo, 463 - Telf. 77188

BARCELONA

Se solicitan concesionarios para el resto de España
Pta. del Angel, 24, 2.º, 2.º - Telf. 17094



TALLERES
NOTARIO
INDUSTRIA MECÁNICA

CADENAS, PEDALES
y CARRETES para
bicicletas, marca
< NOTARIO >

Calle Sugrañes, 22
Teléfono 31560
BARCELONA (Sans)

NOTA DE LA ADMINISTRACIÓN

Distribuidos ya los índices correspondientes al año 1947, nos complacemos en comunicar a nuestros lectores que, al igual que en años anteriores nos encargamos de la encuadernación de los números.

A este objeto puede remitir a esta Administración los ejemplares correspondientes o bien llamar al teléfono 22446 y les serán recogidos en su domicilio.

El Precio es de 25 ptas.